

serie ruido político 4



Contra-Historia del Perú

Ensayos de Historia Política Peruana

Carmen **McEvoy** Martín **Tanaka** Eduardo **Dargent**

Charles **Walker** José **Ragas** Javier **Barreda**

Mauricio **Novoa** Carlos **Cabanillas** Natalia **Sobrevilla**

Eduardo Dargent y José Ragas (Comps.)

MITIN

Eduardo Dargent y José Ragas (Comps.)

Eduardo Dargent Bocanegra es PhD en ciencia política y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha publicado *Demócratas Precarios* (IEP, 2009). Es columnista de *Diario 16*

José Ragas es PhD candidate en historia de América Latina por la University of California, Davis. Administra los blogs *Historia Global Online* y *PuroLibros*.



Eduardo Bergant es PhD en Historia y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha publicado libros como *Procedimientos* (JEP, 2009). Es autor de la serie *serie ruido político*.

Es profesor de PhD candidato en historia en la University of California. Ha publicado los blogs *Historia* y *Historia*.

serie ruido político 4

Contra-Historia del Perú

Ensayos de Historia Política Peruana

serie ruido político 4

Contra-Historia del Perú

Ensayos de Historia Política Peruana

Carmen **McEvoy** Martín **Tanaka** Eduardo **Dargent**

Charles **Walker** José **Ragas** Javier **Barreda**

Mauricio **Novoa** Carlos **Cabanillas** Natalia **Sobrevilla**

Eduardo Dargent y José Ragas (Comps.)

Contra-Historia del Perú
Ensayos de Historia Política Peruana

© Eduardo Dargent
© José Ragas
Compiladores

© Carlos Cabanillas
© Eduardo Dargent
© Carmen McEvoy

© Mauricio Novoa
© Natalia Sobrevilla
© José Ragas

© José Carlos Requena
© Martín Tanaka
© Charles Walker



dirección editorial
Alvaro Lasso Díaz
edición
Yusef Simon
corrección
María Fe Martínez

ilustración de cubierta
Piero Peláez Abanto
composición de interiores
Daniel Ramírez Camacho
fotografía de autor
Guadalupe Pardo

Primera edición: 2012
Tiraje: 500 ejemplares

© Aerolíneas Editoriales S.A.C.
para su sello editorial Mitin
Los Fresnos - Dpt. 1004, Residencial San Felipe. Lima 11, Perú
contacto@aerolineaseditoriales.pe
www.mitin.pe
teléfonos (511) 774-3827

colección dirigida:

50 1 grupo de
análisis
político

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
Reg. N° 2011-07360
ISBN: 978-612-46233-0-1
Reg. de proyecto editorial N° 31501131000580

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
sin previa autorización escrita del autor y el editor.

Impreso en Perú / Printed in Peru

Tabla de Contenidos

9	Introducción
15	Jauja, capital del Perú. Si los conquistadores hubiesen preferido el Valle del Mantaro y no Lima (1534) <i>José Ragas</i>
31	Un Inca en Sacsayhuamán. Si Túpac Amaru hubiese tomado el Cuzco (1780-1781) <i>Charles Walker</i>
49	El Bicentenario del Imperio peruano. Si la rebelión de Pumacahua, Béjar y los hermanos Angulo hubiese triunfado (1814) <i>Natalia Sobrevilla</i>
61	Leopoldo I, Emperador del Perú. Si se hubiese implantado el proyecto monárquico de San Martín (1821) <i>Mauricio Novoa</i>
79	La Coalición Nacional anticipada. Si Manuel Pardo no hubiese sido asesinado (1878) <i>Carmen Mc Evoy</i>
91	Haya Presidente. Si el APRA hubiese llegado al poder (1962-1968) <i>Javier Barreda</i>

- 109 El pez fuera del agua. Si Vargas Llosa hubiese derrotado a Fujimori (1990-1995)
Martín Tanaka
- 125 ¡Chino, Chino, Chino! Si el vladivideo no hubiese salido a la luz (2000-2010)
Eduardo Dargent
- 141 El cuarto fujimorismo. Si Keiko hubiese ganado las elecciones (2011)
Carlos Cabanillas

INTRODUCCIÓN

¿Se podría haber evitado el ascenso de los nazis al poder si el joven Adolf Hitler hubiera sido aceptado en la Academia de Bellas Artes de Viena? De no haber sufrido Lenin los ataques neurológicos que lo debilitaron y eventualmente acabaron con su vida, ¿se hubiera salvado Rusia y el mundo del totalitarismo estalinista? Preguntas como estas han inspirado la imaginación de diversos autores. Historiadores, periodistas, novelistas, entre otros, se han planteado ¿qué hubiera pasado si...? Y sus respuestas han sido tan variadas como creativas.

En el Perú no somos ajenos a este tipo de ejercicio. Desde niños estamos expuestos a estos episodios de historia alternativa, conocidos como contrafácticos, al aprender sobre nuestro pasado. Si Atahualpa hubiese desconfiado de Pizarro, ¿se habría producido la conquista de la misma manera? Si se hubiesen comprado buques a la par de Chile como, se dice, recomendaba Castilla, ¿se habría evitado la Guerra del Pacífico? Si Juan Velasco no llevaba a cabo la reforma agraria, ¿Sendero Luminoso hubiese tenido éxito?

Algunos historiadores peruanos también han discutido el uso de contrafácticos en el análisis de la historia de nuestro país. En un libro clásico, *El azar en la historia y sus límites*, el siempre pionero Jorge Basadre exploró su posible aplicación al análisis del pasado. Pero fue a mediados de los años ochenta, que Magdalena Chocano ofreció un texto en el que reexaminaba estas ucronías en tanto crítica y análisis del pasado. Chocano plantea que estas ucronías suelen traer implícitas una percepción pesimista de la historia nacional; son una narrativa de "oportunidades perdidas" y resaltan una larga cadena de decisiones mal tomadas. En el Perú, entonces,

el contrafáctico ha sido, por lo general, un lamento por un futuro que pudo ser mejor.

Escribir un ensayo de esta naturaleza es un desafío a las convenciones metodológicas, narrativas. En cierta forma, podríamos considerar a los contrafácticos como una futurología del pasado; un ejercicio arriesgado que se mueve entre un texto plausible y uno totalmente alejado de la realidad. Nuestra propuesta en el volumen que usted tiene entre manos se acerca más bien a la definición de Humberto Beck, quien presentó a los contrafácticos como un método de análisis y un género de creación literaria a la vez. Este ejercicio nos permite brindar una mirada nueva a la historia del país, pero reconocemos que los ensayos son, a fin de cuentas, un ejercicio de ficción.

Somos conscientes, sin embargo, que estamos embarcados en un negocio complicado. La atracción por la historia contrafáctica no debe llevar, de ningún modo, a su banalización, consecuencia de una utilización acrítica y apresurada. Al escribir un texto de este tipo no hay que olvidar algo tan simple como evidente: hay buenas razones para que las cosas hayan ocurrido tal como ocurrieron. Slavoj Žižek nos alerta del riesgo de que los contrafácticos nos lleven a caer en formas de pensamiento conservador que terminan banalizando profundos procesos de cambio social al hacerlos depender de un evento en particular. No cabe duda que detrás de los actores existen poderosas fuerzas empujándolos cual veleros sueltos al viento; fuerzas que un individuo en particular o un hecho fortuito difícilmente podrían modificar por sí mismos. Así, es muy probable que de haber muerto Lenin antes de llegar a Rusia a dirigir la revolución bolchevique otro líder hubiese tomado su puesto. Algunos autores cuentan la historia de las revoluciones francesa, rusa y china casi sin mencionar individuos, y tienen buenas razones para hacerlo. Los contrafácticos le parecerán un insulto a quienes consideran la historia como una

secuencia de procesos tectónicos y teleológicos. Y estamos de acuerdo que para explicar muchos procesos históricos, esta visión es acertada.

Aun cuando hay quienes consideran los contrafácticos como ejercicios desprovistos de sustento científico, este tipo de textos continúan escribiéndose y gozan de una notable acogida. Probablemente sea porque, pese a todas las advertencias arriba señaladas, sí es posible considerar rumbos alternativos en escenarios ambiguos así como identificar la acción de un individuo o un incidente fortuito que cambió el rumbo de los acontecimientos en forma fundamental. Si Hitler no hubiese abierto otro frente en Europa del Este en junio de 1942 al atacar Rusia y se hubiese concentrado en lograr la rendición de Inglaterra, por ejemplo, pocos dudarían de que el desenlace de la Segunda Guerra Mundial sería muy distinto al que conocemos.

Los ensayos que componen este libro abordan, precisamente, eventos que creemos modificaron la historia del Perú en forma significativa. Cada autor propone un momento particular en que los senderos se bifurcan, y nos narra una historia alternativa a la que conocemos. Al momento de elaborar los textos teníamos muy presentes los riesgos antes señalados, por lo cual acordamos respetar dos reglas.

Primero, los ensayos debían ser plausibles, tanto respecto al momento en que cambia la historia como en lo que se refiere a los acontecimientos derivados de este cambio. Si bien el recurso a la imaginación es imprescindible en la tarea que asumimos, los escenarios alternativos debían desarrollarse a partir de las posibilidades y limitaciones que el nuevo rumbo de acontecimientos ofrecía.

En segundo lugar, no se trataba de elaborar ensayos que sirviesen como una compensación a la interpretación derrotista que moldea nuestra visión del pasado, del presente y del futuro. La elección de escenarios alternativos

implica también la mención a los problemas y dificultades que se pudieron haber dado en dichos escenarios. Es probable que algunos problemas del Perú actual pudieran haberse solucionado de tomar otra dirección, pero sería ingenuo pensar que nuevos retos no habrían aparecido o incluso negar que las cosas podrían haber ido peor. Contra la opinión de Zavalita, el Perú probablemente no se jodió una sino varias veces.

Dado lo peculiar del encargo, preferimos no darles a nuestros autores más pautas que pudiesen limitar su creatividad. El lector encontrará en los ensayos una variedad de enfoques, aproximaciones y estilos a episodios que cubren un periodo que va desde la Conquista hasta la elección presidencial del año pasado. Los ensayos han sido organizados de manera cronológica, con una "bibliografía sugerida" al final de cada uno de los mismos, y preparada por cada autor, a manera de invitación para profundizar en los temas incluidos en el libro.

Estamos seguros de que el lector compartirá nuestro entusiasmo por este proyecto. Estos contrafácticos ofrecen una forma original para aproximarnos a un pasado que ha sido contado muchas veces de manera densa y como si se tratara de algo inevitable. El libro propone al público escenarios distintos a los que conoce y que son producto de la curiosidad de los autores.

Finalmente, debemos reconocer que un este proyecto no hubiese podido ser realizado sin el apoyo de numerosas personas. Queremos agradecer a los autores, por la confianza puesta en el proyecto. Como editores, el intercambio vía email con ellos para compartir nuestros hallazgos e ideas fue muy sugerente y útil al momento de delinear la estructura del libro. También queremos agradecer a Carlos Meléndez y José Carlos Requena, impulsores de la Serie Ruido Político, y a Álvaro Lasso, infatigable innovador cultural y mejor editor.

Mil gracias a Yusef Simon por su paciencia en el trabajo editorial y a Guadalupe Pardo por la foto de la contratapa. Alberto Vergara leyó versiones previas de los textos y aportó valiosos comentarios desde el inicio del proyecto. Y gracias también a Micaela Chirif y Paulo Drinot por sus ideas para los epígrafes y los títulos.

Bibliografía sugerida

Basadre, Jorge. *El azar en la historia y sus límites. Con un apéndice: la serie de probabilidades dentro de la Emancipación peruana* (Lima: P.L. Villanueva, 1973).

Coatsworth, John. "Counterfactual Mexico". *History Compass* 4.1 (2005).

Colman, Dan. "Historia contrafáctica: ¿Cuántos marines se necesitan para derrotar al Imperio Romano?" *Historia Global Online* (16 de noviembre de 2011).

<http://historiaglobalonline.com/2011/11/historia-contrafactica-%C2%BFcuantos-marines-se-necesitan-para-derrotar-al-imperio-romano/>

Chocano, Magdalena. "Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana". *Márgenes*, 2 (1987): 43-60. Lima.

Ferguson, Niall. *Historia Virtual ¿Qué hubiera pasado si...?* (Buenos Aires: Taurus, 1998).

González-Cueva, Eduardo. "País de las oportunidades aprovechadas". *La Torre de Marfil* (27 de julio de 2010).

<http://latorredemarfil.lamula.pe/2010/07/27/pais-de-las-oportunidades-aprovechadas/EduardoGonzalez>

González-Cueva, Eduardo. "País de las oportunidades perdidas". *La Torre de Marfil* (27 de julio de 2010).

<http://latorredemarfil.lamula.pe/2010/07/27/pais-de-las-oportunidades-perdidas/EduardoGonzalez>

"La historia que no fue". Sección de *Perú Económico*
<http://perueconomico.com/archivo>

"Pasados Imaginarios". *Letras Libres*, 118 (octubre de 2008). Dossier sobre historia contrafáctica en México.
<http://www.letraslibres.com/hemeroteca/edicion-mexico/pasados-imaginarios>

Pelegrín, Julián. "La historia alternativa como herramienta didáctica: una revisión historiográfica". *Proyecto Clío* (2010).
http://www.ub.edu/histodidactica/images/documentos/pdf/historia_alternativa_herramienta_didactica.pdf

Schmitt, Eric-Emmanuel. *La Part de l'autre* (París: ldp, 2003).

Walt, Stephen. "What if Realists were in charge of U.S. foreign policy?" *Foreign Policy* (30 de abril de 2012)
http://walt.foreignpolicy.com/posts/2012/04/30/what_if_realists_ran_us_foreign_policy_a_top_ten_list#.T59RD_nM1Rg.facebook

Zizek, Slavoj. "Lenin shot at Finland Situation". *London Review of Books* 27.16 (18 de agosto de 2005).
<http://www.lrb.co.uk/v27/n16/slavoj-zizek/lenin-shot-at-finland->

JAUIA, CAPITAL DEL PERÚ

"Famoso valle y provincia de Xauxa"

Antonio Vásquez de Espinosa

SI LOS CONQUISTADORES HUBIESEN PREFERIDO EL VALLE DEL MANTARO Y NO LIMA (1534)

José Ragas¹

Las tropas que ahora desfilan por el Jirón de la Unión lo hacen en medio de un silencio sepulcral. Quienes las observan muestran una mezcla de incredulidad y tristeza, dudando entre culpar de la derrota a los ahora ocupantes de la ciudad o a los líderes militares y a la élite política que los embarcó en una guerra que nunca estuvieron seguros de querer formar parte y a la cual —de haber sabido el desenlace— se hubiesen opuesto rotundamente. Pero ya es demasiado tarde y mientras la infantería hace su entrada y trata de mantener el ritmo marcial, los más ancianos intentan recordar cuándo fue la última vez que la ciudad había sido ocupada.

Sea como fuere, parece que los únicos que se alegraban de ver a sus paisanos desfilando por la otrora calle favorita donde la élite limeña solía estrenar trajes y vestidos eran los miembros de la asociación regional que funcionaba desde pocos años atrás y agrupaba a prominentes personalidades del Valle del Mantaro. Conocen el principal beneficio que el nuevo orden traería para ellos: la repartición de puestos claves para garantizar la lealtad de la región, al menos por un tiempo. Lo más probable es que el Prefecto de Lima, Manuel Pardo y Lavalle, fuese sustituido por alguien cercano al Presidente.

¹ PhD Candidate en Historia de América Latina por la Universidad de California, Davis (EEUU). Administrador del blog *Historia Global Online*, con intereses en historia digital e historia contemporánea. Su investigación actual es sobre las políticas migratorias en el Perú. El autor desea agradecer a Javier Puente Valdivia y Alberto Vergara por sus comentarios a una versión previa de este ensayo.

Pardo siempre había mantenido una actitud cordial y tratado de menguar la tensión entre Lima y la capital, Jauja, sobre la cual había escrito algunos ensayos. Pero las cosas habían cambiado, haciendo que su posición fuese insostenible, y él lo sabía. Adiós entonces a sus aspiraciones presidenciales, quizás alguno de sus hijos —posiblemente José— tuviese más suerte. Afuera, en la calle, los transeúntes trataban de digerir el mal momento y se preguntaban, a manera de consuelo, qué hubiese pasado si la revolución hubiese triunfado y Lima fuese la capital del Perú.

Por perturbadora que pueda parecer la imagen de una Lima ocupada militarmente, es necesario señalar que se trató de un desenlace que bien pudo haber ocurrido en algún momento de la historia republicana, cuando una región (en este caso, Lima en 1870) decidiera arrebatarse la supremacía a la ciudad capital (Jauja). Como sabemos, la fundación española de Jauja en el temprano siglo XVI tenía precisamente como propósito establecer un centro de poder hispano en el corazón de los Andes. Pero Pizarro decidió que Lima cumpliría mejor la función de ciudad capital. Su decisión cambió la historia del país e hizo de la Ciudad de los Reyes uno de los casos más peculiares de centralismo en América Latina. Por supuesto, no faltaron los intentos por revertir esta situación a lo largo de nuestra historia. Si bien la mayoría de estos se plantearon como proyectos de descentralización con resultados ambivalentes, algunos apostaron por utilizar una institución representativa como el Parlamento y realizar sesiones en diversos puntos del país, ya sea de forma permanente (los Congresos Regionales impulsados por Augusto B. Leguía) o itinerantes (como el más reciente intento del oficialismo al sesionar en Ica en setiembre de 2011). A pesar de todo ello, estos intentos no han significado un desafío al poder de Lima. Lo más cercano fue la propuesta de Alan García en 1986 de trasladar la capital precisamente al Valle del Mantaro. Curiosamente, no

hace mucho, el Congreso de la República emitió la ley 29856 que declaraba a Jauja como “la primera capital del Perú” mientras que el alcalde de Huancayo manifestó a inicios de mayo de 2012 que la Parada Militar se llevaría a cabo, por primera vez, en dicha ciudad.

Considerando todo esto, ¿qué hubiese ocurrido entonces de haber mantenido Pizarro su plan original? El presente ensayo explora algunos aspectos de este escenario alternativo, en el que Jauja es la capital del país y el Valle del Mantaro la región más importante. Para ello, privilegiamos cuatro momentos específicos: los años de formación de la sociedad colonial; la articulación regional que se formaría teniendo como eje a Jauja y el Valle del Mantaro; los desafíos que la primacía de Jauja y el Valle del Mantaro tendrían que enfrentar; y, finalmente, las implicancias del nuevo centro de poder en cuanto proyecto cultural y fuente de identidad.

* * *

La ventajosa ubicación geográfica de Jauja como capital del país no fue cuestión del azar. Cuando Pizarro se encontraba merodeando por el recién conquistado territorio, había pensado en el Valle del Mantaro como la mejor opción donde fundar el que sería el centro del poder virreinal. La ejecución de Atahualpa le había hecho percatarse de que necesitaba establecer una plaza desde donde poder contener posibles alzamientos de la nobleza del Cuzco y de los simpatizantes de Huáscar que ahí se encontraban así como de los partidarios del ahora destronado inca, que podían reunir fuerzas traídas desde Quito. La existencia de tambos y depósitos de aprovisionamiento que aún funcionaban pese al desmoronamiento de la delicada logística incaica fue una de las razones por las que los conquistadores decidieron establecer un asentamiento militar en la región. Además,

una serie de alianzas con la población local a través de los curacas pareció dar tranquilidad momentánea a los españoles. En algún momento el Cabildo y el Ayuntamiento sugirieron "pasar la ciudad a los llanos i costa de la mar", pero esta propuesta fue desestimada porque el grupo enviado a examinar el valle del curaca Taulichusco no tuvo una opinión favorable de dicho emplazamiento.

A decir verdad, es imposible no sentir un poco de lástima por los españoles —aunque sea por compromiso— cuando uno examina los pormenores de su acuerdo con la élite nativa local. Pizarro y su tropa no pudieron toparse con personas más hábiles en negociaciones ni que conocieran de primera mano lo que significaba adaptarse a una situación completamente nueva y sacarle provecho. Al igual que habían hecho con los incas, los curacas de la región analizaron rápidamente la situación y no dudaron en ofrecer ayuda a Pizarro a cambio de lo que consideraban un trato justo, según dio a entender el traductor una y otra vez a unos desconcertados españoles. Horas después de un banquete de agasajo a la hueste española, y cuando la chicha había hecho efecto, Pizarro concedía todo lo que los curacas habían solicitado. Y aún más: preservar sus títulos de nobleza de manera hereditaria y que estos fuesen reconocidos por Su Majestad Carlos V; no instalar encomiendas en la región, de modo que los curacas pudiesen seguir administrando la mano de obra indígena; exceptuar a la población indígena de la zona de todo servicio de la mita, sea esta agrícola, obrajera o minera. Eso sí, pagarían un pequeño tributo, el cual fue establecido en dinero por el virrey Francisco de Toledo, quien trató de revertir el trato hecho por los curacas con Pizarro con resultados contraproducentes: un atentado contra su vida y el envenenamiento de su secretario personal, Jerónimo de Silva. Las autoridades del Consejo de Indias en Sevilla también maldecirían el acuerdo, una y otra vez, permitiéndose una que otra palabrota dentro del recinto,

sobre todo cuando se enteraron que Jerónimo Guacrapaucar, "cacique principal del valle de Jauja", había arribado a la Península para defender sus privilegios.

Los españoles trataron de ver el lado amable del trato y procedieron a omitir los detalles incómodos del mismo. Inundaron la corte con cartas donde se vanagloriaban de haber encontrado un lugar adecuado para extender los reinos de Su Majestad, sin que ello significara drenar una ciudad completa, como lo había hecho Cortés con Tenochtitlán. El sentimiento "criollo" que se desarrollaría a partir del siglo XVII entre los descendientes de los primeros españoles en bibliotecas particulares y conventos alabaría la geografía de la región y los beneficios que esta habría traído a los nacidos en el valle. Ensalzaría también las bondades de su clima y cómo este favorecía a quienes sufrían de enfermedades respiratorias. Fue el sacerdote Bernabé Cobo quien logró condensar el espíritu de la región: "su temple es tan sano y regalado, que muchos van a esta ciudad a cobrar salud y convalecer en aquel valle". Otro poeta, que ha quedado en el anonimato, garantizaba que cualquier lugareño podría vivir tranquilamente "lo menos seiscientos años / sin hacerse jamás viejos". Esta fama acompañó a la zona hasta bien entrado el siglo XX, lo que le valió recibir cientos de pacientes con problemas respiratorios que venían a pasar a veces largas temporadas incluso después de sentirse completamente restablecidos.

* * *

La región comenzó a despegar económicamente desde muy temprano, como consecuencia de una economía basada en tres ejes: la minería, la agricultura/ganadería y el comercio. Asimismo, la presencia de una robusta clase media campesina, que alternaba la explotación de las tierras comunales con pequeñas y medianas parcelas de propiedad individual

contribuyó a dinamizar la región. Al haber logrado el virrey Toledo la mantención del tributo —apelando más a la antigua usanza que provenía del tiempo de los Incas que a la lógica de vasallaje de Carlos V— se incrementó la circulación de productos desde la región hacia el interior del Virreinato, los cuales entraban en ese inmenso circuito invisible que se decía comenzaba en Potosí y terminaba más allá de Quito. El ciclo de la plata permitió que la región experimentase un boom dada la inyección de circulante a las empresas agrícolas y obrajeras, sin tener que recurrir a los comerciantes de la costa o a la Iglesia, los cuales no se caracterizaban precisamente por sus intereses bajos ni por su comprensión en caso de que no se pudiese cubrir las deudas atrasadas.

Las noticias que llegaron sobre el traspaso de Potosí al recientemente creado Virreinato del Río de la Plata (1776) y el declive de la mina de azogue de Huancavelica provocaron cierta zozobra entre los lugareños del Valle, la misma que disminuyó cuando algunos aventureros decidieron invertir en equipos y maquinaria de exploración. Pronto se esparcieron los rumores sobre la aparición de nuevas vetas en tres puntos distintos: Hualgayoc, en Cajamarca; Pasco y Huarochirí. Estos tres centros remplazarían al enorme socavón que para entonces era Potosí y permitirían reconfigurar la economía en las últimas décadas del virreinato concentrando la circulación de plata en un espacio que ya anticipaba las futuras demarcaciones del Estado-nación. Se trató de un espacio geográfico-político-económico que tuvo como base la Intendencia de Tarma pero que adquiriría su contorno más o menos definitivo luego de que las Guerras de Independencia terminaran con la rúbrica del general realista en la Capitulación firmada en la Pampa de la Quinua.

Por supuesto, la duración de las Guerras de Independencia había afectado al territorio en su conjunto y en particular a la región central, conformada por el Valle del Mantaro y su hinterland costero: Lima y El Callao. Las minas

estaban paralizadas, la agricultura había sido puesta a su máxima capacidad para abastecer ambos ejércitos, y si bien se había conservado el ganado más selecto, una gran parte de este había sido sacrificado durante los últimos años, perjudicando a su vez la provisión de lana que movía los obrajes de la zona. Sin nada que exportar a los centros donde se negociaba el precio de la plata como París, Londres y Hamburgo para restablecer el crédito y pagar las deudas contraídas con Gran Bretaña, se tuvo que restablecer la producción agrícola y abastecer de alimentos a la población. La desmovilización de las tropas proveyó la mano de obra necesaria para retomar los ritmos de siembra y cosecha y, en menor medida, el pastoreo.

Tuvieron que pasar algunos años antes de que los comerciantes de la región pudiesen acumular el capital necesario para invertir en maquinarias y tecnología y drenar el agua de las minas de Pasco. Hacia la década de 1840 Pasco no estaba solo operativo sino superaba sus récords de producción de antes de la Independencia. La plata fluía desde el interior de las minas de Pasco y se desparramaba por medio de una extensa red de arrieros que atravesaban el país transportando elpreciado metal y retornando con las alforjas llenas de productos variados, dependiendo del lugar de partida. Pero el guano vino a alterar lo que parecía un equilibrio natural del país, articulado en torno a un mercado interno y con regiones que parecían no ofrecer amenaza alguna frente a un valle central concentrando la mayor cantidad de recursos económicos y militares. Fue entonces que la oportunidad de cambiar el ajedrez regional comenzó a planearse en las cabezas de la élite limeña, con los resultados que narramos al comenzar el ensayo. Por su parte, la derrota de Lima permitió lo que luego se conocería como “el Acuerdo de Chorrillos”, en el que los principales representantes de cada región acordarían llevar a cabo un proyecto conjunto para evitar conflictos internos que alteraran el desarrollo del país.

La derrota de Lima había comenzado a desarrollarse apenas tres meses atrás, cuando una serie de comunicados y partes militares inundaron la prensa denunciando la "tiranía del gobierno central" y llamando a las demás regiones a unirse en un levantamiento popular para marchar sobre el Valle del Mantaro. Pero las demás autoridades regionales tenían sus reticencias a unirse al llamado de sus contrapartes limeñas, con las cuales, valgan verdades, tampoco tenían mucha cercanía. Más les aterraba la idea de un levantamiento masivo que se les pudiera escapar de las manos, como aquel que había tenido lugar una década y media atrás y que terminó en la abolición del tributo indígena y de la esclavitud, aunque no hizo mucho por mejorar las condiciones de los coolíes que trabajaban en las haciendas costeñas. Fue muy difícil restaurar el orden en ese entonces y, si bien el número de víctimas no fue muy alto —una buena parte de estas fueron hacendados a quienes se ajustició de manera brutal—, el temor a otra movilización de ese tipo había contribuido a un pacto tácito y cierta *pax andina* que ahora una de las regiones amenazaba quebrar en desmedro de las demás.

En realidad, el alzamiento de Lima era un acto predecible y la consecuencia lógica de la importancia económica que había adquirido después del descubrimiento del guano en sus costas. Dentro de la "lotería de mercancías" que la geografía de los recursos naturales había redistribuido en el continente y a nivel regional, Lima se había visto beneficiada por enormes cantidades de excremento que las aves, con elegante indiferencia, habían depositado por miles de años para deleite de la élite local. El dinero comenzó a fluir y la hasta entonces maltrecha ciudad amurallada pasó a convertirse en una de las ciudades más opulentas de la costa del Pacífico, tratando de preservar su legado colonial con modernas construcciones en las que no se escatimó el costo.

La situación de nuevo rico también despertó el apetito de las potencias extranjeras, como España que por entonces se encontraban en franco declive luego de la Independencia americana. El envío de una Expedición Científica y posteriormente de un Comisario Regio es un relato bastante conocido, como también lo es el combate que se desarrolló frente al puerto del Callao y que terminó con la derrota de la armada extranjera. Pero lo que no se sabe es que poco después de la retirada de la flota "gachupina", la élite comercial y militar limeña comenzó a urdir un plan para poder acumular el dinero y las armas necesarias para la revuelta. Las autoridades locales se negaron a partir de ese momento a enviar a los cuarteles del gobierno central el armamento confiscado al ejército español y, bajo el pretexto de que requerían fondos extras para la reconstrucción de la ciudad, comenzaron a retener parte de los envíos y realizar sobrecostos en las obras de reconstrucción, lo cual permitió ir acumulando una nada despreciable cantidad de dinero que les permitiría financiar la rebelión contra Jauja. Encontrar a militares y políticos dispuestos a organizar y brindar una supuesta legitimidad jurídica a la insurrección no fue un problema. El problema estaba en cómo mantener esto en secreto durante los meses que tomó organizar la logística.

Precisamente las sospechas de posible información filtrada llevaron a acelerar los planes y apresurar el levantamiento aun cuando los operadores políticos estaban negociando con sus pares de otras regiones y con los ricachones que financiarían el levantamiento, los cuales trataban de asegurarse algún puesto de importancia en el futuro gobierno una vez que se hubiese derrocado al Presidente y convocado a nuevas elecciones. Para su mala suerte, no estaban equivocados: hubo quienes sabían de los planes del levantamiento. En una rápida maniobra, el gobierno central cortó rápidamente el envío de alimentos a la ciudad rebelde y los vagones del estrenado ferrocarril central fueron cargados con

soldados en vez de los productos que Lima solía consumir: granos, tubérculos y ganado vacuno, dado que las huertas y las chacras que se encontraban alrededor apenas podían producir la quinta parte de lo que necesitaban sus habitantes al interior de la muralla. Las provisiones acumuladas por los rebeldes se agotaron al segundo mes y los dueños de los navíos que supuestamente debían proveer de alimentos llegaron a un beneficioso acuerdo con el Gobierno para reducir las tarifas de aduanas si no se plegaban al levantamiento. Traicionada, la élite limeña vio reducida a cero toda posibilidad de aprovisionarse de armamento y alimentos para mantener la rebelión.

El estupor que provocó la rápida derrota generó diversas reacciones, entre las cuales estaba la que mencionamos líneas atrás, ese sentimiento que lleva a veces a elucubrar realidades paralelas y escenarios alternativos donde el vencido desea asumir la posición del vencedor. En realidad, Lima había tenido numerosas oportunidades para arrebatarse el cetro a Jauja, pero una y otra vez había fracasado. Y esta vez, con la ocupación de la ciudad, el gobierno central buscaba enviar un mensaje claro a las regiones que en el futuro osaran cuestionar su autoridad. El Presidente Francisco Quirós, que había preferido enviar a su segundo al mando a negociar la rendición y quedarse en la capital para asistir al Parlamento y coordinar con su agrupación, el Partido (antes Club) Progresista, era consciente de que la rendición de Lima le daba una nueva oportunidad para afianzar su poder y construir un proyecto nacional financiado con el dinero del guano, el cual ahora fluiría directamente desde las Islas Chincha.

* * *

El periodo posterior a la Independencia dejó a las nacientes repúblicas en una precaria situación económica y política. Los gobiernos debían proteger no solo sus fronte-

ras externas, de los países que estaban afianzando las suyas propias a costa de las de sus vecinos, sino también de otros espacios regionales, que buscaban negociar su autonomía a cambio del envío del tributo indígena (si se hallaban en el interior) o del dinero que se recogía a través de las aduanas (si estaban en la costa y tenían puerto). Las élites políticas veían al país siguiendo más bien el modelo colombiano, donde un conjunto de ciudades se distribuía el peso demográfico. En este caso Huancayo y Tarma, que actuaban como amortiguadores de oleadas migratorias, dejando a Jauja un rol más bien administrativo. Pero también consideraban que era necesario reforzar el eje con Lima, para de esa manera seguir los ejemplos de países vecinos como Chile (Santiago-Valparaíso) y Ecuador (Quito-Guayaquil).

La idea del mestizaje como doctrina oficial era producto de una proyección de la demografía regional sobre el resto del país. Ya desde el siglo XVIII los informes estadísticos publicados en el *Mercurio Peruano* daban cuenta del peso que representaba la categoría "mestizo", cercana o sobrepasando el 40%, frente al de "español" que en algunos recuentos llegaba al 12% o se acercaba al margen de error. Otros centros urbanos cercanos, como Tarma, compartían ese mismo porcentaje. Con la llegada del régimen republicano, la categoría tendió a ensancharse para absorber a la población "indígena" que quería dejar atrás el estigma asociado con esa categoría. La intensa circulación de personas, bienes e ideas en el Valle del Mantaro y las áreas bajo su influencia había favorecido la disolución de las fronteras étnicas, las cuales eran un estorbo para las transacciones y que solo parecían existir para los diligentes funcionarios estatales y sus acrobacias para organizar a la población en pinturas e informes.

El discurso oficial hacía permanente alusión a que el país era una "democracia racial", donde los diversos grupos sociales habían realizado significativos aportes a la formación

de la cultura nacional. Así, cada región estaba asociada con un determinado grupo étnico: Lima negra, Arequipa blanca, Cuzco andino y Jauja mestiza, según lo había capturado Francisco Laso en uno de los lienzos que adornaban las paredes del Palacio Legislativo. El tiempo demostraría lo limitado de este discurso cuando las poblaciones de la selva y las comunidades aymara del Altiplano comenzaran a hacer sentir su peso y buscaran su inclusión en el discurso nacional (alguna vez se propuso asociar Trujillo con la emergente comunidad asiática, pero los notables trujillanos pusieron el grito en el cielo). Asimismo, en vez de ampliar este discurso, un grupo de intelectuales y artistas financiados con dinero público comenzó a ensalzar al mestizo cobrizo, considerándolo una suerte de “raza cósmica”, predestinada y supuesta única representante de la verdadera peruanidad.

Aún cuando ambos discursos —uno integrador, el otro hiper-regionalista— entraban en pugna con cierta frecuencia, la primacía del Valle del Mantaro había creado un arquetipo distinto de nación, más mestiza e integrada, la cual tenía como referente las principales manifestaciones culturales del Valle y de sus principales ciudades: Jauja, Huancayo y Tarma. El ritmo que le imprimía el arpa y el saxofón al zapateo propio del huaylas contrastaba con la solemnidad de la guitarra ayacuchana y lo melancólico de los vales limeños, pero todo esto era solo una muestra de la variedad cultural que ofrecía el país. En el Día de la Música Peruana no faltaban los miembros de la vieja guardia, jaranera y nostálgica, que lamentaban la desaparición de la tuntunada y la chonguinada. Eran los mismos que se quejaban de que las nuevas versiones electrónicas estaban destruyendo el sentido original de las melodías, en clara alusión a las versiones *chill out* del pío-pío que resonaban en las combis que rápidamente cruzaban la plaza dedicada a uno de los cultores del folklore nacional, Zenobio Dhaga.

Bibliografía sugerida

Blog “Jauja, primera capital del Perú. Actualidad, historia, costumbres, arquitectura y todo sobre los xauxas”.
<http://blog.pucp.edu.pe/blog/sergionunez>

Contreras, Carlos. *Mineros y campesinos en los Andes* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1988).

De la Puente Luna, Jose Carlos. *Los curacas hechiceros de Jauja: batallas mágicas y legales en el Perú colonial* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007).

Deustua, José. “Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza”. *Economía, mercado y campesinos en los Andes: el caso de la minería peruana en el siglo XIX* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1995).

Espinosa Bravo, Clodoaldo Alberto. *Jauja antigua* (Lima: P.L. Villanueva, 1964).

Gootenberg, Paul. *Población y etnicidad en el Perú republicano. Siglo XIX, algunas revisiones* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1995).

Mallon, Florencia. *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940* (Princeton: Princeton University Press, 1983).

Manrique, Nelson. *Mercado interno y región. La sierra central 1820-1930* (Lima: Desco, 1987).

Romero, Raúl. *Identidades múltiples. Memoria, modernidad y cultura popular en el Valle del Mantaro* (Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001).

Wilson, Fiona. “Indians and Mestizos: Identity and Urban Popular Culture in Andean Peru”. *Journal of Southern African Studies*, 26.2 (2000): 239-253.
<http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/53bibliodesad.pdf>

UN INCA EN SACSAYHUAMÁN

*Muchos indios que fueron al combate
de Cuzco, de vuelta, me contaron que
su Inca [Túpac Amaru] lloró mucho en
Yanacocha de no ser recibido por Rey en el Cuzco*
Rafael José Sahuaraura Tito Atauchi, Estado del Perú (1784)

SI TÚPAC AMARU HUBIESE TOMADO EL CUZCO (1780-1781)

Charles Walker²

Hacia mediados de diciembre de 1780 las fuerzas de Túpac Amaru se dirigieron al norte, a la ciudad del Cuzco, desde su base ubicada en el Valle del Vilcanota. Estas se apostaron en las laderas de los cerros, apenas por encima del valle, sorteando poblaciones como Andahuaylillas y Oropesa. Casi al llegar a Saylla, famoso hoy en día por sus chicharrones, el grueso de la tropa indígena se desplazó hacia las laderas escarpadas al sur de la ciudad, aproximándose finalmente a esta desde el oeste. El dos de enero, el ejército español derrotó a una pequeña columna rebelde dirigida por Antonio Castelo, evitando así un posible movimiento de tenazas. Del mismo modo, los realistas lograron bloquear a grupos que se aproximaban desde Paucartambo, al noreste. No obstante, para fines de diciembre, decenas de miles de rebeldes rodeaban la ciudad desde el norte y el oeste, la entrada a Abancay, Ayacucho y, más importante, Lima. Compuestas abrumadoramente por población indígena, las fuerzas rebeldes también incluían mestizos, criollos y algunos españoles. Sus armas eran de manufactura local y, en cierta forma, primitivas, como el uso de galgas y hondas, pese a que contaban en su arsenal con los fusiles arrebatados a las fuerzas españolas y los cañones hechos de modo artesanal en los alrededores.

² Profesor de la Universidad de California, Davis (EEUU). Doctor por la Universidad de Chicago y especialista en movimientos sociales e historia urbana y medioambiental en los Andes. Es autor de *Shaky Colonialism. The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru, and Its Long Aftermath* (2008).

Un observador estimó en 40 mil el número de rebeldes y describió la silueta de las tropas apostadas contra la ladera de los cerros como el "lomo de un puerco espín".³ Dirigidos por José Gabriel Condorcanqui (o Túpac Amaru) y su esposa, la altamente competente Micaela Bastidas, sus tropas parecían estar a punto de tomar la segunda ciudad del Virreinato peruano, la antigua capital de los Incas y el centro administrativo del comercio regional, que incluía el circuito de la plata que se extraía desde Potosí.

Pero los rebeldes nunca tomaron el Cuzco. De acuerdo a la versión propagada por la élite de la ciudad, Cuzco había logrado ahuyentar a los rebeldes al desplegar un frente unido de un grupo multiétnico de los habitantes de la ciudad y curas en la primera línea de combate. No faltaron quienes se vanagloriaran de su propio coraje mientras resaltaban un giro decisivo de los eventos pues la plebe de la ciudad no se había unido a los rebeldes. Lo cierto es que mirando desde el cerro Puquín, Túpac Amaru y Micaela Bastidas vieron oleadas de indígenas que se negaban a unirse al llamado de los insurgentes ya sea por coerción (porque no se les permitió abandonar la ciudad) o por su propia voluntad (pues no querían unirse a las tropas rebeldes). Las fuerzas realistas también invocaron la intervención divina para explicar el hecho, señalando que Dios y el largo séquito de santos habían salvado la ciudad imperial de las hordas indígenas. El paralelo con la Conquista, especialmente con el sitio del Cuzco entre 1536 y 1537, cuando las fuerzas incaicas por poco derrotan a los conquistadores y sus aliados indígenas, se hace presente.

Aun cuando los historiadores han aceptado (o no) que el Cuzco enfrentó a los sitiadores, también han brindado algunas explicaciones sobre las razones que llevaron a los rebeldes a fracasar en su intento por apoderarse de la ciudad.

³ Archivo General de Indias, Lima, Legajo 1041.

Algunos indican que Túpac Amaru no deseaba provocar un baño de sangre. Él sabía que los realistas habían colocado a los indígenas al frente de las líneas de defensa, y que la única forma de tomar la plaza era masacrándolos. Además, como hombre de fe, que decía actuar en nombre del Rey y que en cada oportunidad apelaba a su linaje incaico, no le agradaba la idea de tomar la ciudad usando la violencia. No quería dejar marca alguna en una ciudad que simbolizaba el dominio español y la gloria incaica. El que no haya decidido prolongar el cerco, que en los casos de La Paz, Sorata y otras ciudades trajo como consecuencia hambrunas masivas y sufrimiento a sus habitantes, refleja quizás este respeto por Cuzco. A diferencia de los kataristas, que rodearon La Paz por varios meses en 1781 y vieron cómo sus habitantes se peleaban por conseguir alimento —sacrificaron rápidamente todos los animales disponibles— y suplicaban por agua, Túpac Amaru y Micaela Bastidas consideraban a la ciudad como propia, y a quienes allí vivían como amigos, familiares y aliados potenciales. También reconocían lo difícil que sería mantener el control de la misma una vez ocupada. Los líderes rebeldes sabían que tropas bien apertrechadas habían sido enviadas desde Lima y que solo era cuestión de semanas antes de que aparecieran por alguno de los acantilados desde donde ellos mismos habían estado observando la ciudad entre finales de diciembre de 1780 e inicios de 1781.

Los historiadores han sido reacios a criticar a Túpac Amaru y presentarlo como un cobarde, por lo que han argumentado que no quería dañar la ciudad por medio de un ataque sangriento o un cerco prolongado. Esta interpretación lo muestra como alguien humanitario más que indeciso. Pero también existe otra interpretación: que sus tropas estuviesen enfermas, hambrientas y que hubiesen comenzado a desertar. Alimentar a decenas de miles de personas en las quebradas montañosas durante la época de lluvia requería no solo cantidades impresionantes de comida sino una compleja

logística. Las fuerzas rebeldes rápidamente echaron mano de sus provisiones pero no pudieron conseguir suficientes alimentos. Las condiciones higiénicas debieron haber sido muy precarias y los documentos señalan la presencia de dolores estomacales y otras enfermedades que acosaban a la tropa. Una vez más, se produjo un *déjà vu* respecto de la Conquista, con enfermedades debilitando a las tropas que resistían la presencia española. Túpac Amaru y Micaela sabían que de poco les servía tener soldados hambrientos y enfermos. Muchos entre la tropa estaban preocupados por la próxima cosecha, pues su ausencia podría significar que sus familias pasaran hambre, por lo que las deserciones comenzaron a hacerse notar entre las filas rebeldes. El 11 de enero las fuerzas realistas escalaron los cerros con la intención de atacar a los rebeldes pero estos habían huido, aprovechando la niebla nocturna.⁴ Para muchos analistas, este fue el comienzo del fin: cuatro meses después las autoridades ejecutarían brutalmente a Túpac Amaru, Micaela y su grupo de colaboradores más cercanos en la Plaza del Cuzco.

¿Qué hubiese pasado si finalmente se hubiesen decidido a atacar la ciudad? ¿Hubiese cambiado la historia del Perú y del mundo? Exploremos un poco.

El 4 de enero, las tropas rebeldes descendieron apresuradamente por los acantilados que rodean la ciudad, donde hoy los trenes zigzaguean lentamente en dirección a Machu Picchu. El primer choque entre ambas fuerzas fue horroroso. Los rebeldes transportaron los cañones y los fusiles para romper la primera línea realista mientras miles de rebeldes arrojaban piedras sobre sus enemigos. Los sacerdotes invocaban a los realistas a sostener la línea de defensa mientras los comandantes en la Plaza observaban

⁴ Sobre el descontento de las tropas, véase: Archivo General de Indias, Charcas, Legajo 596.

atentos por si los rebeldes decidían entrar por el norte, por Sacsayhuamán. Las mujeres arrojaban ceniza desde los balcones para cegar a los invasores, pero unos certeros tiros de honda las hicieron buscar refugio al interior de sus casas. Para cuando el día había terminado, miles de soldados de ambos bandos yacían muertos, y aquellos seriamente heridos de bala o de otro tipo se percataron de que sus heridas podrían infectarse y ser fatales. Pese a que los oficiales rebeldes y realistas muertos podían ser fácilmente identificados, no ocurría lo mismo con la soldadesca, pues muchos de los rebeldes vestían los típicos ponchos que usan los campesinos del lugar. Y los pobres que vivían en la ciudad, empujados al frente de batalla por los realistas, vestían de la misma manera.

Túpac Amaru buscó entrar a la ciudad como vencedor y héroe antes que como conquistador. Arengó a las tropas para que no asesinaran a los desarmados ni destruyeran los edificios. Luego de veinticuatro horas de lucha callejera, los realistas por fin se rindieron. Túpac Amaru y Micaela Bastidas rápidamente se apoderaron del armamento y tomaron las medidas para que aparecieran nuevos brotes de resistencia. Establecieron su cuartel general en el Cabildo y la Plaza Regocijo, asegurándose que a sus tropas se les proveyese de abrigo y alimento y estuviesen bajo control. Las mujeres que acompañaban a las tropas rebeldes se apoderaron de los productos del mercado y comenzaron a cocinar en la Plaza. Micaela exigió que las gateras —las vendedoras en la vía pública— recibieran un pago por la comida que preparaban; ella misma, de manera entusiasta, tomó el dinero de las arcas y les pagó personalmente. Micaela sabía que la ciudad necesitaría provisiones, por lo que se aseguró de que los arrieros y otros comerciantes pudiesen ingresar y que la comida fuese comercializada y no saqueada, ya que la hambruna era la forma más fácil de que los rebeldes perdiesen la ciudad. En compensación, entregó comida a las

tropas, que ella misma había comprado, así como bienes y las pertenencias personales de los oficiales realistas. Mientras los líderes rebeldes pedían a sus tropas que mantuvieran la calma, ellos se encargaban de saquear la casa del corregidor Matías Baulen, quien se negó a aceptar la autoridad de Túpac Amaru.

Micaela Bastidas, no obstante, se cercioró de que sus tropas se comportaran adecuadamente, castigando a todo aquel que se viese envuelto en algún caso de violencia, extorsión o violación, exigiendo asimismo respeto hacia la docena de conventos, iglesias y monasterios que existían en la ciudad. Sus tropas vieron con enorme sorpresa cómo supervisaba el ajusticiamiento de dos rebeldes que habían sido capturados saqueando Santo Domingo. Túpac Amaru y Micaela no cesaban de repetir a sus tropas que la ciudad no era territorio enemigo y, por lo tanto, debían respetar a la población y las edificaciones. Muchos de los rebeldes observaban las extravagantes casas donde vivían los ricos, con sus depósitos llenos de productos y mercancías provenientes de Lima o de otras partes del Virreinato, y se preguntaban por qué no incluir estas propiedades como parte del botín de guerra que ellos merecían por haber capturado la ciudad.

Túpac Amaru se reunió con el Obispo Juan Manuel Moscoso y Peralta, quien era reconocido como el líder local desde que la rebelión comenzara tres meses atrás. Durante los primeros días del sitio, el Obispo arequipeño y los miembros del Cabildo habían rechazado, una a una, las cartas del curaca rebelde, y ahora tenían que atenderlo en persona. Había pocos oficiales de alto rango en el Cuzco por lo que solo se tuvo que arrestar a algunos de ellos, aproximadamente una docena, que parecían ser los más peligrosos. Entre los rituales y ceremonias que tuvieron lugar poco después de la captura estuvieron el cierre de la aduana y la liberación de los prisioneros de la cárcel. Micaela y Túpac Amaru exigieron tener reuniones con las familias más importantes, además

del clero y las autoridades, forzándolos a pronunciarse a favor del levantamiento y reconocer a Túpac Amaru como el nuevo líder del Perú. Ambos continuaron manifestando que procedían en nombre del rey y en contra del mal gobierno. En varias reuniones Túpac Amaru repitió el discurso que había dado en el Valle de Vilcanota y durante su excursión en noviembre en el Collao y el Lago Titicaca. Abolió la mita, el reparto de mercancías y el cargo de Corregidor y prometió que todos pagarían un único impuesto: el tributo. Hablando en español —con ocasionales alusiones a términos en latín— y quechua, dio estas instrucciones de modo muy preciso aunque mantuvo la ambigüedad sobre el tipo de gobierno que llevaría a cabo. La población local se preguntaba si intentaría nombrarse virrey, romper con Lima o unirse a Charcas. La incertidumbre parecía prevalecer. Algunos pensaron que la gloria del Tahuantisuyo había por fin retornado; otros creyeron que lo que había llegado era más bien el infierno.

Los rebeldes obligaron a los poderosos de la ciudad a reconocer su autoridad. En reuniones marcadas por la incomodidad y la hipocresía, la clase dirigente, que pocos días antes había tomado a Túpac Amaru como un indio vulgar y un plebeyo, ahora se encontraba frente a él y su entorno, rogando por su apoyo. El Obispo Moscoso no se amilanó y pidió a los rebeldes que respetaran la Iglesia, sus edificios, propiedades y patrimonio. Moscoso dejó entrever sus dudas por el supuesto apoyo del rey al levantamiento y pidió a Túpac Amaru que explicara sus intenciones. Algunos prominentes criollos, como el clan Ugarte, expresaron su preocupación por el control social: ¿reinaría el caos ahora que los rebeldes estaban en control de la ciudad? Pero al final se hizo evidente que apoyaban al bando rebelde pues no tenían otra opción. Cuando José Gabriel preguntó a Antonio Ugarte por qué no había respondido su misiva del 22 de noviembre de 1780 donde explicaba las razones del levantamiento y solicitaba su apoyo, el sagaz cuzqueño dijo

que no había recibido tal carta. Túpac Amaru expresó su satisfacción sobre la aceptación de su mando, pero Micaela era más escéptica, haciendo saber a su marido que no eran más que hipócritas esperando la menor oportunidad para traicionarlo.

Los líderes mantuvieron la rutina diaria y la cuidadosa división de las labores que habían adquirido desde poco después de producido el levantamiento, cuando se encontraban acuartelados en Pampamarca y Tungasuca. El siempre inquieto José Gabriel disfrutó los recorridos por la ciudad y sus alrededores a la vez que encontró cierto deleite en contar sus proyectos a los asombrados transeúntes. La población indígena encontró gratificante que la principal autoridad de la ciudad se dirigiese a ellos en quechua y enfatizara su ascendencia incaica. Túpac Amaru fortaleció las defensas de la ciudad y envió agentes a averiguar el paradero del curaca realista, Mateo Pumacahua. Escribió cartas a sus aliados en el sur así como a los curacas y otras personalidades en el norte y en Arequipa, pidiendo su apoyo. Intentó mantenerse informado de lo que ocurría en Lima pero era consciente de que algunos de los realistas que habían escapado por San Sebastián y San Jerónimo llegarían a la capital del virreinato para fines de enero. Mientras, disfrutaba los elaborados rituales que se desarrollaban en el centro de poder del siglo XVIII en el Perú: asistencia a misa con el Obispo y otros dignatarios, cenas con miembros importantes, reuniones con su entorno más cercano y, en un abierto desafío a las pomposas convenciones del protocolo virreinal, conversaciones informales con la gente común y corriente. Su retrato, que lo mostraba con toda la parafernalia incaica, adornaba ahora las paredes del Cabildo.

Para algunos observadores de la época, se trataba de una ridícula y alarmante yuxtaposición, en la que se veía a un indio de clase baja que nunca pudo probar su linaje vestir los emblemas de autoridad inca y española. Observadores

modernos que pudieron apreciar el cuadro (originalmente perdido pero descubierto gracias a los esfuerzos de los historiadores Ramón Mujica y Donato Amado) lo compararon con la famosa imagen que muestra a Pancho Villa y Emiliano Zapata en el Palacio Nacional de México, el 6 de diciembre de 1914. Pero para los contemporáneos, sin embargo, el retrato no era del todo desconcertante. La escuela cuzqueña se había caracterizado por combinar lo inca con lo colonial, mientras la nobleza local había exigido un mayor reconocimiento de su status a lo largo del siglo XVIII. Para el común de la gente, que Túpac Amaru y Micaela presidieran el Cabildo o fuesen retratados no les causó mayor incomodidad, aunque sí percibieron esto como una señal de justicia o del advenimiento de la Tierra Prometida.

Micaela se encargó de monitorear a las tropas, permitiendo que algunos de los combatientes retornaran a sus hogares a ver a sus familias, ya que no podía retenerlos, alimentarlos, y tenerlos bajo control se iría haciendo cada vez más difícil. A cambio, les pidió que estuviesen listos para retornar al Cuzco o a pelear donde fuese necesario. Solo mantuvo una fuerza de mil hombres en la ciudad, manteniéndolos ocupados en tareas como el reforzamiento de las defensas y de las pendientes cubiertas de lodo que iban desde ella hasta las localidades aledañas. Su máxima preocupación —como lo había manifestado a fines de 1780— era un posible ataque sorpresa por parte de las tropas realistas desde el Valle Sagrado o de tropas frescas provenientes de Arequipa, Lima o Abancay. Ella insistió que Túpac Amaru no debía bajar la guardia.

La noticia de la toma de Cuzco llegó a Lima el 25 de enero. El Virrey Jáuregui intentó restringir la circulación de noticias, temiendo que envalentonaran a la población indígena a través de los Andes, deleitaran a los ingleses, perturbaran a los limeños y enfurecieran a la Corte de Madrid. La *Gaceta de Lima* no hizo mención alguna a los

hechos, pero las noticias ya se habían expandido por toda Lima y en dirección a Europa por medio de la correspondencia privada. En junio de 1781, el *London Chronicle* publicó una nota donde mencionaba que "the Indian Tupac Amaru has taken the major city of Cuzco" ("el indígena Túpac Amaru ha tomado la ciudad del Cuzco"). En Madrid, la población comparó el hecho con la desastrosa ocupación de La Habana por las tropas británicas en 1762. Para algunos, la noticia encerraba una señal de la decadencia española y de su tenue poder sobre las posesiones ultramarinas. Para otros, era más bien un reflejo de la incompetencia de Jáuregui, de la temeridad de Túpac Amaru y de los interminables abusos cometidos por los corregidores. Pese a estas diferencias, en Europa y las Américas la población consideró la toma de Cuzco como un formidable golpe al orgullo y poder español.

Cuando los rebeldes ocuparon Cuzco, 15.000 soldados estaban dirigiéndose hacia la Ciudad Imperial desde Lima, dirigidos por el Visitador General Antonio de Areche y el Inspector General José del Valle. El virrey pidió a sus consejeros rastrillar las calles de la capital y las comunidades cercanas en busca de más reclutas. El 1 de febrero, un contingente adicional de cuatro mil soldados bien apertrechados emprendió la marcha de Lima a Pisco, para luego dirigirse a Ayacucho hasta llegar a su destino final, Cuzco. La leva de nuevos reclutas continuó a lo largo de la jornada, pero con resultados contradictorios. Areche se quejó de la "creciente arrogancia de los indios. Sus sonrisas reflejan el conocimiento de la osadía de Túpac Amaru". Un grupo de avanzada alcanzó a Areche y Del Valle en Abancay. Ambos planeaban atacar Cuzco el 23 de febrero, día de San Lázaro. Una columna ya estaba en camino desde Abancay, habiendo contactado a los curacas que permanecían leales. En Calca, el curaca realista Mateo Pumacahua informaba que estaba a la espera de un ataque inminente y que sus tropas estaban listas.

Túpac Amaru había sido tentado de atacar el Valle Sagrado, pero temía estar abarcando demasiado territorio, de modo que no pudiera concentrar sus fuerzas en caso de una ofensiva española. Envío emisarios a Paucartambo y a las localidades cercanas para reforzar el apoyo e hizo que su primo, Diego Cristóbal, retornara al Vilcanota para movilizar las tropas y dirigirse desde ahí al área del Titicaca para contactar a los kataristas, quienes habían comenzado el sitio de La Paz. Túpac Amaru y Micaela siguieron de cerca todos los movimientos de las fuerzas enemigas, exigiendo de sus espías información detallada sobre la composición social de las tropas, su número y armamento. Su estrategia contemplaba que si Areche y Del Valle confiaban en la lealtad de la tropa indígena, muchos podrían desertar y pasarse a las filas de los rebeldes. Túpac Amaru sopesó la idea de enfrentarse a ellos en Anta Pampa, en la creencia de que sus tropas derrotarían fácilmente a las exhaustas fuerzas realistas. Micaela insistió en que los españoles tenían su propio sistema de inteligencia y que conocían de antemano los movimientos de los rebeldes. Según su plan, si los rebeldes atacaban por sorpresa al grueso de los realistas tendrían la victoria asegurada. Sin embargo, ella misma dudaba de que pudiesen ser tan afortunados: los realistas estarían al tanto de sus movimientos.

Micaela señalaba que los españoles tenían ventaja ya que los caballos le permitían una movilidad para atacar desde diversos frentes: desde Anta pero también desde Paruro o incluso desde más al sur. Si los rebeldes se dirigían a Anta Pampa, los realistas podían sortearlos y atacar la ciudad, quizás con refuerzos llegados de Arequipa. Si, por el contrario, los rebeldes decidían permanecer en la ciudad, los realistas podían rodear la ciudad, valiéndose de su artillería y cortando el suministro de alimento y agua. Ambos sabían que los españoles no tendrían ningún reparo en destruir el Cuzco, o masacrar a miles de personas si con eso conseguían derrotar a los rebeldes.

A inicios de febrero, Micaela, José Gabriel, y el resto de su círculo más cercano tomaron la decisión de abandonar el Cuzco. Habían humillado a las fuerzas realistas; habían demostrado a la población local que no eran herejes que quemaban iglesias, según la descripción que difundía la propaganda realista; y se habían apoderado de una considerable cantidad de provisiones y armamento. También habían conseguido engrosar sus filas con miles de nuevos reclutas. Algunos de estos se habían plegado a la insurrección convencidos de la llegada de una nueva era de justicia y el final del abuso español. Otros abandonaron Cuzco ante los persistentes rumores de que los realistas retornarían en cualquier momento y ejecutarían a todo aquel que hubiese apoyado a los rebeldes. La clase media y alta de la ciudad se encontraba caminando sobre la cuerda floja, implorando apoyo por parte de los rebeldes cuando era evidente que estaban a la espera de ser que las tropas españolas los liberaran. En medio de numerosas cenas de despedidas, misas y audiencias públicas, Túpac Amaru ordenó la ejecución de cuatro españoles. Pocos días antes, y en medio de una borrachera, ellos habían exclamado que estaban "contando los días" para que las tropas realistas llegasen a la ciudad. En las seis semanas que estuvo en Cuzco, Túpac Amaru había mostrado su lado más conciliatorio, pero también demostró que no estaba dispuesto a tolerar la traición.

Los españoles encontraron una ciudad completamente transformada cuando entraron el 24 de febrero. Las señales de las batallas de enero aún eran visibles, especialmente en el sendero que va del cerro Picchu hacia la ciudad. Las tropas rebeldes habían reparado parte del daño, refaccionando algunos balcones que habían ardido en llamas y uniando muros derruidos durante la lucha. Las tropas tupa-maristas habían removido también muchos de los símbolos del dominio español del Cabildo y de otras instituciones, remplazándolos con retratos de los Incas e incluso de los re-

beldes mismos. Los soldados los arrancaron de los muros, pero para fortuna nuestra varios de estos fueron almacenados a los antiguos edificios donde habitaban los jesuitas antes de su expulsión, lo que permitió que fuesen redescubiertos en el siglo XX. Los rebeldes habían dejado además numerosas sátiras en las que ridiculizaban a los españoles y reiteraban la abolición de la mita, del reparto de mercancías, de las aduanas, y otras demandas más, además de quemar la aduana hasta dejarla en cenizas. Estos no fueron los únicos testimonios de la ocupación de Cuzco por los rebeldes: las actitudes también habían cambiado.

Los españoles y muchos de los criollos agasajaron a las tropas y los consideraron como sus salvadores, reservando para un vanidoso Areche el tratamiento de segundo conquistador. Se organizaron numerosas festividades para anunciar su llegada, presentando a los rebeldes como cobardes que habían huido debido a su naturaleza pusilánime y al miedo que sentían. Criollos de la talla de los hermanos Ugarte buscaron demostrar su lealtad, lo mismo que el Obispo Moscoso. Los oficiales realistas preguntaron por los demás miembros de la clase alta cuyo paradero era desconocido, para indagar si habían sido asesinados, secuestrados contra su voluntad o, en el peor de los casos, se habían unido a los rebeldes por su propia voluntad. Los Ugarte, por ejemplo, tuvieron que rendir cuentas en nombre de toda su numerosa familia.

La actitud de la gente común preocupaba a Areche y otros oficiales. Para ellos, la población indígena y la plebe de origen multiétnico se había vuelto menos respetuosa después de la ocupación del Cuzco. Areche se quejaba de que los indígenas solo hablasen quechua, un lenguaje cuya persistencia lo enfurecía, y que no demostrasen ningún interés en adoptar el lenguaje ni las costumbres españolas. No pasó mucho antes que comenzara a preguntarse a sí mismo si los hombres y mujeres indígenas que lo miraban lo hacían con

sorna o con una fingida sumisión que escondía un rebelde detrás. Le preocupaban los espías y los traidores, por lo que invertía una considerable cantidad de tiempo probando la lealtad de la población. El Visitador fracasó, no obstante, en encontrar evidencia que probara alguna conspiración o la presencia de enemigos infiltrados; pero tampoco halló señal alguna de apoyo popular a la causa española.

Areche y Del Valle habían planeado reagruparse en el Cuzco y atacar a la brevedad posible a Túpac Amaru en el Vilcanota o en La Raya, más al sur. Pero se enteraron de que los rebeldes se habían detenido en Pampamarca para visitar a sus seres queridos, revisar sus provisiones y reclutar más seguidores. Una vez hecho esto, las tropas rebeldes enrumbaron al sur, donde planeaban unirse a los kataristas. Los observadores estimaron en decenas de miles el número de rebeldes. Petrificados por el miedo, los españoles que se encontraban alrededor de La Raya reportaron que las fuerzas rebeldes llegaban a 80.000. Aquellos que retornaron al Cuzco informaron a sus superiores que los rebeldes estaban en control de todos los pueblos ubicados en la ruta al Titicaca, luego de haber expulsado a los españoles y criollos adinerados y de haberse apropiado de sus bienes. Hacia marzo, las fuerzas comandadas por Túpac Amaru estaban luchando en el sur con mayor determinación, con mayor número de fuerzas y una mayor unión que a fines de 1780.

Bibliografía sugerida

Este ensayo se basa en mi próximo libro sobre la rebelión de Túpac Amaru que será publicado por Harvard University Press en 2013. Entre las obras de consulta obligada están: Boleslao Lewin, *La rebelión de Túpac Amaru* (Buenos Aires: Hachette, 1957); Eulogio Zudaire, *D. Agustín de Jáuregui y Aldecoa (II) Virrey interino del Perú* (Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1971); Scarlett O'Phelan Godoy, *Un siglo de rebeliones anticoloniales: Perú y Bolivia 1700-1783* (Cuzco: Centro

Bartolomé de las Casas, 1988); Jan Szeminski, *La utopía tupamarista* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1983); Juan José Vega, *Túpac Amaru y sus compañeros* (Cuzco: Municipalidad, 1995, 2 vols.); Alberto Flores Galindo, ed. *Túpac Amaru II-1780* (Lima: Retablo de Papel, 1976) y *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes* (Lima: Horizonte, 1994, 4ta ed.); y para una visión amplia y reciente, Sergio Serulnikov, *Revolución en los Andes: La era de Túpac Amaru* (Buenos Aires: Sudamericana, 2010).

Para la versión "oficial" del sitio y la supuesta heroicidad de la población, ver el "Informe relacionado del Cabildo del Cuzco" (1784) en la Colección Documental de la Independencia del Perú, vol. II, tomo 1, pp. 98-148. Se ha publicado mucho sobre el horroroso sitio de La Paz: María Eugenia del Valle de Siles, *Testimonios del cerco de La Paz: el campo contra la ciudad, 1781* (La Paz: Última Hora, 1981); sobre la nobleza Inca, ver David Garrett, *Sombras del Imperio: la nobleza indígena del Cuzco, 1750-1825* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009). Aunque el artículo que cito es ficticio, *The London Chronicle* sí publicó una nota sobre Túpac Amaru en su número 4013 (17-20 de agosto de 1782). Areche manifestó su desesperación por la persistencia del quechua en muchísimas cartas y en sus duras medidas represivas. En cuanto a la dificultad al distinguir entre los cadáveres de los realistas y los rebeldes indígenas, muchos lectores se habrán percatado que me inspiré en el cuento del gran Julio Ramón Ribeyro, "Los moribundos".

El 28 de julio de 1814, el ejército de Tupa Amari, comandado por Túpac Amari, se enfrentó al ejército realista en la batalla de Huamachuco. El ejército realista, comandado por el coronel Juan Antonio de Alencastre, fue derrotado y se retiró a Huancayo. El ejército de Tupa Amari continuó su avance hacia Lima.

El 28 de julio de 1814, el ejército de Tupa Amari, comandado por Túpac Amari, se enfrentó al ejército realista en la batalla de Huamachuco. El ejército realista, comandado por el coronel Juan Antonio de Alencastre, fue derrotado y se retiró a Huancayo. El ejército de Tupa Amari continuó su avance hacia Lima.

Bibliografía sugerida

Este ensayo se basa en el siguiente libro sobre la rebelión de Tupa Amari que será publicado por Harvard University Press en 2015. En el momento de escribir este ensayo, el libro aún no había sido publicado. Véase: *La rebelión de Tupa Amari* (Buenos Aires: Hachette, 1957); Eugenio D'Amico, *Armas de guerra y almas de Dios: El Virrey conde del Perú* (Buenos Aires: Editorial del Porvenir, 1971); Sebastián C. Hurlin, *La rebelión de Tupa Amari* (Lima: Universidad de Lima, 1973); *La rebelión de Tupa Amari* (Lima: Universidad de Lima, 1973).

LA REBELIÓN DE PUMACATTA, BAJAR Y LOS HERMANOS ANGULO HUBIERON TRIUNFADO (1814)

Natalia Sobrevilla

EL BICENTENARIO DEL IMPERIO PERUANO

En el caso de haber logrado [la revolución de 1814] sus objetivos máximos, [...] habría surgido un Perú nacional, sin interferencias desde afuera y con una base mestiza, indígena, criolla y provinciana.

Jorge Basadre, *El azar en la Historia y sus límites*, 1973

El 28 de julio de 1814, el ejército de Tupa Amari, comandado por Túpac Amari, se enfrentó al ejército realista en la batalla de Huamachuco. El ejército realista, comandado por el coronel Juan Antonio de Alencastre, fue derrotado y se retiró a Huancayo. El ejército de Tupa Amari continuó su avance hacia Lima.

El 28 de julio de 1814, el ejército de Tupa Amari, comandado por Túpac Amari, se enfrentó al ejército realista en la batalla de Huamachuco. El ejército realista, comandado por el coronel Juan Antonio de Alencastre, fue derrotado y se retiró a Huancayo. El ejército de Tupa Amari continuó su avance hacia Lima.

El 28 de julio de 1814, el ejército de Tupa Amari, comandado por Túpac Amari, se enfrentó al ejército realista en la batalla de Huamachuco. El ejército realista, comandado por el coronel Juan Antonio de Alencastre, fue derrotado y se retiró a Huancayo. El ejército de Tupa Amari continuó su avance hacia Lima.

SI LA REBELIÓN DE PUMACAHUA, BÉJAR Y LOS HERMANOS ANGULO HUBIESE TRIUNFADO (1814)

Natalia Sobrevilla⁵

El 3 de agosto de 1814 José Angulo y el cura José Gabriel Béjar tomaron los cuarteles de la ciudad del Cuzco capturando al regente de la Audiencia junto con los demás oidores. Un día después del levantamiento se reunió la diputación provincial y, luego de tomar juramento a algunos nuevos miembros, se resolvió que, pese a no haber quórum, los presentes procederían inmediatamente a sesionar ya que urgía garantizar el orden, la seguridad y la tranquilidad pública. Angulo dejó en claro que para él lo más importante era la observancia de las leyes constitucionales que habían sido infringidas. El móvil de la revolución del Cuzco fue desde su inicio muy transparente: la puesta en práctica de la constitución dada en Cádiz en 1812 para toda la Monarquía Hispánica.

La crisis desatada a partir de 1808 con la captura del rey por parte de las tropas napoleónicas llevó a un importante proceso de transformación política que resultó en la elección dos años después en Cádiz (al sur de España) de una institución (las Cortes) que aspiraba representar todos los rincones de la monarquía. Fueron los diputados que sesionaron en dichas Cortes quienes redactaron un documento marcadamente liberal, el cual se presentó como la base para regir todos los

⁵ Profesora en University of Kent, Canterbury (Gran Bretaña). Doctora por el Institute for the Study of the Americas, University of London. Su área de estudios es el periodo de formación de los estados latinoamericanos en el siglo XIX. Su más reciente libro es: *The Caudillo of the Andes: Andrés de Santa Cruz* (2011).

espacios que aún respondían a la autoridad de la Regencia y las ahora llamadas Cortes de Cádiz.

Este no fue el caso de todos los territorios americanos, que desde 1810 habían reclamado su derecho a regirse por sí mismos organizando Juntas similares a las que se habían establecido en la Península.

A diferencia de aquellas que se establecieron siguiendo este patrón en Buenos Aires, Caracas y Santiago, en el Perú, el virrey Fernando de Abascal ejerció un férreo control sobre los territorios del virreinato peruano logrando incluso reconquistar provincias que desde las reformas borbónicas ya no pertenecían a su jurisdicción, como el reino de Chile y las Audiencias de Quito y Charcas. La intervención militar fue decisiva en este objetivo: en el caso del actual Ecuador, por medio de tropas enviadas principalmente desde el norte del Perú; Chile, con las que llegaron desde Lima; y Charcas, de las organizadas en el Cuzco, Arequipa y Puno. Esto fue posible en parte porque tanto el sur como el norte del virreinato peruano habían vivido un intenso proceso de militarización desde 1809, cuando se establecieron las primeras Juntas en Chuquisaca, La Paz y Quito.

En el sur del Perú la guerra había continuado prácticamente ininterrumpida desde 1809 por el interés de la Junta de Buenos Aires de retomar el control sobre la Audiencia de Charcas, jurisdicción que le había pertenecido desde las reformas borbónicas. Fue en este contexto de guerra que las comunidades locales comenzaron a reclamar mayor autonomía y vieron con beneplácito la proclamación, con gran pompa, de la Constitución de Cádiz. Entre los cambios institucionales más importantes en espacios como el Cuzco estaban: la creación de ayuntamientos con autoridades elegidas en centros poblados de más de mil habitantes; y el establecimiento de las diputaciones provinciales, que también tendrían miembros electos y estarían encargadas de velar

por sus localidades además de poder recaudar impuestos. La Constitución establecía, entre otras cosas, la igualdad entre los españoles y los indios, disposición que en localidades como el Cuzco contaba con notable apoyo.

En su proclama a las demás provincias del Cuzco, el líder del levantamiento, José Angulo, explicó que el motivo principal que lo llevó a la insubordinación era que "las antiguas autoridades se habían acarreado la común detestación por las infracciones de las leyes de la constitución política de la monarquía y de las reglas de la justicia primitiva".⁶ El primer acto de la Audiencia en la sesión organizada por los revolucionarios consistió en nombrar autoridades interinas para asegurar el gobierno de la provincia, procedimiento en todo momento de acuerdo a las instancias de la Constitución de 1812, ya que el artículo 255 concedía el derecho a sublevarse contra los magistrados y los jueces que infringieran la ley. Al inicio, los rebeldes adujeron haberlo hecho en nombre de 'nuestro amado monarca el señor don Fernando VII', quien se encontraba cautivo pero reconocía la autoridad de las cortes soberanas. De esta manera se distanciaban de la autoridad del virrey Abascal en Lima, pero seguían la tendencia seguida en casi todo el continente donde se apelaba, por lo menos en apariencia, al respeto de la autoridad de la monarquía hispánica.

A pesar de que la insurrección fue en sus inicios principalmente urbana y respondió a situaciones muy particulares dadas en la ciudad del Cuzco, la población indígena de las provincias aledañas se plegó rápidamente a esta, que pasó a controlar un gran espacio rural.

Pocas semanas después, los rebeldes ya contaban con un área de acción mayor a la controlada por Túpac Amaru tres décadas atrás. Este movimiento fue además mucho

⁶ "Proclama del 11 de agosto de 1814". En Cornejo Bouroncle (1956: 262).

más exitoso en conseguir el apoyo de los caciques que no se habían unido a la rebelión de 1780 y que, por el contrario, la habían combatido, como fue el caso de Mateo Pumacahua. Aunque el levantamiento es ampliamente conocido como "la rebelión de Pumacahua", el cacique de Chinchero solo se unió a él una vez que los hermanos Juan, José, Vicente y Manuel Angulo y el cura Béjar habían obtenido las primeras victorias. Pumacahua había defendido a la Corona en repetidas ocasiones: en 1780 luchó contra Túpac Amaru y en 1811 apoyó de manera decisiva al General José Manuel de Goyeneche ante el levantamiento de La Paz y Cochabamba.

Pumacahua había dedicado toda su vida a obtener cada vez más privilegios del gobierno imperial, llegando incluso a ser nombrado intendente y luego presidente interino de la audiencia del Cuzco. No obstante, estos cargos nunca le valieron ser tratado como un igual por las élites peninsulares, las cuales rechazaron este último nombramiento. A esto se debió parte de su desencanto con el régimen español. El otro motivo que lo impulsó a unirse a los rebeldes fue su afán por defender su posición de cacique. En 1780, Pumacahua se enfrentó a Túpac Amaru, a quien consideraba un cacique ilegítimo; en 1809 luchó contra la Junta de La Paz que proponía la abolición de los cacicazgos; y en 1811 lo hizo contra la junta porteña que tampoco tenía ningún interés en mantenerlos. Pero cuando se unió a los rebeldes en 1813, se levantó más bien contra los constitucionales gaditanos, los mismos que buscaban abolir los títulos nobiliarios indígenas.⁷

La revolución se fue radicalizando a medida que ganaba adeptos tanto en el área urbana del Cuzco como en su *hinterland* rural, e incluso en provincias más alejadas como Puno, Desagüadero y La Paz. Esta última ciudad, por ejemplo, fue tomada en una importante acción de armas en

⁷ Cahill y O'Phelan (1992).

septiembre de 1814. El apoyo de los cuzqueños, sin embargo, no fue generalizado, y fue un hijo de esta ciudad, el mariscal de campo Francisco de Picoaga, quien estuvo al mando de un batallón de cuzqueños, encargado de hacer frente a la revolución trayendo las tropas que desde el Alto Perú habían estado luchando contra las incursiones enviadas por la Junta de Buenos Aires. La revolución del Cuzco buscaba la paz con las provincias del Río de la Plata. Así lo explica claramente Angulo en la carta que envió al obispo de Lima en octubre de 1814, donde dice que "a pesar de poder abrazar el sistema de Buenos-Ayres" prefería pedir al virrey que se dieran unos armisticios suficientes.⁸

La creciente radicalización del movimiento obligó a sus líderes a justificarlo ya no solo por la conquista de las provincias aledañas sino también por su lucha contra las tropas realistas. Fue a raíz de esto que se dio un viraje en el vocabulario y se comenzó a hablar más abiertamente de independencia. En una de sus proclamas los sublevados agradecieron a los cuzqueños por su valor ya que consideraban que habían "acabado de derribar el despotismo de la España".⁹

Fue durante este proceso de radicalización que la revolución se decidió por la independencia, llegando incluso a considerar un Imperio con capital en el Cuzco.¹⁰ La decisión de establecer un gobierno independiente llevó a la etapa más innovadora del levantamiento, que le permitió imaginar la creación de un estado que respondía a las necesidades y ambiciones regionales que habían sido expuestas con la rebelión de Túpac Amaru treinta años antes.

⁸ Carta de Angulo a Bartolomé de las Heras, Cuzco 28 de octubre 1814. En Cornejo Bouroncle (1956: 294).

⁹ "Proclama de los insurgentes del Cusco". En Colección Documental de la Independencia del Perú (1971: 329-330).

¹⁰ Esto se puede comprobar en sus oficios enviados a La Paz por ejemplo reproducidos en Colección Documental de la Independencia del Perú (1971: 347).

Cabe preguntarse qué hubiese ocurrido si los rebeldes hubiesen impuesto un rumbo distinto al que ya conocemos. Es decir, no solo si hubiesen triunfado sino que, como parte de su agenda política, hubiesen considerado que un régimen monárquico era la opción más adecuada para el territorio bajo su control. Así, de haberse consolidado el Imperio Peruano, surgido de la revolución de 1814, hoy estaríamos a punto de celebrar el Bicentenario de la Independencia de un país que tendría al Cuzco como capital. Se habría zanjado así la discusión sobre cual debía ser la ciudad más importante del Perú y se habría impuesto una solución diferente a la que tenemos hoy con la primacía de Lima. A finales de la era colonial las ciudades de Lima, Arequipa, Cuzco y La Paz tenían el mismo peso demográfico y con la creación del Imperio Peruano, tres de estos grandes centros urbanos habrían tenido un rol fundamental en la construcción del nuevo estado, garantizando una visión andina que rescatara la tradición incaica como la base de la nacionalidad.

Hacia 1814 era evidente que los territorios ubicados entre el río Pampas (en la actual provincia de Ayacucho) hasta Oruro (en la Bolivia de hoy), obedecían a una lógica regional, articulada alrededor de la producción de bienes, así como del comercio para abastecer a la mina de Potosí. Fueron estos territorios, con una importante población quechua y aymara, los que se unieron para formar la base de lo que ellos mismos denominaron "el Imperio del Perú". Se trataba además de espacios que habían sido fragmentados con la creación del virreinato del Río de la Plata, el cual incorporó la provincia de Puno. Los patrones de intercambio comercial, las conexiones entre las élites e incluso la dinámica de las poblaciones que contribuían a la mita minera de Potosí hacían de este espacio una unidad reconocida por los mismos miembros de las élites coloniales que habían sugerido que la Audiencia del Cuzco, creada después del levantamiento de Túpac Amaru, tuviera jurisdicción sobre toda esta área.

A diferencia de los problemas que Bolivia ha tenido históricamente con el acceso al mar, el Imperio Peruano habría estado permanentemente mirando al Océano Pacífico. Las dificultades de Bolivia en su acceso al mar no se remontan a la pérdida de su litoral durante la Guerra del Pacífico a fines del siglo diecinueve, sino inmediatamente después que surgió como nación independiente, ya que no pudo tener acceso al puerto de Arica, geográficamente el más cercano y con el que tenía sólidas conexiones comerciales. El Imperio Peruano no se enfrentó nunca a esos problemas y tuvo a la ciudad del Cuzco como un sólido centro que le brindó un núcleo importante de identidad, ya que la Independencia significó más bien una restitución simbólica del imperio incaico. Los espacios que este imperio llegó a controlar coincidían con los del imperio incaico, ya que se consolidó en la actual Bolivia e incluso en los territorios del norte de la actual Argentina que son más andinos y donde hasta ahora se habla quechua.

Los principales enemigos del Imperio Peruano fueron las élites de la ciudad de Lima y la república de Chile, que se unieron en una alianza estratégica en el Pacífico para impedir que la costa norte se incorporara al recientemente creado imperio. Entre 1814 y 1815 la oposición fue liderada por el mismo virrey, quien luchó frontalmente contra la arremetida de las tropas cuzqueñas. A pesar de esta oposición, el nuevo Imperio Peruano se consolidaría tras la derrota de las tropas criollas en el Alto Perú y con el cambio de bando de importantes jefes criollos como Picoaga, que decidieron abandonar a sus jefes peninsulares en vez de reprimir a sus propios compatriotas cuzqueños. Una vez afianzada en el área andina, la revolución fue imparable y el imperio logró establecerse a pesar de la oposición que enfrentó desde la costa.

Con el tiempo, la ciudad de Lima fue tomada e incluida en el Imperio Peruano, inicialmente como la ciudad más septentrional, pero con el tiempo y una exitosa campaña mi-

litar se logró el control de todo el norte del Perú actual. Chile intervino en dos ocasiones, para tratar de desmembrar el Imperio, la primera bajo el liderazgo de Diego Portales y luego cuando trató de consolidar su control sobre el salitre, pero solo logró tomar la costa ya que en los territorios andinos el control del Imperio Peruano fue férreo. La identidad de este nuevo estado se estableció sobre la base de una reutilización de los símbolos incaicos y de la adaptación de la constitución de Cádiz, que había servido en primera instancia de excusa para la rebelión. Figuras como las de Pumacahua fueron muy importantes para proveer al nuevo régimen de una legitimidad ancestral incaica. Fue él, junto con los otros caciques que habían logrado mantener su identidad como nobles incaicos durante el periodo colonial, los que articularon la idea del incaísmo y su adaptación a un nuevo contexto para crear y construir una identidad nacional que respondiera a las necesidades del recientemente creado Imperio Peruano.

Al tener como base la constitución de Cádiz y el incaísmo, el sistema político que rigió al Imperio fue la monarquía constitucional. Al ser un proceso de independencia temprana la posibilidad de innovación institucional estuvo siempre presente ya que el sistema republicano aún no se había constituido como el modelo predominante en el resto del continente. Del constitucionalismo gaditano, el Imperio adoptó su estructura como estado. Un rey, en este caso el emperador inca, gobernaba sobre una serie de provincias que mantenían una importante autonomía entre sí y que eran regidas por medio de diputaciones provinciales con miembros electos, además de los ayuntamientos locales que se renovaban también por elecciones. La igualdad jurídica entre todos los ciudadanos era la base del imperio, eliminando así el legado colonial de la división entre "república de indios" y "república de españoles". Una interesante variante, aunque predecible dado el apoyo de personas como Pumacahua, fue la preservación del cacicazgo y la importancia que cobró la

nobleza indígena en la conducción del nuevo estado. Fue esta élite, junto con los criollos, quienes formaron la clase dirigente del nuevo estado imperial.

El Imperio Peruano que nació con la revolución de 1814 en el Cuzco derivó en una monarquía constitucional inspirada en la carta gaditana que combinó instituciones de corte liberal con un énfasis muy grande en la elección de representantes, junto con la repotenciación de antiguas instituciones incaicas que fueron reelaboradas —e incluso reinventadas— para otorgarle legitimidad. Queda claro que después de casi trescientos años de gobierno a cargo de la Corona las instituciones incaicas que aun sobrevivían eran muy diferentes de las que existieron antes de la llegada de los españoles. La revolución de 1814 así como la poderosa identidad cuzqueña hicieron posible "inventar tradiciones" que apelaban a la idea del incaísmo y que fueron lo bastante flexibles para darle a esta monarquía constitucional el suficiente apoyo para sobrevivir los embates de enemigos internos y externos. El Imperio Peruano, con su centro en el Cuzco y su control sobre todos los valles aledaños al Cerro Rico de Potosí por el sur y Guayaquil por el norte, fue capaz de organizar y aglutinar una serie de identidades muy diversas que formaron la base para un sólido estado que restituyó simbólicamente a los vencidos en la Conquista. El Imperio del Perú nació de una rebelión que poco a poco fue cobrando conciencia de las oportunidades que existían para crear una nación independiente y que nunca dejó de reconocer sus orígenes en el Imperio incaico.

Bibliografía sugerida

Cahill, David y Scarlett O'Phelan. "Forging their own History: Indian Insurgency in the Southern Peruvian Sierra, 1815". *Bulletin of Latin American Research* 2.2 (1992): 125-167.

Colección Documental de la Independencia del Perú. Tomo III, *Conspiraciones y rebeliones en el siglo XIX*. Vol. 7, *La Revolución del Cuzco de 1814* (Lima, 1971).

Cornejo Borounce, Jorge. *Pumacahua. La revolución del Cuzco de 1814. Estudio documentado* (Cuzco, 1956).

Garrett, David. *Sombras del Imperio: la nobleza indígena del Cuzco, 1750-1825* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009).

Salai Vila, Núria. *Y se armó el tole tole: tributo indígena y movimientos sociales en el virreinato del Perú, 1784-1814* (Huamanga: Instituto de Estudios Regionales José María Arguedas, 1996).

LEOPOLDO I, EMPERADOR DEL PERÚ

Aequa tellus pauperi recluditur, regumque pueris
 ["La misma tierra se cierra así para el pobre como
 para los hijos de los reyes"]

Horacio

Bibliografía sugerida

Cahill, David y Susan O'Phelan. "Forging their own image: Indian insurgency in the Southern Peruvian Sierra, 1825-1829." *Journal of Latin American Studies* 22 (1990): 125-157.

Comisión Documental de la Independencia del Perú. *Constituciones y reformas en el siglo XIX, Vol. 2, La Asamblea de Cuzco de 1829* (Lima, 1971).

Leopoldo J. Emperador del Perú. *1829: 20 años de independencia* (Lima, 1981).

Salas Vilá, Néstor. *El Imperio del Perú, 1825-1829* (Lima, 1970).

Salas Vilá, Néstor. *El Imperio del Perú, 1825-1829* (Lima, 1970).

SI SE HUBIESE IMPLANTADO EL PROYECTO MONÁRQUICO DE SAN MARTÍN (1821)

Mauricio Novoa¹¹

Cuzco, 6 de agosto de 1829, quinto aniversario de la batalla de Junín. El presidente del Congreso toma el juramento constitucional en el balcón del cabildo al Emperador del Perú. La Plaza del Regocijo, donde ocurre el acto, la Plaza Mayor, las calles y cuestras aledañas están repletas, pero se guarda un solemne silencio. De pie, Leopoldo Jorge Cristián Federico de Saxe-Coburg-Saalfeld, posa su mano izquierda sobre la biblia que perteneció a Toribio Alfonso de Mogrovejo. Levanta el brazo derecho en alto, dispone la mano a la manera de los íconos medievales y pronuncia la siguiente fórmula:

Juro por Dios y por estos Santos Evangelios, cumplir y hacer cumplir la carta constitucional decretada en 1829 para el Imperio del Perú; guardar y hacer guardar los fueros de sus habitantes; y defender a la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana.

¹¹ Abogado por la Universidad de Lima y M.Phil. por la Universidad de Cambridge, en donde fue William Senior Scholar en Historia del Derecho y Derecho Comparado. Ha publicado diversos trabajos de historia intelectual en el Perú y el extranjero. Actualmente es director del Centro de Estudios Bicentenario y socio de BNA, una firma de consultoría estratégica. El autor desea agradecer a Cristóbal Aljovín, Fernán Altuve, José de la Puente Brunke, Carlos Gálvez, Carmen Mc Evoy, Óscar Roca, Sandro Patrucco, Paul Rizo-Patrón y Rafael Sánchez-Concha por su valiosa contribución a este ensayo.

Los interminables ensayos de estas 42 palabras con su profesor de español, un ex-seminarista del Colegio de los Nobles Irlandeses de Valladolid, dieron sus frutos, aunque todavía podía notarse un ritmo germano en sus palabras. Hay aplausos. Leopoldo saluda con una leve sonrisa desde la baranda cubierta con terciopelo púrpura. Colgada sobre el balcón del cabildo y flameante en todos los edificios públicos, puede verse la nueva bandera imperial: el estandarte rojiblanco con un sol coronado en la franja blanca. Irrumpe el Himno Nacional, que por expresa indicación mantuvo su música y letra original. Entonces, todas las miradas se posan sobre el nuevo emperador tratando de escudriñar cuáles serán sus intenciones políticas. Y aunque nadie puede predecir el futuro, no es difícil adivinar que la empresa de reconciliar al nuevo y al viejo Perú será difícil.

* * *

El acto de juramentación fue seguido de una misa de coronación, oficiada por José Sebastián de Goyeneche, obispo de Arequipa, en vista de las vacancias de las sedes eclesiásticas de Lima y Cuzco. El diario oficial *El Peruano* había preparado días antes una relación del cortejo que, junto al monarca, atravesaría la Plaza del Regocijo hasta la calle del Medio para luego enfilarse directamente hasta la catedral. Prescindiendo del detalle minucioso, puede decirse que, entre otros, estuvieron el presidente del congreso, Manuel Salazar y Baquíjano, antiguo conde de Vista Florida y futuro duque de la Jura Real; el primer ministro, Mariano Alejo Álvarez; el ministro de guerra, Andrés de Santa Cruz; el ministro de justicia y culto, José María de Pando; y el jefe de la Casa Imperial, gran mariscal Guillermo Miller, uno de los hombres clave del régimen hasta la muerte del emperador. Les siguieron senadores, diputados, jefes militares, miembros del cabildo y notables de la ciudad del Cuzco. Los alféreces

reales de Cuzco, Lima y Trujillo, vestidos de traje negro y golilla, llevarían el sello real para su consagración.

Los cronistas presentes reportaron que Leopoldo I, proclamado oficialmente Emperador del Alto y Bajo Perú lucía el uniforme de los Húsares de Junín con los laureles cruzados de general del Perú, confeccionado especialmente, de acuerdo al decreto del 27 de diciembre de 1824, por la casa Gieves & Hawkes de Londres, y el gran collar con brillantes de la reinstaurada Orden del Sol. Durante el trayecto, Leopoldo recuerda el relato del cronista Martín de Murúa sobre la decapitación de Túpac Amaru I, último monarca indígena del Perú, en esta misma plaza. Sin embargo, el estruendo de las salvas de artillería y los vítores al Inca Rey lo harían volver a sí mismo. Ingresaría a la catedral bajo un palio de brocado sostenido por cuatro canónigos, mientras en el coro se cantaba un *Te Deum* compuesto especialmente para la ocasión por el maestro de capilla Andrés Bolognesi. Aunque las fuerzas políticas acordaron que no habría una coronación formal, como había ocurrido en México (1821) y Brasil (1822), Goyeneche logró que durante la liturgia se impusiera el crisma sagrado en la frente y las manos del nuevo monarca. En la catedral, contiguos al trono imperial, se habían dispuesto sobre almohadillones ribeteados de galón dorado, los símbolos de la nueva monarquía: el manto púrpura al que las monjas del convento de la Encarnación de Lima bordaron las LI yuxtapuestas de *Leopoldus Imperator*; el cetro real rematado en un cóndor esployado, regalo de los cabildos principales; y, finalmente, la corona imperial fabricada por el ilustre gremio de los plateros del Cuzco.

* * *

La entronización del emperador del Perú había sido para muchos una manifestación de la providencia divina. Los sermones de las parroquias del Cuzco comentaron cómo los

pilares de la catedral habían anticipado al nuevo Inca Rey, sirviendo exactamente para colocar los retratos de los catorce Incas, emperadores en tiempos de la gentilidad. Tal como lo recogerían posteriormente las *Antigüedades Peruanas* de Mariano Eduardo de Rivero y Juan Diego de Tschudi, en Arequipa, Huamanga y Juli afiebrados presbíteros comentaron cómo, de acuerdo a las profecías guardadas en la ciudad del Cuzco, un bello náufrago inglés descubierto por un cacique antes de la conquista española, pasó de ser *Englishman* a Ingasman, luego Ingasman Cápac y finalmente Inga-Manco-Cápac (1851, vol. 1, 64).

En términos generales, sin embargo, incluso los más acérrimos detractores del proyecto monárquico reconocerían la valía personal del nuevo emperador. Nacido en el castillo de Rosenau en 1790, Leopoldo fue el hijo menor de Francisco, Duque de Saxe-Coburg-Saalfeld y de la condesa Augusta Reuss-Ebersdorf. Luego de la ocupación del ducado de Sajonia-Coburgo en 1806, fue enviado a París en donde Napoleón le ofrece el cargo de edecán. El joven de dieciséis años declina la invitación y decide enrolarse en la caballería imperial rusa, en donde era, desde temprana edad, coronel honorario del regimiento Izmailnovski. Siendo jefe de escuadrón, Leopoldo tiene una actuación distinguida en la batalla de Kulm obteniendo la cruz de San Jorge por su valor militar. En la campaña alemana destaca en las batallas de Lützen, Bautzen y Leipzig. Luego de la entrada de las tropas aliadas en París, el zar Alejandro I promovió a Leopoldo al rango de general del ejército ruso.

La posguerra trajo un giro inesperado a la vida de Leopoldo. Tras un breve romance, no desprovisto de una inicial oposición, en 1816 se casó en Carlton House, Londres, con la princesa Carlota de Inglaterra, única hija legítima de Jorge, Príncipe Regente (posteriormente Jorge IV). Nombrado sucesivamente general del ejército británico, mariscal y caballero de la Orden de la Jarretera, el Príncipe

de Saxe-Coburg era el futuro rey consorte de Gran Bretaña. A fines de 1817, sin embargo, la princesa murió dando a luz a un hijo nonato, hecho que causó una gran conmoción en Leopoldo y en Inglaterra. Los siguientes diez años vivió en Longwood House, una propiedad al sur de Londres, reteniendo sus dignidades y el título de Alteza Real, ratificado por el Privy Council en 1818. Ni las comodidades, ni sus amantes, hicieron que olvide a Carlota. En sus memorias, Christian von Stockmar, médico personal y confidente, escribió que Leopoldo nunca recuperó el sentimiento de felicidad que bendijo su hogar durante su vida de casado.

La recomposición del mapa europeo luego del Congreso de Viena y el desmembramiento de la Monarquía Hispánica, representaron una oportunidad para varios miembros de casas principescas europeas. En 1815, por ejemplo, el trono del Reino Unido de los Países Bajos y el Ducado de Luxemburgo fueron ofrecidos a Guillermo Federico de Orange-Nassau. Entre 1825 y 1830, los insurgentes griegos negociaron con el gobierno británico, a través de sucesivos ministros de relaciones exteriores, autorización para otorgar el trono de Grecia independiente al propio Leopoldo de Saxe-Coburg-Saalfeld. Pese a que inicialmente el primer ministro Duque de Wellington no quiso intervenir en los asuntos griegos por considerar que un imperio otomano inestable era más peligroso para los intereses británicos, el 3 de febrero de 1830, Gran Bretaña, Francia y Rusia resolvieron ofrecerle el título de Príncipe Soberano de Grecia. Sin embargo, las condiciones puestas por Leopoldo (elecciones ratificando su entronización y definición de las fronteras), imposibilitaron su entronización, que eventualmente recaería en Otto de Wittelsbach. En 1836, la unión de los ducados de Sajonia-Coburgo y de Gotha, convirtió al hermano mayor de Leopoldo, Ernesto (1784-1844), en primer soberano del estado de Sajonia-Coburgo-Gotha, cambiando permanentemente el nombre

la casa reinante. En América, Hilaire Le Moyne fue enviado en 1818 para lograr la coronación del entonces Duque de Orleans, futuro Luis Felipe I de Francia, en el Río de la Plata. Unos años más tarde el Plan de Iguala (1821) buscó establecer una monarquía constitucional en México, proponiendo, entre otros, al archiduque Carlos de Austria y al infante Francisco de Paula de Borbón, duque de Cádiz. En Colombia, el consejo de ministros propuso en 1829 que, a la muerte de Simón Bolívar, este fuese remplazado por un príncipe europeo, preferiblemente francés.

* * *

La idea de establecer una monarquía constitucional, bajo la denominación de Imperio del Perú, tuvo como base una decisión del Consejo de Estado de 24 de diciembre de 1821. Pocos días antes de emitir la norma, José de San Martín habría escrito a Bernardo O'Higgins, señalando que era necesario buscar el reconocimiento de la independencia en Europa, así como sentar las bases del gobierno futuro que debía regir. En tal sentido, el consejo consideraba que, para 'conservar el orden interior' y obtener la 'respetabilidad exterior' del Perú era necesario 'un gobierno vigoroso, reconocimiento de la independencia y la alianza o protección de una de las potencias de las de primer orden de Europa.' Para el Gobierno Peruano de 1821 las potencias más indicadas para entablar una alianza eran Gran Bretaña ('por su poder marítimo, su crédito y vastos recursos [y] bondad de sus instituciones') y Rusia ('por su importancia política y su poderío'). Para estos fines se nombró una misión compuesta por Juan García del Río, primer canciller del Perú, a quien se acreditó como ministro plenipotenciario en Gran Bretaña, y por el británico James o Diego Paroissien, cirujano en jefe del ejército libertador ascendido a general de brigada. Su encargo fue buscar en Europa una cabeza reinante para el Perú autorizándolos

para explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Saxe Coburgo, o, en su defecto, uno de la dinastía reinante de la Gran Bretaña, pase a coronarse emperador del Perú. En este último caso, darán la preferencia al duque de Saxe (Sajonia), con la precisa condición de que el nuevo jefe de esta Monarquía limitada abrace la religión católica, debiendo aceptar y jurar, al tiempo de su recimiento, la Constitución que le diesen los representantes de la nación; permitiéndose venir acompañado, a lo sumo, de una guardia de 300 hombres.

Era evidente que la decisión del Consejo de Estado estaba direccionada a Leopoldo de Saxe-Coburg. En estricto rigor, sin embargo, cualquiera de los tres hijos de Franz Friedrich, duque de Saxe-Corburg-Saalfeld (1750-1806) pudo ser considerado un candidato dentro de los supuestos del texto. No obstante ello, desde 1806 Ernesto ocupaba el trono soberano de Saxe-Coburg. Por su lado, Fernando (1785-1851), casado con una princesa húngara, se había establecido en Austria desde 1802, en donde, luego de una distinguida participación en las guerras napoleónicas, había consolidado su carrera militar como general de la caballería imperial. Consecuentemente, al momento en que García del Río y Paroissien zarparon a Londres, Leopoldo era, al mismo tiempo, un príncipe de Saxe-Coburg y un miembro de familia real británica, pese a no ocupar lugar en la línea de sucesión.

En caso esta empresa no tuviera éxito, el Consejo de Estado estaba dispuesto a aceptar a algunas de las 'ramas colaterales de Alemania' con la condición de que estas tuvieran el respaldo británico, o uno de los príncipes de Austria con las mismas condiciones y requisitos. Ante una negativa británica de apoyar el proyecto monárquico para el Perú, los comisionados debían dirigirse en segundo lugar al Emperador de Rusia, 'como el único poder que puede rivalizar con Inglaterra'. De fallar también esta iniciativa, podía aceptarse un candidato de las casas de Francia o

Portugal y, en último recurso, a Carlo-Luigi de Borbón-Parma, príncipe de Lucca, el efímero niño-rey de Etruria y nieto del rey Carlos IV de España y las Indias.

Al poco tiempo de llegar a Londres en la primavera de 1822, García del Río y Paroissien supieron que San Martín había convocado al congreso constituyente y renunciado al cargo de Protector del Perú. Mientras que Paroissien dejó Inglaterra para ponerse bajo las órdenes de Bolívar en 1825, García del Río permaneció en Londres al menos hasta 1828. Durante su estadía fundó, en colaboración con Andrés Bello, las revistas *Biblioteca Americana* y *Repertorio Americano*.

* * *

El proyecto monárquico de San Martín tuvo una segunda oportunidad como consecuencia de la primera crisis internacional del Perú independiente, luego de la inesperada salida de Bolívar, a bordo del bergantín *Congreso*, en setiembre 1826. Aunque Andrés de Santa Cruz, a quien Bolívar había delegado el mando supremo, alcanzó promulgar la constitución vitalicia en diciembre de ese mismo año, la hegemonía bolivariana era insostenible. En enero de 1827 amotinaron las tropas colombianas, lo cual obligó a Santa Cruz a convocar a una nueva asamblea constituyente que, al poco tiempo de instalada, eligió al mariscal José de la Mar como presidente del Perú. En el camino, el gobierno expulsó al ministro colombiano por ser "factor de negociaciones secretas y juntas clandestinas". La ruptura con la Gran Colombia era inevitable.

Meses antes de que Bolívar declarase la guerra al Perú, La Mar comprendió que si las cosas no cambiaban, la independencia peruana terminaría siendo un proceso inútil. La amenaza de la Gran Colombia, la inestabilidad de Bolivia, el descontento generalizado y los numerosos alzamientos en

la sierra peruana en nombre de Fernando VII, hacían necesario, tal como lo había anticipado San Martín en diciembre de 1821, un gobierno vigoroso que tuviese el apoyo de las potencias extranjeras. Sin estabilidad en sus fronteras, ni un poder mediador entre las fuerzas políticas, el Perú no podía prosperar. Fue entonces que La Mar escribió a García del Río autorizándolo para retomar las conversaciones con Leopoldo e instaurar el proyecto sanmartiniano del Imperio del Perú.

La empresa de La Mar no estuvo desprovista de la ayuda de la providencia. Para empezar, García del Río se encontró en el premierato con el Duque de Wellington quien, al igual que Leopoldo, era un veterano de las guerras napoleónicas. Asimismo, el remplazo de George Canning por George Hamilton-Gordon, conde de Aberdeen en la secretaría de relaciones exteriores, abría mayores posibilidades de apertura a los intereses del Perú. A diferencia de Canning, cuyos objetivos en América Española fueron impedir la influencia de Francia y mantener la neutralidad su gobierno en el resto de asuntos, la preocupación de Aberdeen fue asegurar la estabilidad de los intereses británicos, tal como había ocurrido con su actuación durante la guerra de independencia griega y el conflicto dinástico en Portugal.

Desde el inicio, el príncipe de Saxe-Coburg mostró curiosidad por el proyecto peruano. Por un lado, producto de su interés por los asuntos internacionales luego del Tratado de París y el Congreso de Viena, siguió con atención el proceso de descolonización de las posesiones españolas y portuguesas. Por otro lado, sus viajes por el mediterráneo lo hicieron tomar clases de italiano y, eventualmente, de español, con un ex-seminarista del Colegio de los Nobles Irlandeses de Valladolid. Asimismo, durante las campañas militares en Italia y Austria había tomado contacto con varios jesuitas expulsos; fueron ellos quienes lo hicieron comprender, a través de sus relatos, la riqueza, complejidad y potencial del Nuevo Mundo. La decisión final de aceptar la corona del

Imperio del Perú, sin embargo, fue acaso producto de su propia situación personal en Inglaterra. Pese a que era considerado un miembro de la familia real, las relaciones con su antiguo suegro, ahora convertido en Jorge IV, se deterioraban cada vez por sus ausencias, estilo de vida y, en tiempos recientes, relación sentimental con la actriz Carolina Bauer, con quien vivía públicamente en Longwood House.

Al igual que en el caso de Grecia, Leopoldo solicitó a los británicos garantías para mantener la configuración de las fronteras y a los peruanos llevar a cabo una consulta pública o promulgar una constitución que estableciera la monarquía constitucional como forma de gobierno. En relación a lo primero, Wellington ofreció organizar una flotilla de diez barcos de la Marina Real para el viaje del nuevo Emperador del Perú, así como disponer el traslado del South American Station apostado en Valparaíso a un puerto peruano. Concedor de que el Consejo de Estado de 1821 permitía al nuevo monarca trasladarse con una guardia de 300 hombres, el propio Jorge IV le tendió un puente de plata ofreciéndole financiar un regimiento de dragones (caballería ligera), al cual se unirían algunos veteranos del Izmailnovski (la unidad rusa de Leopoldo), que eventualmente fue la base de la guardia imperial —y presidencial— del Perú. Fue también instrumental el contrato matrimonial con la joven princesa María Amelia de Braganza, hija del emperador Pedro I del Brasil y de Amelia de Beauharnais y Baviera; alianza que terminó por asegurar la frontera oriental del Perú y, a mismo tiempo, posibilitar la presencia de la flota británica en ambos lados del subcontinente.

Al momento de negociar el segundo requerimiento, la organización de una consulta pública o la promulgación de una constitución, el proyecto había ganado adeptos en ambos gobiernos. Por ejemplo, la elección del canciller José María Galdeano y Mendoza, regidor perpetuo del cabildo de Lima y profesor de San Marcos, fue vital en las comunicaciones

por su entendimiento de las formas del Antiguo Régimen. Pero fueron las circunstancias que rodearon la ruptura con el régimen bolivariano las que determinaron el curso favorable de la causa monárquica en el Perú. Producida la declaración de guerra de la Gran Colombia el 3 de julio de 1828, La Mar pudo movilizar exitosamente la marina de guerra y al ejército regular, consolidando su liderazgo militar. En la dimensión simbólica, el propio San Martín respaldaría la causa peruana, ofreciendo desde Bruselas su espada y sus servicios. Sin embargo, el hecho determinante de este período fue el asesinato en Potosí de Agustín Gamarra, jefe de las fuerzas peruanas de ocupación en Bolivia, poco antes de acordar una reunión con el general José María Pérez de Urdinenea en Piquiza para tratar los términos del retiro de las tropas. La muerte de Gamarra posibilitó la ocupación peruana de Guayaquil y Loja; pero más importante aun, permitió remover al factor de distorsión más importante de la política peruana luego de la independencia. Al poco tiempo, su cómplice, el pérfido general Antonio Gutiérrez de la Fuente, abandonaría la prefectura de Arequipa para asilarse en Chile.

La campaña de la Gran Colombia permite a La Mar convocar una nueva asamblea constituyente y convencer a las fuerzas políticas sobre la conveniencia de establecer un modelo de gobierno que fuera adecuado al modo de ser y situación del Perú. El debate sobre una monarquía constitucional se abrió nuevamente. Al final, la amarga experiencia con Bolívar, el respaldo de Gran Bretaña y la simple constatación de la inestabilidad del país en los años que siguieron a la independencia, inclinarían la balanza a favor del proyecto. Hay adhesiones de experimentados políticos como Hipólito Unanue, Francisco Xavier de Luna Pizarro y el mencionado Salazar y Baquijano. Lo mismo ocurre con algunos veteranos de las guerras de independencia como Santa Cruz, a quien se le daría el ministerio de guerra, el recientemente

ascendido general Luis José de Orbegoso, el coronel Ramón Castilla y el teniente coronel Domingo Nieto. A último minuto se adhirieron los generales Francisco de Vidal y Manuel Ignacio de Vivanco, esperando en vano que el aparato dejado por Gamarra y Gutiérrez de la Fuente se reconstituyera.

El hecho que La Mar ofreciera su dimisión, una vez promulgada la constitución de 1829, permitió proclamar la monarquía constitucional el 20 de abril de 1829, día del nacimiento de Santa Rosa de Lima. Enterado de la noticia en Kingston, Leopoldo pidió oficiar una misa de acción de gracias en la casa de Somerset Lowry-Corry, gobernador de Jamaica. Fieles a sus ideales republicanos, dejarían el país pocos días después Francisco Xavier Mariátegui y Manuel Lorenzo de Vidaurre. Lo hubiera hecho también José Faustino Sánchez Carrión, pero murió en 1825. Por último, y en cumplimiento de lo ofrecido por Wellington, el contra-almirante Sir Thomas Baker, un veterano de Trafalgar, recibió instrucciones de la secretaría de marina para mover la South American Station al Perú. Dos meses antes una comisión de la marina peruana recomendaba, por sus condiciones estratégicas, el puerto de Arica declarado por Bolívar como puerto mayor (meses antes habría escrito a Gutiérrez de la Fuente: "yo le recomiendo a Ud. mucho el puerto de Arica, que bien administrado, nos puede dar para atender todos nuestros gastos"). Hacia julio de ese mismo año, el HMS *Winchester* y el resto de la flota británica llegaban a su destino.

* * *

Las páginas que dedican los textos escolares al Imperio del Perú, señalan que durante los cinco primeros años Leopoldo realizó una visita general, posiblemente inspirado en sus lecturas del *Gobierno del Perú* (1567) de Juan de Matienzo. En Lima dejaría el gobierno al doctor Álvarez, en La Paz a Santa Cruz (que fue remplazado por Riva-Agüero como ministro

de guerra) y el resto de provincias a prefectos como Orbegoso, Nieto y Castilla. Miller recuerda en sus memorias cómo en cada pueblo se organizaron a su llegada misas de acción de gracias, fuegos artificiales y efusivos homenajes. Conmovió a Leopoldo cómo "los indios se arrodillaban a besarle las manos y el ribete del poncho". En el camino fue mejorando su dominio del español y aprendiendo los fundamentos del runa simi. Sobre lo primero nos cuentan que esto cumplió un rol trascendental la trujillana Chepita de Bracamonte y Cacho, hija del Conde de Valdemar de Bracamonte, su amante por varios años. Producto de las visitas de Leopoldo a la hacienda de Chiclín, propiedad de los Bracamonte, un pabellón de la casa aun se llama "La Leopoldina".

La historia escolar también relata que, de regreso de la visita, dividió sus tareas políticas entre Lima, Cuzco y La Paz. La monarquía constitucional permitió introducir efectivamente las instituciones parlamentarias en Perú y Bolivia, en virtud del poder moderador del emperador. Ambos países funcionaron como unidades políticas separadas, con amplia autonomía. La trilogía de Dios-Patria-Legalidad, representada en el juramento de la constitución de 1829, la más estable en la historia del Perú, permitió alejarse del absolutismo ilustrado, mantener la dualidad gobierno-parlamento y garantizar las leyes civiles. Como todo escolar debe aprender las principales obras de un gobernante, en el caso de Leopoldo figuran la consolidación del ejército, la restauración de los cacicazgos como poder intermedio, la industrialización de la economía y el impulso de la educación y las artes con una misión traída de Alemania.

A su muerte en 1865, Leopoldo fue sucedido por su hijo mayor, quien ascendió al trono como Leopoldo II. Luego de un efímero reinado (1865-1867), lo siguió el príncipe Juan Francisco (1833-1875) (en honor al patrono jurado de Lima, San Francisco Solano), que reinó como Juan I (1867-1873). Pese a su distinguida actuación en la guerra

con España (1866) como coronel de artillería, el monarca no pudo contener la crisis política de 1873, producto de la caída de los precios del guano y de las demandas de limitar el poder moderador del emperador. En octubre de 1873, abdicaría en favor de su hijo que es proclamado *de iure* Juan II. Un mes después, la familia imperial abandonó el palacio de Lima para tomar asilo en Inglaterra. El coronel José Gálvez, héroe del Dos de Mayo, se ciñó la banda presidencial. Sin el emperador la unión con Bolivia tambaleó y finalmente termina con el alzamiento de Mariano Melgarejo. En 1875 los ministros José Antonio de Lavalle y Pantaleón Dalence firman el tratado internacional de límites que rige hasta hoy.

La última actuación pública de la familia imperial en el Perú se produjo en setiembre de 1941 cuando el príncipe Alfonso de Saxe-Coburg, nieto del último emperador, decide enrolarse en los Lanceros de Torata durante la guerra con Ecuador. Como muchos miembros de ex-casas reales, sintió que su deber era acudir al llamado del país en momentos de necesidad. Murió en el combate de Panupali, una de las últimas cargas de caballería del mundo moderno. Fue enterrado, junto a su familia, en el mausoleo imperial del Cuzco. En su lápida se lee: Alfonso, Príncipe del Perú, Héroe de la Patria.

Bibliografía sugerida

La elaboración de este ensayo es el producto de lecturas dispersas. Fue providencial, sin embargo, que a lo largo de su elaboración me encontrara leyendo *Vanished Kingdoms: The Rise and Fall of States and Nations* de Norman Davies (Nueva York, 2011). Fuera de las entradas biográficas existentes en varias enciclopedias, la vida de Leopoldo de Saxe-Coburg está detallada en Theodore Juste, *Memoirs of Leopold I, King of the Belgians*, 2 vols. (Londres, 1868). También están las recientemente reeditadas memorias del Barón Christian Frederick Stockmar, médico personal y confidente de Leopoldo, Ernst Stockmar, *Memoirs of Baron Stockman*, ed. Max

Müller (Cambridge, 2011). Para entender el contexto del Perú de 1821 a 1829, fecha de la hipotética coronación de Leopoldo, consulté los trabajos de José Agustín de la Puente Candamo, *San Martín y el Perú: Pensamiento doctrinario* (Lima, 1948), así como su estudio preliminar a la *Obra gubernativa y epistolario de San Martín*, en la Colección Documental de la Independencia del Perú, tomo XIII (Lima, 1974-1976); Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú* vol. 1; y Cristóbal Aljovín de Losada, *Caudillos y constituciones* (Lima: Instituto Riva-Agüero; Fondo de Cultura Económica, 2000). Para determinar posibles aliados y detractores del proyecto monárquico consulté Carmen Mc Evoy y José Luis Rénique, *Soldados de la República: Guerra, correspondencia y memoria en el Perú (1830-1844)*, vol. 1 (Lima: Fondo Editorial del Congreso, 2010).

Un estudio del fenómeno monárquico en el contexto regional del siglo XIX se encuentra en Bernardo Lozier Almazán, *Proyectos monárquicos en el Río de la Plata, 1808-1825: Los reyes que no fueron* (Buenos Aires: Sanmartino, 2011). La dimensión política de la monarquía peruana ha sido estudiada por Fernán Altuve-Febres, *Los reinos del Perú* (Lima, 1996) y por los trabajos editados por Ramón Mujica, *El Barroco Peruano*, 2 vols (Lima: Banco de Crédito del Perú, 2002-2003) y *Visión y Símbolos: Del virreinato criollo a la república peruana* (Lima: Banco de Crédito del Perú, 2006). Comprender la composición, estrategias y mentalidad de la aristocracia peruana hasta bien entrada la república es imposible sin el trabajo de Paul Rizo-Patrón Boylan, *Linaje, Dote y Poder* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999). Para una perspectiva jurídica del transito de la monarquía hispánica a la república puede verse Bernardino Bravo Lira, *El Estado Constitucional en Hispano América, 1811-1991* (Ciudad de México, 1992). Una posible monarquía peruana hubiera sido imposible sin los antecedentes brasilero y mexicano. Para esto puede consultarse los magníficos estudios de Lilia Moritz Schwarcz, *As Barbas do Imperador: D. Pedro II, um monarca dos trópicos* (São Paulo, 1998); Armando Fuentes Aguirre, *La otra historia de México: Juárez y Maximiliano* (Ciudad de México, 2006); Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido* (Ciudad de México, 2008); y el clásico Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota* (1924; Ciudad de México, 2004).

Para situar la política exterior británica durante el período estudiado, recurrí al clásico libro de Michael Bentley, *Politics without democracy, 1815-1914*. 2da ed. Blackwell Classic Histories of England (Londres, 1996). Asimismo, fue fundamental Robert Eccleshall y Graham Walker. *Biographical Dictionary of British Prime Ministers*. (Londres, 1998). Como el mundo de la regencia británica es impensable sin el consumo extravagante, son tan imprescindibles como entretenidos los ensayos de Sir Hardy Amies, *The Englishman Suit* (Londres, 1994) y Nicholas Storey, *History of Men's Accessories* (London, 2011).

En cuanto a la coronación consulté el erudito trabajo de Sir Roy Strong, *Coronation: A History of Kingship and the British Monarchy* (Londres, 2005), así como Lilia Moritz Schwarcz, *O Império em procissão* (São Paulo, 2001) y Esther Acevedo, "Entre la tradición alegórica y la narrativa factual". En: *De la Patria Criolla a la Nación Mexicana, 1750-1860* (Ciudad de México, 2001); sin embargo, el relato más vívido lo encontré en las memorias de Miklos Bánffy, *The Phoenix Land* (Londres, 2011) sobre la coronación de emperador Carlos I en Budapest. Adicionalmente a ello, hoy están disponibles los registros fílmicos de coronaciones o juras reales tan diversas como las del propio Carlos I (1916), Isabel II de Inglaterra (1952), Juan Carlos I de España (1978), o Bokassa I del Imperio Centrafricano (1976).

LA COALICIÓN NACIONAL ANTICIPADA

"Ocupémonos todos pues de ganar los favores de la nación en este terreno, que por dicha es bastante ancho para que todos quepan. Unámonos para servir a las ideas que satisfagan sus necesidades y para combatir las pasiones que la conmueven, y así no sólo habremos hecho buenas leyes, sino que habremos devuelto la calma a los espíritus y a la sociedad"

Manuel Pardo, Discurso al asumir la presidencia del Senado, 1878.

SI MANUEL PARDO NO MORÍA ASESINADO (1878)

Carmen Mc Evoy¹²

Después de tantos años, se me hace difícil regresar al evento que no solo cambió mi vida sino que además transformó la manera de hacer política en el Perú. Lo que recuerdo muy bien del infausto 16 de noviembre de 1878 son las horas previas al estruendo del fusil y mi posterior caída en el patio del Congreso de la República. Recuerdo el olor del perfume que usaba mi madre. Cómo poder olvidar aquella fragancia de jazmín o el sabor del apetitoso sancochado que ella cocinó y que comimos con la familia en nuestra casa de la calle Trinidad. Los niños estuvieron especialmente cariñosos conmigo durante el almuerzo, en particular la pequeña Victoria, quien me pidió me quedara a jugar con ella en el jardín sembrado de árboles frutales. Después de todo, me lo recordó mi esposa Mariana, mis hijos extrañaban a un padre que había estado ausente por varios meses del hogar, debido a mi forzado exilio en Chile.

Debo de confesar que todavía me arrepiento de lo que hice, o mejor dicho, dejé de hacer, ese 16 de noviembre.

Al sonar la campanilla de la puerta, me desprendí rápidamente de los brazos de mi hija idolatrada para partir a mi cita con el destino. Antes de ello, miré el viejo reloj que mi padre me regaló cuando fui nombrado Secretario de Hacienda del gobierno del coronel Prado. Las agujas marcaban casi la hora de reunión en el Congreso. Luego de

¹² Profesora en The University of the South, Sewanee (EEUU). Doctora en Historia por la Universidad de California, San Diego. Especialista en diversos temas del periodo republicano del Perú y América Latina, su más reciente libro es *Guerreros Civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico* (2011).

una breve conversación que me puso al día de la situación en el Congreso abordamos un coche de alquiler que nos llevó raudamente a la oficina de redacción de *El Comercio*. Ahí corregí las pruebas de imprenta del discurso que días antes pronuncié en la Cámara de Senadores. Luego de esa diligencia, me encaminé con mis acompañantes a cumplir mi deber como parlamentario.

Mi esposa Mariana se niega a hablar del día en el cual un sargento del ejército peruano llamado Melchor Montoya casi termina con la vida del padre de sus hijos. Como si fuera ayer, recuerdo claramente el ruido que produjo el fusil del joven ayacuchano disparando contra mi persona y también el grito de mis compañeros de partido mientras me desvanecía antes de caer inerte sobre el frío pavimento. El gran dolor que sentí en el pecho no impidió que escuchara la voz de mi hijo Felipe, quien consolaba a su madre, asegurándole que papá era un hombre fuerte y que de ninguna manera iba a morir. Mi querida Mariana sollozaba mientras acariciaba mi rostro empapado de sudor. Debo de confesar que la estructura lógica del tiempo simplemente desapareció de mi mente. En ese momento los acontecimientos se sucedieron de manera desordenada.

A pesar de que prometí no opinar sobre un acto de violencia que no fue casual y mucho menos ajeno a mi experiencia personal —algunos de ustedes recordarán que sufrí un atentado similar cuando fui Presidente de la República—, he decidido romper mi silencio y hacer pública mi experiencia en esa fatídica fecha. Opino que mis memorias, cuya redacción estoy iniciando a escasas horas de la llegada del siglo XX, deben empezar con el recuerdo de un evento que fue terrible y a la vez benéfico por las consecuencias inesperadas que trajo a mi vida y a la política peruana. Pero antes de pasar a ese tema, que considero muy importante, debo subrayar que nadie se explica cómo logré sobrevivir a este nuevo intento de asesinato.

Mi madre atribuyó mi "vuelta a la vida" a un milagro de Santa Ana, la patrona de nuestra familia. Mis amigos piensan que si aún estoy en este mundo esperando con ilusión el siglo

XX, es por la escasa preparación del sargento Montoya quien, debido a su juventud e impericia, no logró disparar más que una bala de su fusil. Esta rozó mi corazón, sin comprometer ningún otro órgano de mi cuerpo. Personalmente, creo que mi sobrevivencia se debió la habilidad del doctor Rosas junto a la buena salud que heredé de mi abuelo gallego, Manuel Pardo y Rivadeneyra, quien vivió hasta los ochenta años luego de salvarse de morir ejecutado en la rebelión de Mateo Pumacahua. Al final, como probablemente me lo hubiera recordado mi querido padre, nadie muere en la víspera. Por eso que aquí estoy, dispuesto a analizar por primera vez las consecuencias del criminal atentado de Montoya. ¿Qué puedo decir al respecto? Primero, que transformó mi forma de ver la vida debido a la cercanía con la muerte. Segundo, que como consecuencia de un encuentro que analizaré posteriormente, la política peruana dio un gran viraje a partir de la primavera de 1878.

Los días de mi convalecencia en el Hospital 2 de Mayo fueron largos y muy difíciles, sobre todo para mi esposa Mariana, mi madre y mis hijos. Si bien la bala disparada por Montoya no llegó a dañar mi corazón o mis pulmones, sí fue capaz de provocar una grave hemorragia que me tuvo por varios días al borde de la muerte. Luego de mi milagrosa recuperación, Mariana me contó que muchas personas se acercaron a indagar por mi salud y que incluso el Obispo de Lima celebró varias misas por mi mejoría. Entre las decenas de personas que llegaron al 2 de Mayo para averiguar por mi estado de salud estuvo Nicolás de Piérola. El revolucionario consuetudinario le juró a mi hijo Felipe, con lágrimas en los ojos, que él no tenía nada que ver con el atentado.

Esta aclaración tenía su razón de ser. Muchos amigos políticos opinaban que el inexperto Montoya no podía haber actuado en compañía de dos compañeros de armas, tan jóvenes e inexpertos como él. Para los que no recuerdan, Piérola fue el responsable de muchas de las revueltas que amenazaron mi mandato presidencial. Y aunque el denominado Califa fue derrotado en Arequipa en 1874, el ex Secretario

de Hacienda de Balta no cejó en su empeño de desestabilizar política y económicamente al país con su ejército de montoneros. Durante mi exilio en Chile, que se prolongó por varios meses, tuve la oportunidad de ver a Piérola cara a cara, debido a que los dos asistíamos a la misa dominical en la iglesia de Valparaíso. Si bien nunca cruzamos una sola palabra, yo empecé a pensar que un encuentro privado con mi opositor sería beneficioso para la paz interna del Perú.

Después de todo, y aunque no nos gustasen sus métodos políticos y menos su tendencia a usar la lucha armada como estrategia para llegar al poder, Piérola representaba una fuerza política con bases en las provincias. Además, contaba con una habilidad especial para movilizar a los barrios populares de Lima, como era el caso de Malambo, donde, sin lugar a dudas, lo idolatraban. Un diálogo entre mi agrupación y el pierolismo podía ayudar a detener la ola de violencia que por décadas frenaba el desarrollo económico del Perú. Todos sabemos que sin estabilidad política es muy difícil alcanzar el progreso económico.

Cuando una persona sobrevive un atentado de la magnitud del que yo sufrí la visión de la vida cambia de una manera extraordinaria. El hombre que regresa de la muerte bendice el milagro de estar vivo, entendiendo la grandeza y fragilidad de la existencia humana. En mi caso, tomé conciencia, a un precio que casi me cuesta la vida, de lo nefasta que era la violencia para la convivencia entre los peruanos. La violencia en la historia del Perú y lo que provoca en cada villa, pueblo, distrito y provincia es algo que todos conocemos muy bien. Mi generación, por ejemplo, la vivió en carne propia. Nací en 1834, año en el cual el país ingresó a uno de sus ciclos de violencia más extrema. Mi madre, quien me llevaba en su vientre cuando estalló el golpe militar contra La Convención y su candidato presidencial, Luis José de Orbegoso, me contó que, durante su embarazo, hubo varios cierrapuertas en la ciudad de Lima. Petronila de Lavalle, cuyo esposo, Felipe Pardo y Aliaga, fue un activo participante de la mayoría de revueltas que marcaron la

década de la anarquía, temía mucho por su integridad física pero más por la del hijo que llevaba en las entrañas.

La pérdida de vidas y recursos materiales debido a la violencia política que se desató en el Perú luego de la Independencia, son en verdad incalculables. La "guerra maldita", como la denominó el general Domingo Nieto, tuvo, entre sus principales causas, las ambiciones desenfrenadas de las facciones militares, en constante pugna por el poder. Mi padre, consejero de diferentes jerarcas militares, entre ellos el Mariscal Gamarra, murió de una larga enfermedad que muchos atribuyeron a la falta de sosiego que marcó su vida. El estado de nerviosismo permanente en el que vivió el reconocido escritor y dramaturgo, quien unas veces escribía contra los enemigos de la facción a la que apoyaba, y en otras galopaba con el aliado militar de turno para finalmente embarcarse en algún puerto de la costa al inevitable exilio, minó su salud y templaron el carácter de mi madre. Al no tener un espacio en donde expresar su creatividad artística, mi padre decidió utilizar su pluma para servir con fervor al dios de la política peruana. Un dios que, como bien sabemos, se caracteriza por su arbitrariedad e incluso su crueldad. Porque si bien es cierto que el general Castilla, con ayuda del recurso providencial llamado guano de las islas, logró imponerse en 1844 sobre una serie de facciones militares que se disputaban el poder, la guerra civil que se desencadenó con fuerza a inicios de la década de 1830 no cedió y, más bien, destruyó buena parte de la riqueza del Perú.

La violencia definió a mi generación, la cual se vio obligada a vivir con las consecuencias políticas, económicas y sociales de una república en guerra consigo misma. Guerras civiles tan sangrientas —como las de 1854, 1858, 1864 y la de 1868, esta última precedida por una revuelta en la provincia de Huancané—, no lograron preparar a los limeños para los dramáticos hechos que vivimos en julio de 1872. Al igual que en otras ocasiones, las elecciones presidenciales, convocadas por el presidente Balta en el invierno de 1871, culminaron en un golpe de Estado. En esta ocasión, los militares golpistas, encabezados por el coronel Tomás Gutiérrez, fueron responsables del

asesinato del presidente saliente, a quien acusaron de entregar el país al partido de "los ricos".

Tuve oportunidad de conversar con Balta en varias oportunidades, especialmente cuando fui candidato a la presidencia de la república. No es posible negar nuestras discrepancias políticas y, menos aún, mi permanente crítica hacia la manera como administraba la economía peruana. Sin embargo, debo confesar que me dio mucha tristeza su violento final que, a pesar de sus errores, no merecía. El crimen del coronel Balta, un veterano de las guerras civiles que ensangrentaron la República, fue inédito en la historia de nuestra conflictiva nación. Por primera vez, un presidente peruano en ejercicio era asesinado en medio de una revuelta militar. Luego del golpe y la posterior captura de Balta, mis amigos me avisaron que los esbirros de los Gutiérrez venían por mí, ya que la Sociedad Independencia Electoral era enemiga de sus planes para perpetuarse en el poder. Disfrazado de carretonero logré eludir los controles que los golpistas ejercían sobre la ciudad y huí con un compañero de partido rumbo al sur. En una caleta, cuyo nombre no recuerdo, abordé una falúa que después de varias horas me llevó a la Independencia, el barco donde me esperaba mi copartidario Miguel Grau, notable marino al que nunca lograré agradecer el apoyo que me brindó en esas horas difíciles.

Sin embargo, y a pesar del apoyo de la Marina a la causa constitucional, lo peor estaba aún por llegar. El pueblo de Lima, agotado por la crisis económica y exacerbado por el tono violento de una campaña en la que no se escatimó en ataques y calumnias contra la honorabilidad de los candidatos, dio muerte a los hermanos Gutiérrez, cuyos cuerpos fueron colgados de la torre de la Catedral de Lima para después ser quemados por una turba descontrolada. Así fue como mi régimen se inauguró en agosto de 1872, sobre las cenizas humeantes de los hermanos golpistas, una crisis económica profunda y un caos político y social del que no se tiene memoria en la historia de nuestra joven república.

Pero volviendo al tema que me interesa analizar en estas memorias, a saber, las consecuencias personales pero también políticas del fallido intento de asesinato contra mi persona, hay otros recuerdos que deseo compartir. Luego de despertar de un largo período de inconsciencia, me encontré con la gran sorpresa, a decir de mi esposa Mariana, que el presidente Mariano Ignacio Prado y Nicolás de Piérola habían coincidido varias veces en el hospital. Más aún, habían conversado incluso con algunos miembros del Partido Civil, entre ellos mi médico de cabecera, Francisco Rosas. Después de un duro intercambio de frases en las que se esgrimieron acusaciones de todo calibre, los enemigos de antaño decidieron reunirse en la casa de Manuel Candamo para sostener una conversación sobre política nacional. Debo señalar que en algún momento mi hijo Felipe me comentó que tanto Prado como Piérola le prometieron no solo apoyo económico y moral en caso de que yo falleciera sino que también le hicieron saber que estaban dispuestos a idear una fórmula política que desterraría, o al menos amenguara, la violencia del Perú: la Coalición Nacional.

La Coalición Nacional ha permitido gobernar el Perú por más de veinte años. El Partido Civil, el Demócrata y el Nacional se han alternado en el poder en elecciones. Todavía exhiben algunos elementos tradicionales, como los ataques en la prensa entre contrincantes —que son terribles— y en algunos pueblos del interior persiste aún la mala costumbre de tomar violentamente las mesas. Pese a esto, no cabe duda que se han dado grandes avances. Primero que nada, es importante subrayar que los partidos políticos comprendimos que para gobernar un país tan dividido como el nuestro, donde la geografía y las diferencias culturales y sociales atentaban a diario contra la deseada unidad nacional, era necesario llegar a un acuerdo histórico. La ley electoral, por ejemplo, que fue aprobada tras un largo y acalorado debate en el Congreso, ayudó a eliminar una serie de procedimientos y trabas absurdas que no hacían más que complicar las elecciones, tornándolas sumamente violentas. La ley de munici-

palidades, aprobada durante mi mandato y fortalecida a raíz del pacto entre los tres partidos históricos, permitió ceder poder económico y político a las provincias. Por otro lado, el incremento en el presupuesto público para los gastos de educación ayudó a llevar conocimientos, no solo a Lima, sino a todo el país. Luego de pasada la crisis de la década de 1870, que nos obligó a declararnos en bancarrota fiscal, la economía peruana continuó el proceso de diversificación, iniciado a raíz del colapso de la industria guanera. Finalmente, aprendimos que una economía no puede estar gobernada por un solo producto, sea este guano, salitre o plata.

Estar al borde de la muerte me ayudó a reconocer que todos debemos aprender a ceder en nuestras pretensiones en aras de un proyecto nacional. La buena fe, la confianza y un optimismo que no es inocente porque se sostiene en la riqueza incomparable que tiene el Perú nos permitió rectificar el rumbo que, obviamente, solo nos llevaría a la bancarrota y a la disolución social. Todavía recuerdo con cierta angustia como en abril de 1879 estuvimos al borde de una guerra contra Chile. Esto pudo haber significado un retroceso inmenso para el país. Si no ocurrió fue porque nos encontramos unidos y logramos apelar a la diplomacia. La captura del *Rímac* derivó en la caída del presidente Pinto. Ello, unido a la derrota que infligimos al ejército chileno en Tacna, detuvo su avance y nos permitió llevar a nuestro adversario a la mesa de negociaciones. El pago de una indemnización, previa conversación personal con el sucesor de Pinto, mi amigo de antaño Domingo Santa María, resolvió el problema y nos libró a chilenos, peruanos y bolivianos de una enemistad que hubiera sido nefasta para la integración americana.

¿Cómo veo el futuro del Perú en el siglo XX? Pienso que está lleno de oportunidades, debido a la variedad de nuestros recursos, pero antes debemos incorporar al indio a la república. No tengo la menor duda que ese será el principal reto que enfrentaremos en el siglo que se inaugura.

Eso y la conquista de nuestra Amazonía. Debo confesar que, en algún momento, pensé que la integración de los indios la harían los ferrocarriles, a los que denominé en un artículo que escribí sobre la provincia de Jauja los "misioneros de la civilización". La historia ha probado que el proceso es mucho más complejo. Para los que recuerdan, la rebelión de Huancané mostró no solo la explotación de las comunidades nativas a mano de los Recharte y sus aliados, sino que nos reveló que estos caciques no estaban dispuestos a ceder su poder. El asesinato de Juan Bustamante, miembro fundador de la Sociedad Amiga de los Indios, corroboró esto último. El gran desafío será pues llevar al Estado a cada rincón del país. Este deberá promover el desarrollo económico pero también la integración social y política de todos los peruanos. No será fácil, pero considero que unidos lo lograremos. Porque después de lo que ocurrió en noviembre de 1878, cuando los enemigos de antaño aprendimos a competir en paz por el poder, creo que la buena voluntad y el trabajo por un proyecto que trascienda los intereses personales tiene un poder que nada ni nadie puede vencer. El Perú se merece un gran destino y lo veo grande y unido en este siglo que comienza.

Bibliografía sugerida

- Giesecke, Margarita. *Masas urbanas y rebelión en la historia: golpe de estado, Lima 1872* (Lima: CEDHIP, 1978).
- Gootenberg, Paul. *Imaginar el desarrollo. Las ideas económicas en el Perú postcolonial* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Banco Central de Reserva del Perú, 1998).
- Mc Evoy, Carmen. *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana, 1871-1878* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997).
- Mc Evoy, Carmen. *Homo Politicus. Manuel Pardo, la política peruana y sus dilemas, 1871-1878* (Lima: Instituto Riva-Agüero;

Oficina Nacional de Procesos Electorales; Instituto de Estudios Peruanos, 2007).

Paniagua, Valentín. *Manuel Pardo y el Partido Civil: apogeo y crisis del primer partido político en el Perú* (Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2009).

Vásquez, Juan. *La rebelión de Juan Bustamante* (Lima: Juan Mejía Baca, 1976).

HAYA PRESIDENTE

Barnechea: ¿Qué cosa es lo principal que usted cree que ha dejado a este país?

Haya de la Torre: La comprobación de que he servido.

La comprobación de que no he hecho otra cosa que dedicar mi vida enterizamente al servicio del país, al servicio del pueblo... Yo he puesto amor, he puesto... decisión, voluntad y he hecho todo lo posible por servirle.

Entrevista de Alfredo Barnechea a Haya de la Torre, *Contacto Directo*, mayo de 1978.

"Pero, si le he dicho que para salvar al país, que para redimirlo de sus injusticias, de su incultura, de su descenso moral, es necesario levantarse sobre las pasiones y es necesario insertar en la doctrina y en el comportamiento político este factor nuevo que es para mí la antítesis de aquello que decía Napoleón: La política no tiene entrañas, voz de tirano. Para mí la política sin corazón, no es política".

Haya de la Torre, Discurso del veto, junio de 1962.

Javier Barreda¹³

Es la mañana del 28 de julio de 1962. Desde muy temprano, Haya está pensando en la imagen y la voz de Manuel Arévalo, aquel dirigente obrero asesinado en 1937. Recordó cuando lo conoció en los años de formación del partido en La Libertad. Desde muy joven, Arévalo había participado en movimientos obreros anarquistas y era el único líder al que Haya consideraba que podría sucederlo si moría durante los años de clandestinidad. Recordó aquella noche cuando su imagen distante y cercana se despedía de él en uno de los refugios o "bases" donde Haya esperaba cualquier desenlace. Cuando le comunicaron la muerte de Arévalo, Haya ya se había despedido de él, en una noche más de acecho dictatorial.¹⁵

14 Decidí conversar con muchos militantes apristas a fin de preguntarles cómo hubiese sido un gobierno de Haya de la Torre y el APRA en 1962. Este contrafáctico se construye en base a sus testimonios, textos de época, y por mi propia y no-objetiva imaginación. El desenlace de un gobierno de Haya, un personaje más rico en su esencia cuando menos se le endiosa, siempre será un tema de discusión y múltiples hipótesis. Su eventual gobierno hubiese permitido iniciar una permanencia democrática, aunque siempre al borde del abismo de las tensiones sociales o del acecho militar.

¹⁵ Sobre Arévalo véase Nique (2007).

Veinticinco años después, Lima estaba fría. Muchos policías y militantes hacían cadenas humanas en las calles desde la Avenida Tacna hasta la Plaza Bolívar. Era el recorrido hacia un desenlace esperado y a la vez no. A los miles de Arévalos se le debe tanto, se dijo Haya mirando al vacío por un instante. Manuel Seoane, su vicepresidente electo, le había comunicado muy temprano la llegada de varios mandatarios de América Latina, entre ellos Raúl Castro. La prensa estaba atenta al encuentro de este con Rómulo Betancourt, Presidente de Venezuela, quien había sofocado con éxito y contundencia un levantamiento castrista en su país. Son los protocolos, se dijo Haya, que parecía pensar más en el pasado que en el futuro. Se iniciaba el gobierno finalmente alcanzado luego de una elección muy reñida. “Increíble, ya no éramos mayoría”, se dijo a sí mismo. Jorge Idiáquez, más parco, le había alcanzado el discurso de investidura, “revisado por Manolo y Luis Alberto”. El carro iba lento, hacía frío y el reflejo de un sol débil acompañaba la comitiva. Haya leía en silencio. “Jefe” —le interrumpió Idiáquez, otra vez, que viajaba a su lado y que nunca le dijo “Presidente”—, “llamó temprano Lucho de la Puente, quiere conversar con usted”. Haya lo miró, siguió callado, no respondió. Se sentía bulla. Ya estaban frente al Congreso de la República. Los honores inesperados: retumbaban los gritos de “Haya Presidente” y “Haya, contigo hasta la muerte”, palmas eufóricas y esperanzas. Ya no era tiempo para tantas preguntas: Haya, eres el Presidente. El Jefe ingresó al recinto congresal. Casi todas las bancadas se pusieron de pie.

Saludos, vivas, nostalgias, recuerdos de tantos, la muerte de muchos, la huida de no pocos, los anónimos con sueños de justicia, los saldos del alma, familias dignas que dieron todo. Haya ya era Presidente.

El primer pacto político

Haya recibió en Villa Mercedes los primeros resultados electorales. Acción Popular había alcanzado una alta votación; el margen era estrecho. Mayor sorpresa generó la votación del General Manuel Odría. En Lima, el ex dictador había arrasado, el APRA quedó tercero y no alcanzó a obtener representación congresal. Los mejores cuadros del partido en Lima, como Sánchez, De las Casas, Villanueva, Mujica, y los obreros Arturo Sabroso, Vicente Segovia y Fortunato Jara no estarían en el Congreso.¹⁶ Seoane, también jefe de campaña, le había dicho que el partido ganaría pero sin superar el tercio que demandaba la Constitución. El Congreso debía elegir entonces al Presidente de la República. Los militares advertían un posible “fraude”.

Al pasar los días, el arquitecto Belaúnde, que se había proclamado ya Presidente, ahora denunciaba un fraude y pedía anular la elección de Cajamarca. Entre las Fuerzas Armadas la situación era muy tensa. La sociedad peruana era institucionalmente débil, “dual”, y con un poder militar casi indiscutible. La cercana relación entre la oligarquía y los militares era el primer escollo que Haya de la Torre tendría que superar (Bourricaud, 1989). Desde el levantamiento de Trujillo en 1932, el aprismo y las Fuerzas Armadas se habían distanciado (Giesecke, 2010). La oligarquía había aprovechado con mucha inteligencia esta división. Haya, por su parte, había tratado de llegar al poder usando todos los medios a su alcance, incluso intentando dividir a las propias Fuerzas Armadas. Entre 1932 y 1948 se realizaron

¹⁶ La revista *Presente*, de inclinación aprista y dirigida por Humberto Silva Solís, se preguntaba: “¿Qué había pasado con el APRA en Lima? La pregunta es muy difícil de responder. Todavía hoy mismo, tras descontar factores diversos, como el desgaste del apoyo al pradismo, la presencia de nombre impopulares a la lista parlamentaria, la magnitud millonaria de la propaganda odrísta por TV y otros medios, el aporte de las barriadas, etc. queda todavía una misteriosa incógnita por despejar”. *Presente*, 36 (agosto de 1962).

coordinaciones con generales modernistas, un trabajo audaz de acercamiento de los militantes con la tropa y de líderes con oficiales, pero sin resultados.

La contienda electoral fue reñida. Nadie dejaba de apoyar a alguno de los candidatos en prensa, radios y plazas. La violencia estaba presente cada día.¹⁷ Después del resultado, los apristas en la Casa del Pueblo estaban más expectantes y preocupados que entusiastas. Haya ganó, pero sin superar el tercio electoral requerido. La fórmula de la Alianza Democrática, encabezada por Haya de la Torre, Manuel Seoane y Alberto Arca Parró logró la primera minoría: 557 mil votos. Fernando Belaúnde (Acción Popular), 544 mil. Haya esperaba una mayor votación, sobre todo en Lima.¹⁸ Odría, su viejo enemigo, que persiguió al pueblo aprista y por quien estuvo asilado en la Embajada de Colombia casi cinco años, quedó en tercer lugar, con 480 mil votos y un cómodo primer lugar en Lima.

Una Lima popular, con nuevos distritos y barriadas, era más pragmática. Hugo Neira define esta década como de la “modernización espontánea”, donde una “transformación societal”, basada en el “traslado” hacia la costa de la población andina, puso contra la pared al orden político que no cambiaba (Neira, 1996). Los sesenta son los años de esta modernización y urbanización de la costa. Haya sabía que necesitaba ir hacia los no apristas, abrir el partido. Eso era la Alianza Democrática,

¹⁷ El odrismo publicaba secuencialmente un anuncio a página completa: “Con estos 63 hechos, el APRA pretende capturar el poder a través del fraude que tiene preparado”. *El Comercio* (7 de junio de 1962) y otras fechas.

¹⁸ De acuerdo al testimonio de Carlos Raffo Dasso (26 de abril de 2012), el entorno de campaña había asegurado a Haya una victoria inminente y clara. Sus discursos del Campo de Marte de cierre de campaña y su presentación en televisión mostraban a un Haya seguro que no quería arriesgarse. Germán Peralta comenta que el discurso de Haya en el Campo de Marte fue “la gran ilusión perdida, que la masa no quería escuchar. Fue una sorpresa. Haya tenía mejores discursos, comentaban los viejos apristas”.

con un sector importante de independientes, pero ¿fue aquella la dirección correcta?¹⁹

Haya le había preguntado a Luis Felipe de las Casas, jefe del Plan de Gobierno, “¿Qué pasó en Lima?”. De las Casas y un grupo de compañeros pensaban que a lo mejor el partido se había desubicado demasiado en una convivencia que, como había dicho Ramiro Prialé, “no implicaba estar en el gobierno, pero tampoco estar contra el gobierno”,²⁰ pero que mermó la capacidad para ser más innovadores y así canalizar a sectores que exigían reformas sociales, laborales y agrarias.²¹ Los enemigos del APRA se referían constantemente a Haya de la Torre como el candidato oficialista, de la “convivencia”: “El aprismo es continuismo” decía *El Comercio* por esos días.²²

Haya fue convocado a Palacio. Manuel Prado le dijo que los militares no querían que sea Presidente. Prado razonaba que era mejor para la institucionalidad que Odría asumiera la Presidencia, pero este había quedado tercero. Fue entonces cuando Haya pronunció un desprendido discurso en el Patio de Deportes de la Casa del Pueblo, durante la Convención Partidaria, señalando que cedía su lugar si con eso se evitaba un golpe de estado.²³ Siguió varias negociaciones, todas sin

¹⁹ En un testimonio de Carlos Raffo Dasso (2 de febrero de 2012), este cuenta que le había expresado a Haya su punto de vista ante el inminente triunfo. “Usted va a ganar”, le dijo. Por ello, Haya era consciente de la necesidad de convocar a expertos independientes.

²⁰ Prialé (1960).

²¹ Luis Felipe De las Casas describiría en un polémico texto, *El sectario* (1981), varias de las razones por las cuales el aprismo no logró alcanzar el tercio electoral en 1962.

²² Editorial de *El Comercio* (17 de mayo de 1962). *El Comercio* lideró una intensa campaña contra el APRA.

²³ Haya de la Torre (1984). En entrevista con Gilmer Calderón (militante aprista y testigo de la campaña del 62), resalta la compacta oposición de la militancia al pedido de Haya para evitar el golpe con la elección de Odría como Presidente: “no se entendía”. (Entrevista, martes 13 de marzo del 2012).

éxito. El General Pérez Godoy solo esperaba, en coordinación con la mayoría de mandos de las Fuerzas Armadas, que los civiles no se pusieran de acuerdo. Según ellos, Haya no debía ser Presidente de la República. No era un tema ideológico, sino un asunto estrictamente institucional.²⁴

Los acciopopulistas habían objetado los resultados y Belaúnde no quería dejar de pasar una valiosa oportunidad para aprovechar el veto militar a Haya. Sin embargo, había aceptado tener dos reuniones con Haya, a la espera de la decisión de las Fuerzas Armadas. Odría se había distanciado de las Fuerzas Armadas, y por consejo de Julio de la Piedra, aceptaba elegir a Haya en el Congreso, pero tenía que haber un acuerdo formal y condiciones de co-gobierno. Seoane y De las Casas no descartaban una alianza con Belaúnde, pero este no estaba dispuesto a ceder.

¿Cómo se podría resolver ese empate de carismas y egos explicables de personalidades con arraigo de masas? El Perú no había tenido pactos democráticos de largo plazo. Este era el momento para fortalecer la democracia y evitar una irrupción anti-constitucional.

Ya se habían instalado las juntas preparatorias para el Congreso de la República. 113 representantes pertenecían a la Alianza Democrática. La totalidad de odriístas y cerca de treinta populistas fueron a juramentar sin autorización de sus partidos. El pacto o acuerdo político se selló en la casa de Carlos Raffo Dasso, poniéndose de acuerdo Haya y Odría para evitar el golpe de estado. Raffo, empresario que había postulado a una diputación por el APRA, había coordinado la reunión con Seoane, Jorge Grieve y Julio de la Piedra, senador electo y Presidente de las Juntas Preparatorias.

²⁴ Esto ha sido reiterado por Julio Cotler, en el prefacio de la tercera edición de *Clases, Estado y Nación*, donde se explica el golpe del 62 por una supuesta actitud anti-oligárquica de las FFAA, frente a un APRA que había "abandonado" su ideario nacionalista.

Odría indicaría a sus parlamentarios que votasen por Haya. Eso sí, exigió elecciones municipales el mismo año (1962) y que se "consultase" sobre posibles puestos ministeriales.

El pacto entre Haya y Odría, la movilización del APRA y la advertencia de los Estados Unidos de excluir de la Alianza para el Progreso a países cuyos gobiernos tengan origen en un golpe de estado, detuvieron una posible irrupción militar. Haya sería el Presidente con los votos de la Alianza Democrática y del odriísmo. Sin embargo, al no haber más reacciones de los militares, Belaúnde reconoció la elección del Congreso y ordenó a sus congresistas reconocer a Haya como Presidente. Haya fue elegido por el Congreso de la República el 16 de julio de 1962, un día antes del golpe militar planificado por Pérez Godoy y los mandos militares.

Haya pensó en los muertos y perseguidos, pues había accedido al gobierno con los votos de sus enemigos. El Presidente Prado lo llamó por teléfono y le expresó su saludo formal. Él era también un antiguo enemigo, que con un gesto de pragmatismo político, le había ofrecido en 1956 a Prialé la inmediata legalidad a cambio de los votos de los "semi-ciudadanos apristas" presos y perseguidos.²⁵ ¿Quién pensaría que Prado le entregaría el poder seis años después?

¿Y después de Seoane quién?

Los primeros meses del gobierno de Haya de la Torre fueron de anuncios importantes. Seoane fue nombrado Presidente del Consejo de Ministros. Se conformó un gabinete de "convocación nacional". Pedro Roselló fue designado Ministro de Hacienda; Arturo Sabroso, fundador de la CTP, fue designado Ministro de Trabajo; Armando Villanueva asumió el Ministerio del Interior y Javier Ortiz de Zavallos el Ministerio de Justicia; Luis Alberto Sánchez, el Ministerio de

²⁵ Término utilizado por Ramiro Prialé para describir la situación de los apristas, que tenían la condición de votar pero no de ser elegidos.

Educación. Jorge Grieve, que provenía del gobierno saliente, fue ratificado como Ministro de Fomento y Obras Públicas.

Se enviaron dos proyectos de ley importantes: el Proyecto de Ley de Creación del Consejo Económico Nacional y el Proyecto de Ley del Acceso y Gratuidad de la Educación Pública. Asimismo, se constituyó una Comisión de Especialistas para elaborar un Proyecto de Ley de Reforma y Productividad Agraria.²⁶ Esta Comisión trabajaba sobre los ejes claves de productividad, aprovechamiento de tierras ociosas y limitación de la propiedad, y estaba conformado por expertos de todas las bancadas congresales, técnicos de todos los partidos y entidades especializadas.²⁷ Seoane sostenía además reuniones permanentes con los mandos militares. El primer escollo fueron las movilizaciones campesinas en el Valle de La Convención (Cuzco), que fue afrontado con suma dureza, para luego establecer una mesa de diálogo con los principales líderes campesinos.²⁸

El 10 de setiembre de 1963, un ataque al corazón acabó con la vida de Manuel Seoane. Haya tuvo una pérdida invalorable con el fallecimiento de su Primer Ministro. Seoane fue un puente con los sectores no-apristas durante casi catorce meses.²⁹ "El Cachorro" era el único segundo de

²⁶ Ver las 10 Plataformas Electorales y las Metas de un Plan de Gobierno. Acá se hace referencia a la Reforma Agraria como un proceso que supere "el latifundio improductivo" y "el minifundio estéril", "apoyo al cooperativismo", y "medidas que den tierra al agricultor peruano capaz de trabajarla para aumentar la producción". *La Tribuna* (22 de abril de 1962).

²⁷ Manuel Seoane. Entrevista en el Canal 4 TV y Radio América (5 de noviembre de 1962). Reproducida por *La Tribuna* (19 de noviembre de 1961). En: Soto Rivera y Yugar (2000).

²⁸ Neira (2007). Sobre la estructura de poder de aquella también se puede ver el ensayo de Julio Cotler, "La mecánica de la dominación interna y del cambio social en el Perú". En: Autores Varios (1968).

²⁹ Testimonio de Víctor Raúl Trujillo de Zela. Él afirma que en una conversación sostenida con Haya en Oxford, le habría referido que Seoane hubiese tenido un rol clave y protagónico desde el inicio del gobierno.

Haya y su lugar ya en el poder era clave. Tenía una mirada moderna de la administración pública y durante la campaña electoral había sido uno de los principales voceros de la Alianza Democrática. ¿Después de Seoane quién?, pensaba Haya en Palacio, durante la noche de su multitudinario entierro, ante la mirada del Secretario Técnico de Gobierno, Carlos Delgado. Seoane había generado un pacto importante con los sectores no apristas del país, convocando a independientes, progresistas y populistas. Haya le había delegado casi todo el poder. Ahora ya no estaba.

Algunos militantes del APRA y dirigentes más radicales preguntaban si aquel gobierno era por lo que habían luchado tantos apristas por más de treinta años. Los cambios mundiales, su asilo en la Embajada de Colombia, realismos aprendidos e impases políticos, costos sociales y humanos, conspiraciones fallidas, habían llevado paulatinamente al Jefe del APRA a posiciones más reformistas y pragmáticas. Ello generó algunas disidencias de sectores minoritarios que ya cuestionaban la "convivencia" con Prado y ahora al gobierno.

Haya le propuso a Luis Alberto Sánchez, quien había dejado el rectorado de San Marcos para asumir el Ministerio de Educación, ser el segundo Primer Ministro del primer gobierno aprista. Sánchez aceptó.

¿Una guerrilla sin sentido?

El reporte que Armando Villanueva le alcanzó al Presidente tenía todos los detalles sobre la guerrilla dirigida por Luis De la Puente. "Jefe —tampoco le decía Presidente— se ha logrado neutralizar la guerrilla; hemos tenido bajas, pero ya se acabó el tema". Haya había concluido una reunión con una delegación de políticos y empresarios europeos y en la tarde recibiría a representantes de la Alianza para el Progreso. Villanueva se lamentó que De la Puente haya iniciado ese

movimiento. Yo lo envié a Cuba, había reconocido años después Villanueva. Él quería ir a estudiar la Reforma Agraria en Italia, pero yo le pregunté “¿por qué no viajas a Cuba?” y viajó allá.³⁰ Tras ser expulsado del APRA, De la Puente fundó el APRA Rebelde, que posteriormente sería el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Murió a manos de las fuerzas del orden, le reiteró Villanueva a Haya.

Haya, que había sido enfático en enfrentarse al experimento marxista en Cuba, les recordó que esto era parte de la influencia cubana, esos señores han sido seducidos por esa fiebre tropical de marxismo sin sentido, por un “caudillo con ínfulas de predestinación” e incluso en el partido había gente “delirante” (Villanueva, 2009: 373). Es imposible un socialismo en una isla sin desarrollo industrial. Ese proyecto es la constitución de un satélite soviético en América Latina. Haya miró a su Ministro de Interior:

“Tú eres responsable de esos acercamientos con Castro”. Villanueva respondió diciendo que él era partidario de la revolución democrática cubana y no de una entrega al imperialismo soviético. Haya hizo una pausa. “¿Y si le hubiese contestado la llamada a De la Puente?”. Recordaba lo que Idiáquez le dijo camino al Congreso. Villanueva le aseguró que nada habría cambiado: De la Puente estaba “obsesionado con la Sierra Maestra”.³¹

Sánchez recién había llegado a Palacio de Gobierno. Más tarde llegó Priale. Se había iniciado un debate congresal sobre la International Petroleum Company. Los belaundistas pedían una explicación sobre lo sucedido con De la Puente. Se ha hecho valer la autoridad, les dijo Villanueva, y se ha cumplido con la ley. Sánchez planteó oxigenar el gabinete y hacer mucha pedagogía, sobre todo en las juventudes apristas, las cuales habían trabajado desde sus organizaciones con

³⁰ Armando Villanueva del Campo (Entrevista, 2 de febrero de 2012).

³¹ Armando Villanueva del Campo (Entrevista, 2 de febrero de 2012).

“convicción” y estaban dirigidas por Juan Candela y Antonio Flores Ronceros.³² No había problema con los japistas, pero sí con los comandos universitarios dirigidos por “Pocho” Tanta-leán. Los comandos de la Universidad Nacional de Ingeniería y la Universidad Católica tenían objeciones a la alianza tácita con los odriístas en el Congreso. Los votos de estos últimos siempre se inclinaban hacia el Poder Ejecutivo. Los belaundistas, por otro lado, eran más críticos mientras su líder recorría todas las provincias, en campaña electoral permanente.

Prialé, a quien Haya consideraba el único que le cuidaba las espaldas en el Perú, le expresaba a Haya que en los universitarios sí había una impaciencia sobre el gobierno.³³

Algunos se preguntaban si este era el gobierno al que habían aspirado. Haya les contestó con firmeza: “Este es un gobierno de cooperación y unidad nacional”³⁴ y que “no somos mayoría y la democracia reclama entendimientos”.³⁵ “Somos apenas el 33% del país y es lógico que la alianza AP-DC juegue a la oposición”, señaló Haya. Ellos habían ganado las elecciones municipales y en Lima se habían impuesto con Luis Bedoya Reyes. “Debimos ir con los odriístas en alianza en todos los municipios”, dijo alguien. Haya cerró la reunión, al día siguiente se lanzaba la Gran Movilización por la Alfabetización Rural.

El último día en Palacio de Gobierno

Mañana del 28 de julio de 1968. Jorge Idiáquez le comunicaba a Haya que la comitiva de flamantes senadores

³² Juan Candela (Entrevista, 1 de marzo de 2012).

³³ Víctor Raúl Trujillo de Zela (Entrevista, 13 de febrero de 2012).

³⁴ Esta frase proviene de la entrevista a Armando Villanueva, quien al preguntarle qué tipo de gobierno hubiese sido el de Haya en 1962, me respondió: “Un gobierno de concertación”.

³⁵ Alfredo Santa María nos indicó algo muy importante para entender al APRA: “Cada golpe de Estado, cada periodo crítico, significa una reducción de un 10% de los cuadros técnicos y políticos” (Entrevista, 9 de marzo de 2012).

y diputados, encabezados por el senador Manuel Ulloa y el diputado Alfonso Barrantes, había venido para invitarlo dar su último mensaje al Congreso y la Nación. Townsend, Cox y Heysen habían revisado el discurso que Haya había redactado. Carlos Delgado ya no era su Secretario Técnico, pues había renunciado para ser diputado por Lima. La muerte irreparable de Seoane había afectado la estrategia del partido: ¿Seoane debía ser el candidato aprista en 1968? Sin embargo, primero Sánchez, luego Priale y, por último, Townsend, habían sido leales y eficaces primeros ministros. Haya quería dar en su último discurso todas las cifras posibles, mencionar las reformas, obras, dificultades y las tareas pendientes.

Sería un balance realista sobre un gobierno difícil pero con avances importantes. Había sido un celoso guardián de la integridad moral del gobierno: "Aquí hemos venido para servir", decía ante cada pedido de incrementos salariales de altos funcionarios, ministros o congresistas.³⁶

Los militares nunca soportaron del todo la presencia de Haya en Palacio de Gobierno. ¿Qué sostuvo esa permanencia? La organización partidaria, el crecimiento económico, la buena relación con el General Juan Velasco Alvarado y, sobre todo, con el General Javier Tantaleán Vanini (hermano del diputado por Cajamarca, Víctor Tantaleán). Gran parte de los miembros de las Fuerzas Armadas, sobre todo del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), tenían inquietudes sociales desde 1965 y habían planteado al gobierno una serie de reformas que Haya, con Sánchez como Primer Ministro, había logrado impulsar. La creación

³⁶ Para Luis Alva Castro, el mejor momento de APRA, por los equipos que tenía, era 1962. Además, señala que Haya hubiese dirigido un gobierno de austeridad y ascetismo, distante de la frivolidad que caracteriza al poder. En la Asamblea Constituyente de 1978, dice Alva Castro, esa fue una distinción de su primera y última experiencia de "gestión pública".

del Instituto Nacional de Planificación como brazo ejecutor del Consejo Económico Nacional, la implementación de planes pilotos de modernización agraria en las zonas con más movilizaciones campesinas y la creación de un Fondo Nacional de Defensa. Los militares también apoyaron la necesaria Ley de Reforma y Productividad Agraria, que se aprobó con el voto de apristas, odriístas y algunos belaundistas, como una forma de alcanzar justicia social y neutralizar las influencias castristas a la vez que canalizar las inquietudes de los campesinos.

Las movilizaciones rurales no eran pocas y reiteradamente jaqueaban al gobierno, a diferencia del movimiento sindical urbano y barrial que lo apoyaba.³⁷ No hubo ningún intento de golpe de estado, pero tampoco un afecto institucional por Haya. El jefe del APRA evitaba, en la medida de lo posible, asistir a ceremonias castrenses y delegó en sus primeros ministros el trato con los militares. De vez en cuando se leían volantes en los cuarteles contra el gobierno aprista y en no pocas veces se detectaba cierto descontento entre algunos mandos en ceremonias oficiales. Pero el orden constitucional prevaleció por encima de todo.³⁸

Las elecciones de 1968 no habían sido reñidas. A pesar de un gobierno pausado y una gestión adecuada, el APRA demoró en definir su candidato presidencial. La Convención Electoral, que se realizó en Trujillo, eligió, con el total apoyo de Haya, a Ramiro Priale como candidato. Sánchez no logró lanzar su candidatura y Luis Felipe de las Casas, apoyado por los principales cuadros juveniles y universitarios, apenas

³⁷ Sobre el debate de la reforma agraria en los 60, véase la objetiva apreciación de Bourricaud en el capítulo diez de *Poder y sociedad*.

³⁸ Jorge Armando Cabanillas, joven activista juvenil en el 62, refiere cuatro características de un posible gobierno de Haya en 1962: la educación como prioridad, una reforma agraria consensuada, un radical anticomunismo y una resistencia permanente de las Fuerzas Armadas. Además señala que "no se trabajó para disminuir la resistencia en las Fuerzas Armadas" (Entrevista, 5 de marzo de 2012).

alcanzó el 20% de votos de los delegados. Haya exhortó a De las Casas para que acompañase a Priale en la fórmula, pero este no aceptó. Priale logró un 22% de los votos. Bedoya, quien renunció a la alcaldía de Lima para tentar la Presidencia, obtuvo el 16%. El Frente de Izquierda Nacional, un movimiento de articulación de grupos marxistas y cristianos, logró un 10%. María Delgado, esposa del General Odría, consiguió 14% de votos. Fernando Belaúnde llegó al 36% de los votos y fue elegido Presidente.

Aquel último día, Haya decidió dirigirse a pie al Congreso. No sonreía. Estaba parco y tal vez más tenso que seis años atrás. ¿Qué se escribirá sobre el gobierno aprista? Esta vez también le parecía ver a Manuel Arévalo entre la multitud. Recordó las tantas ilusiones, los prisioneros apristas, las familias anónimas y los inconformes con su propio gobierno. Después de dejar la banda presidencial iría a la Casa del Pueblo, donde Priale había organizado una concentración de reencuentro con la Juventud Aprista. Camino al Congreso, en medio del bullicio, no dejó de pensar en el severo desenlace frente a la guerrilla. Reflexionaba que Belaúnde había ganado porque no se tuvo la posibilidad de cohesionar a todo el partido tras la candidatura de Priale (¿celos, egoísmos, descontentos?). La reforma agraria se había iniciado. Había más empleo y los derechos laborales fundamentales estaban vigentes. La educación era mejor y más extendida, pero la izquierda había crecido considerablemente en el magisterio. Los industriales habían ganado mucho, pero eran recelosos de los Ministros de Trabajo, todos ellos apristas. La Alianza para el Progreso había financiado importantes proyectos de desarrollo y se había dado pasos importantes hacia el Mercado Común Latinoamericano. Pensó que la fuerza del gobierno se basó en la densidad poblacional y modernidad de Lima y el Norte. Pocas veces viajó al sur. Al centro y la Amazonía sí, pero justamente estos le dieron el triunfo a Belaúnde.

¿Y los sectores independientes que cogobernaron con el APRA? Muchos se inclinaron hacia Bedoya, fundador del PPC y dos veces alcalde metropolitano, quien además arrebató la hegemonía al odriísmo en Lima. Al salir y despedirse de la guardia de Palacio, Idiáquez le dijo: "Jefe, en la noche, en casa de Sánchez, hay una cena con algunos Presidentes que quieren verte: Lleras Restrepo, Leoni, Díaz Ordaz y Frei. Será muy de noche, después del besamanos". Haya, entusiasmado, le dijo que inviten además a Priale y Townsend; irían luego de saludar a los compañeros en la Casa del Pueblo.

Cuando se dirigían hacia el Congreso, Armando Villanueva, senador electo, y Manuel Ulloa, también senador por AP, caminaban muy cerca a Haya de la Torre. La comitiva era algo desordenada, pero no mostraba apuro. Barrantes estaba a unos pasos de Haya. Antes de llegar a la Avenida Abancay, Ulloa y Villanueva le preguntaron al ya casi ex-Presidente: "¿Quién cree que debería ser el Ministro de Guerra de Belaúnde?". Haya sin mirarlos, con voz altiva, les respondió: Velasco, el General Juan Velasco Alvarado.

Y así fue.

Bibliografía sugerida

- Autores Varios. *Perú Problema* (Lima: Francisco Moncloa Editores, 1968).
- Bourricaud, François. *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima 1989).
- De las Casas, Luis Felipe. *El sectario* (Lima: Centro de Investigación y Capacitación; ITAL Perú S.A., 1981).

Giesecke, Margarita. *La insurrección de Trujillo. Jueves 7 de julio de 1932* (Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010).

Haya de la Torre, Víctor Raúl. "Discurso del 'veto' del 4 de Julio de 1962". En: *Obras Completas* (Lima: Librería Editorial Mejía Baca), Tomo V, 452-481.

Neira, Hugo. *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayo de relectura herética* (Lima: SIDEA, 1996).

Neira, Hugo. *Cusco, tierra y muerte* (Lima: Herética, 2007).

Ñique, Juvenal. *Manuel Arévalo Cáceres. Apuntes históricos* (Lima: Universidad San Martín de Porres, Lima 2007).

Prialé, Ramiro. "Discurso al conmemorarse la Jornada del 23 de Mayo. Lima, 23 de Mayo de 1958". En: *Discursos Políticos* (Lima, 1960).

Soto Rivera, Roy y Pedro Yugar: *Manuel Seoane, "El Cachorro". Paradigma de la Justicia Social* (Arequipa: Municipalidad Distrital de Miraflores, 2000).

Villanueva, Guey. *Haya por Haya. Apuntes para sus memorias* (Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2009).

EL PEZ FUERA DEL AGUA

"Hablar de libros, de autores, de poesía, con Carlitos Ney, en los cuchitriles inmundos del centro de Lima, o en los bulliciosos y promiscuos burdeles, era exaltante. Porque Carlos era sensible e inteligente y tenía un amor desmesurado a la literatura, la que, por cierto, debía representar para él algo más profundo y central que ese periodismo al que consagraría toda su vida. Siempre creí que, en algún momento, Carlitos Ney publicaría un libro de poemas que revelaría al mundo ese talento enorme que parecía ocultar y del que, en lo más avanzado de la noche, cuando el alcohol y el desvelo habían evaporado en él toda timidez y sentido autocrítico, nos dejaba entrever unas briznas. Que no lo haya hecho, y su vida haya transcurrido, más bien, sospecho, entre las frustrantes oficinas de redacción de los periódicos limeños y las «noches de inquerida bohemia», no es algo que me sorprenda, ahora. Pues la verdad es que, como a Carlitos Ney, he visto a otros amigos de juventud, que parecían llamados a ser los príncipes de nuestra república de las letras, irse inhibiendo y marchitando, por esa falta de convicción, ese pesimismo prematuro y esencial que es la enfermedad por excelencia, en el Perú, de los mejores, una curiosa manera, se diría, que tienen los que más valen de defenderse de la mediocridad, las imposturas y las frustraciones que ofrece la vida intelectual y artística en un medio tan pobre".

Mario Vargas Llosa, *El pez en el agua. Memorias*, 1993.

SI VARGAS LLOSA HUBIESE DERROTADO A FUJIMORI
(1990-1995)

Martín Tanaka³⁹

Cumpliendo furtivamente con un viejo ritual, sentado discretamente al fondo de un café en *Saint Sulpice*, en la *Rive Gauche*, Varguitas terminó por fin de leer el libro que tanto le había costado concluir: *A arte da política. A história que vivi*, de su amigo Fernando Henrique Cardoso. Y no por sus 681 páginas. Mientras terminaba su café recordó aquella conversación (¿cuándo fue? ¿a mediados de 1994?), cuando Cardoso estaba en campaña para la presidencia: Mario, postula a la reelección. Un periodo es muy poco para consolidar lo mucho que has hecho. Bueno, Fernando Henrique ganó poco después las elecciones y luego siguió su propio consejo, y fue reelecto. Y hoy pasea por el mundo como viejo estadista. Recordó también a otro de sus amigos: Václav Havel. La última vez que se vieron, también conversaron sobre el asunto. Solo que Havel sí le soltó esa frase que en el fondo lo irritaba, "suerte que no te reelegiste y pudiste volver a la literatura... mírame a mí...". Ese comentario le sonó un poco condescendiente. Es cierto que las memorias de Havel le parecieron decepcionantes en lo literario, pero este amigo recorrió el mundo también como estadista exitoso, repartiendo consejos a diestra y siniestra.

¿Y tú, Varguitas? ¿A quién le das consejos? Ya perdiste la cuenta de en cuántos diarios y en cuántos idiomas se publica tu *Piedra de toque*. Y es cierto que viajas por el mundo defendiendo la causa de la libertad, lo que te ha ganado tantos problemas, en un mundo intelectual todavía sometido

³⁹ Doctor en ciencia política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) sede México. Actualmente es investigador principal del Instituto de Estudios Peruanos, profesor asociado y Coordinador de la especialidad de Ciencia Política y Gobierno de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

a las viejas ideas colectivistas. ¿No es así? Y el precio que has pagado por tu integridad ha sido alto. Muy alto. En todo caso, no soy político, soy escritor, te sueles decir. Acaso para confirmar (¡a estas alturas!) tu verdadera vocación, es que te sorprendes pasando temporadas cada vez más largas en el París de tu juventud, y hasta te ves repitiendo los recorridos que hacías cuando Carlos Barral te hacía escribir encerrado en aquel departamento de la *rue de Tournon*.

Eso es lo que soy. Para lo único que sirvo es para escribir, como dice Patricia. Has ganado todos los reconocimientos y premios que podrías recibir. Bueno, casi todos. Y en el fondo debía reconocer que leer cómo Cardoso y Havel podían asumir el papel de "estadistas" le dejaba un cierto sinsabor. ¿No merecías también más reconocimiento como político, Varguitas?

* * *

Al inicio de la campaña electoral de 1990, parecía que los contendores serían el escritor Mario Vargas Llosa, a la cabeza del Frente Democrático (FREDEMO), alianza de derecha, junto a Alfonso Barrantes, el líder de la Izquierda Unida, alianza que reunía una gran diversidad de partidos de izquierda, y Luis Alva Castro, candidato del partido de gobierno, el APRA, a pesar de que el presidente Alan García dirigía un gobierno asediado por el terrorismo y una dramática crisis económica consecuencia del fracaso de sus políticas populistas. Lo que fue una gran sorpresa es que la elección terminara siendo protagonizada por Vargas Llosa y Alberto Fujimori, un personaje sin ninguna experiencia política previa, que había sido recientemente rector de la Universidad Agraria y Presidente de la Asamblea Nacional de Rectores, y para quien la candidatura presidencial fue una aventura que tuvo una inesperadamente alta recompensa.

En el análisis político se suele cometer la falacia del "determinismo retrospectivo": es decir, considerar como inevitables y lógicos los acontecimientos políticos una vez que estos ocurrieron, dejando de lado que antes de que ellos

se dieran eran percibidos como azarosos e imprevisibles. Es que en realidad los sucesos políticos suelen ser resultado contingente de acciones, omisiones y accidentes en los que intervienen múltiples actores y factores, y en los que, de haberse dado las cosas un poco distintas, la evolución de las cosas podría haber sido distinta también. Así, se asume que, como consecuencia lógica y natural del desastre económico que generaron las políticas populistas, las opciones tanto del partido de gobierno como de la izquierda quedaron desprestigiadas, por lo que los peruanos optamos por un cambio de modelo, y votamos mayoritariamente por el candidato que prometía una revolución liberal.

Sin embargo, de no haber mediado la división de la izquierda, Barrantes podría haber entrado a la segunda vuelta, lo que habría muy probablemente propiciado una confrontación entre "el candidato de los ricos" contra "el de los pobres", de pronóstico reservado. El que el inexperto Fujimori fuera el rival de Vargas Llosa facilitó las cosas para este. De otro lado, si bien Vargas Llosa durante gran parte de la campaña lideró con cierta comodidad las encuestas de intención de voto, también es cierto que en varios pasajes de la campaña esa misma ventaja llevó a la comisión de errores que podrían haberle costado el triunfo. Por ejemplo, en algún momento la percepción de la implementación de una campaña excesivamente costosa, agresiva e ideologizada podría haber resultado contraproducente, pero estos errores de campaña fueron corregidos a tiempo. Por el contrario, la campaña de Alberto Fujimori acusó los límites de su falta de experiencia y de un manejo poco profesional de la competencia electoral.

Si bien estos razonamientos contrafácticos pueden sonar excesivamente especulativos, ellos son importantes para entender algo crucial: no es cierto que los peruanos estuviéramos tan convencidos de la necesidad de abandonar las políticas lideradas por el Estado, y de la necesidad de las reformas neoliberales. Entender esto es clave para entender las dificultades que el presidente Vargas Llosa tuvo que enfrentar durante su gobierno.

* * *

Mientras Patricia terminaba de hacer las maletas para el viaje a Estocolmo, Varguitas repasaba los libros que pensaba utilizar en sus discursos. Recordó las palabras de Peter Englund, secretario de la Academia Sueca: "se le otorga el Premio Nobel por su cartografía de las estructuras del poder y por su defensa de la libertad y la dignidad de los pueblos... en una obra múltiple y universal". Aparecían después los titulares de los diarios del mundo entero: "gigante de las letras latinoamericanas, cuya obra de ficción y de ensayo alumbra más allá de su continente"; "figura imprescindible de la novela en castellano"; "intelectual comprometido en su tiempo, infatigable crítico del poder"; "es un reconocimiento a toda la novelística del 'boom' latinoamericano". Desde España, Carmen Balcells decía que sentía el premio como suyo, y no podía dejar de conmoverse por ello.

El premio Nobel por fin volvió a América Latina... le molestaba que los previsibles lugares comunes dieran vueltas por su cabeza, que le costara encontrar algo original. Y el teléfono no paraba de sonar, todos querían saber sus impresiones después del anuncio del premio. Las mismas preguntas de siempre, las mismas inquietudes de siempre. Aunque esta vez era peor, por supuesto. ¿Estás seguro de este viaje a Estocolmo, Varguitas? No te van a dejar tranquilo con las preguntas de si crees que es justo o no no haberlo ganado, de si crees que podrás ganarlo alguna vez, eso de que Borges y Joyce nunca lo ganaron, de si el Nobel iba a Latinoamérica no debió haber ido para ti... Carlos es un gran amigo, y su triunfo es el triunfo de todos nosotros, y lo debemos celebrar. ¿En serio te crees eso, Varguitas? No se pueden escatimar los méritos de Carlos: es un salvaje escribiendo. Entre novelas, cuentos, ensayos, ha construido una obra descomunal. Desigual, sí, pero ya quisieran muchos estar al nivel del Fuentes más bajo. Y es un intelectual público, como tú. Claro, nunca se le ocurrió postular a la presidencia de México.

Y se ha mantenido dentro del marco del "progresismo", de lo "políticamente correcto". Con la inteligencia, cultura, erudición y elegancia de siempre, pero tú has corrido riesgos que él no. Seguramente por eso el Nobel es para él y no para ti.

No vas a ser mezquino, con gusto participarás de homenajes, darás entrevistas, escribirás sobre los méritos de Carlos. Realmente se merece el premio. Dos premios Nobel para México, Octavio Paz y Carlos Fuentes. ¿Podría ser de otro modo? Una cosa es ser un escritor mexicano, y otra muy diferente ser peruano. Premiar a Fuentes es premiar a una constelación de excelentes escritores, a una vasta literatura, a una industria editorial gigantesca. Pero tú... tú eres un solitario, Varguitas. No necesariamente porque tengas un talento que otros no tuvieron, pero sí la perseverancia y terquedad tan escasas en un medio tan mediocre como el peruano, plagado de falsos ídolos, de escritores subdesarrollados para lectores subdesarrollados. Eres un solitario, Varguitas, un salmón solitario que llegó nadando todo el tiempo contra la corriente, contra viento y marea. Y llegaste más lejos de lo que jamás podrías haber soñado que llegarías. Pero no eres Carlos Fuentes, pues. Es como comparar la Feria Ricardo Palma con la Feria de Guadalajara. Un peruano no podría llegar tan lejos.

* * *

¿Qué balance podría hacerse del gobierno del presidente Vargas Llosa? Hacer una evaluación equilibrada resulta muy difícil, porque el suyo fue un gobierno de paradojas y contrastes. A pesar de que recibió un país caótico y convulso y de que logró terminar con la hiperinflación, ordenar las finanzas públicas, insertar nuevamente al país a los mercados internacionales, acabar con el terrorismo y de iniciar las reformas de mercado y de las instituciones públicas que permitieron la relativa prosperidad económica del Perú de hoy, Vargas Llosa nunca fue muy popular como presidente.

Vargas Llosa puede ser ubicado dentro del grupo de presidentes reformistas que implementaron con éxito reformas orientadas al mercado, privatizando empresas públicas y reduciendo el papel del Estado en la economía, tal como lo hicieron antes Víctor Paz Estenssoro en Bolivia, Carlos Menem en Argentina, y poco después Fernando H. Cardoso en Brasil. Paradójicamente, la gravedad de la crisis es lo que facilitó la aplicación de un programa drástico de reformas, a diferencia del caso de Venezuela con Carlos Andrés Pérez, quien fracasó en su intento de liderar un cambio de modelo económico y político, tal como ha sido estudiado por Weyland (2002) y otros autores. En este cuadro, tanto Menem como Cardoso lograron reelegirse, y en Bolivia Gonzalo Sánchez de Lozada, ex Ministro de Planeamiento de Paz Estenssoro, quedó en primer lugar en las elecciones al final del gobierno de este, que llevaron a la presidencia a Jaime Paz Zamora después de su elección por el Congreso, y fue electo presidente en la elección siguiente. El que Vargas Llosa no se reeligiera, y que el FREDEMO se desestructurara después de que dejara el poder, marca una tendencia singular en el contexto latinoamericano.

¿Cómo explicar esta singularidad peruana? Los científicos sociales peruanos han escrito muchas páginas sosteniendo la tesis de la incongruencia entre un proyecto modernizador, liberal en lo político y capitalista de mercado en lo económico, de innegables resultados, con la persistencia de viejos hábitos, reflejos, prácticas, de naturaleza premoderna, oligárquicos, paternalistas, discriminadores. Si bien el gobierno de Vargas Llosa implementó políticas de compensación social frente a los enormes costos sociales de las políticas de ajuste estructural, su implementación en las zonas más pobres desnudó la ajenidad de los políticos, funcionarios y activistas del FREDEMO, más acostumbrados a moverse en círculos empresariales que en el mundo popular. Los sociólogos escribieron muchas páginas sobre el elitismo del gobierno, sobre los modales y reflejos "oligárquicos" de muchos de los ministros, funcionarios y líderes políticos fredemistas, sobre su incapacidad de sintonizar con el Perú

andino, cholo, popular, así como de su falta de cuadros, operadores políticos de base, capaces de construir vínculos de representación.

Otro aspecto que acentuó la imagen de "desconexión" gubernamental con el mundo popular se hizo patente con la actitud ambigua y poco consecuente del presidente en cuanto a la agenda de los derechos humanos, considerando que la gran mayoría de víctimas de violaciones a sus derechos fundamentales en medio de la violencia política fueron campesinos quechuahablantes. Si bien el gobierno de Vargas Llosa terminó con la amenaza del terrorismo sobre la base de estrategias de colaboración entre las comunidades rurales y las fuerzas del orden, así como del apoyo a labores de inteligencia que permitieron la captura de Abimael Guzmán y de prácticamente todos los líderes de las organizaciones terroristas, dejando atrás estrategias de represión indiscriminada, se avanzó muy poco en cuanto al procesamiento de los militares comprometidos en serias violaciones a los derechos humanos ocurridas durante los gobiernos previos de Alan García y de Fernando Belaúnde. Las presiones de Acción Popular, integrante del FREDEMO, y de diversos sectores conservadores crearon una parálisis que ningún Ministro de Justicia pudo resolver; es de triste recordación el papel del ministro Paniagua, quien negó sistemáticamente la ocurrencia de estos hechos, lo que melló también la credibilidad de la presidencia. Las imágenes de madres ayacuchanas y de familiares de detenidos y desaparecidos marchando a Palacio de Gobierno pidiendo justicia, y las respuestas evasivas por parte del gobierno ahondaron la percepción de una brecha insalvable entre el "Perú profundo" y el "Perú oficial" (Tanaka, 1998).

"Felizmente dejaste la política, Mario, para dedicarte a la literatura, que es lo tuyo". Debes haber oído esa frase un millón de veces. Te la dijo Václav Havel, la vecina de Barranco, los taxistas de todas las ciudades del mundo, y también desde

Umberto Eco hasta tus amigos escritores jóvenes. Haber sido presidente, ¿te hizo mejor o peor escritor? No puedes saberlo, pero sí sabes que ahondó cierta brecha con algunos de tus lectores y críticos. No solo has sido un cruzado liberal con tus artículos y ensayos, también tuviste que ser presidente y tratar de implementar reformas liberales. Y ya sabemos que el oficio de presidente, en un país como el Perú, es el oficio más ingrato del mundo.

Muchos no te perdonarán el haber sido el presidente "neoliberal" peruano, mucho menos que hayas tenido éxito en las reformas que impulsaste, y por eso miran con mala leche tus escritos. Nunca ganarás el Nobel, lo sabes bien. Tampoco es que te angustie. Lo que sí te molesta es que, para criticarte, tan flagrantemente hagan contigo lo que dicen que haces tú: dejar que la ideología se entrometa en la ficción. Por ejemplo, ¡cuán injustas son las críticas que recibiste por *El pez en el agua II*, uno de los libros de los que te sientes más orgulloso! Te dijeron que el primer volumen estaba bien, que el contrapunto entre la campaña electoral de 1990 con el descubrimiento de la figura paterna y el desarrollo de la vocación de escritor era muy logrado, pero no el segundo, en el que haces un contrapunto entre las realidades pedestres y duras de la acción política, ilustradas con anécdotas reveladoras de las dificultades que enfrentó tu presidencia, y las fabulaciones de las utopías políticas, desarrolladas en el mundo de la ficción y de la filosofía.

Es una tragedia que esos dos mundos vivan tan separados. Estás seguro de que es uno de tus libros más logrados, en el que integras tu vida como intelectual público y tus apuestas políticas con tu obra ensayística y novelística, pero es también el que seguramente más críticas ha recibido. Así son los críticos "progresistas", todavía dominantes: si criticas dictaduras, como en *La fiesta del Chivo*, o si denuncias la explotación colonial, como en *El sueño del celta*, te aplaudirán; pero cualquier otra cosa que te atrevas a escribir será denunciada como obra menor e intrascendente. A estas alturas no te importa. Has logrado todo y mucho más de lo que jamás habrías soñado. Pero no puedes evitar

sorprenderte haciendo nuevamente caminatas por el *Jardin de Luxembourg*, como cuando te encerrabas a escribir en el departamento de la *rue de Tournon*, y sentir que algo te falta. ¿Será lo que ahora está viviendo tu buen amigo Carlos Fuentes, Varguitas? ¿El cariño y la admiración de tu gente?

* * *

Si bien hasta sus adversarios suelen reconocer que como presidente Vargas Llosa intentó gobernar siguiendo ideales liberales y republicanos, es cierto que el debate sobre la reforma constitucional que permitiera su reelección distrajo demasiado la atención del gobierno en momentos cruciales. De un lado, se habló de la consolidación de un poder personalista y de rasgos caudillistas; del otro, de la necesidad de consolidar las reformas iniciadas, para las cuales un periodo gubernamental resultaba muy corto. Algunos sostenían que el presidente había sido alejado de sus convicciones por la ambición de un nefasto grupo de asesores que lo había aislado y alejado de visiones más equilibradas y críticas; otras, que el presidente quería volver a la literatura, pero sentía la obligación moral de terminar con la tarea iniciada. El asunto es que la ambigüedad del presidente respecto al tema de su reelección dañó su credibilidad, dado que siempre había sido muy enfático en señalar la importancia del respeto a la Constitución y el fortalecimiento de las instituciones. En alguna entrevista, el ex presidente confesó que sí consideró seriamente la reelección, pero más como un deber moral para librar al país de la posible vuelta de Alan García a la presidencia en 1995.

Sin embargo, el plan de la reelección siempre resultó quimérico. Vargas Llosa nunca fue un presidente popular y, de haber intentado la reelección, muy probablemente no la habría conseguido. La novedad de su postulación en 1990 se había perdido en 1995, y aparecía entonces como defensor del *establishment* político. Al final, el tiempo que se perdió en la ilusión reeleccionista impidió consolidar una figura alternativa, y al final, la candidata del FREDEMO

en 1995, Lourdes Flores, terminó teniendo un desempeño decepcionante, a pesar de que quedara cerca de entrar a disputar la segunda vuelta electoral.

¿Cuál es el legado de la presidencia de Vargas Llosa? No puede subestimarse. Durante su gobierno se derrotó a la subversión, se terminó con la hiperinflación, se iniciaron las reformas que permitieron el desarrollo de una economía de mercado. Se fortalecieron las instituciones públicas, en particular el hasta entonces muy desprestigiado Poder Judicial, así como el Tribunal de Garantías Constitucionales, que ganó desde entonces gran prestigio e influencia. Se inició la reforma de la administración pública, que hizo que el país empezara a dejar atrás una vieja tradición de manejo del Estado signada por el patronazgo y el clientelismo. Diversos estudiosos han llamado la atención sobre cómo en el Perú se han logrado avances importantes en el fortalecimiento y profesionalización del aparato público, como en Colombia y Brasil. Si bien Perú podría, al igual que en esos países, haber caído en dinámicas antipolíticas lideradas por caudillos personalistas, como sucedió en países como Venezuela, Bolivia, Ecuador o Argentina, ciertamente en grados diferentes, los primeros tres casos nacionales (Perú, Colombia y Brasil) son ilustrativos de cómo es posible dejar atrás largos legados de precariedad institucional y refundar nuevas prácticas entre los actores sociales y políticos.

Otro país con el cual el Perú ha sido comparado en los últimos años ha sido Chile, en tanto las reformas económicas e institucionales se consolidaron con la sucesión de gobiernos de una misma orientación política, de allí que se recurriera reiteradamente a la comparación entre el "modelo peruano" y el "modelo chileno", el primero signado por coaliciones de centro derecha y el segundo por coaliciones de centro izquierda. Esta comparación parece mantenerse vigente aún en el tiempo reciente: en las últimas elecciones, el desgaste sufrido por los gobiernos de la Concertación en Chile, y los efectos de la crisis internacional, dieron lugar a un viraje a la derecha, con la elección de Sebastián Piñera, mientras

que en Perú crearon por el contrario un viraje a la izquierda, tema que hemos analizado en otros escritos. Y es que si bien en los últimos años hemos tenido cifras impresionantes de crecimiento y reducción de la pobreza, la persistencia de la desigualdad y de lo que podríamos llamar patrones "oligárquicos" en el espacio público han generado la demanda por inclusión social tan presente en el debate político actual.

Pero si bien el Perú avanzó mucho en la construcción institucional de un aparato público más eficiente, sigue arrastrando una gran debilidad en su sistema de partidos, lo que mantiene cierta incertidumbre respecto al rumbo del país. La derecha liberal no logró construir un partido de masas con el FREDEMO, alianza que se disolvió poco después de la derrota de 1995; ciertamente no ayudó que Vargas Llosa abandonara la actividad política y su residencia en el país para volver a la actividad literaria internacional inmediatamente después, gesto que fue interpretado como una "traición" por parte de muchos de sus militantes, lo que dividió políticamente a la derecha y dificultó la defensa del legado de su mandato. En cuanto a la izquierda, diversos intentos de unificación posteriores a la división de la Izquierda Unida en 1989 fracasaron. El APRA, tradicionalmente el eje del sistema de partidos, ha mantenido vigencia electoral bajo el liderazgo del ex-presidente García, pero su funcionamiento como organización ha prácticamente desaparecido. Desde 1995, vivimos una política poblada por políticos que se desprenden de sus colectividades partidarias de origen para declararse "independientes".

Así, si bien en los últimos años se habla de la crisis del "modelo neoliberal", el Perú no siguió un camino refundacional con tintes antipolíticos como en Venezuela, Bolivia o Ecuador. Nuestro país podría ser parte del "giro a la izquierda" por el que pasa actualmente la región, pero siguiendo la lógica de centro-izquierda registrada en los últimos años en países como Brasil, Uruguay o Chile, en donde se mantienen las políticas de promoción de los mercados, pero con

un mayor énfasis redistributivo. Acaso este derrotero sea parte también del legado de la presidencia de Vargas Llosa: no sufrimos como en otros países de discursos antipolíticos tan intensos, pero tenemos como tarea pendiente enfrentar la desigualdad y la exclusión social. Durante su gobierno se hicieron las reformas económicas e institucionales que le han dado al país una inédita estabilidad y dinamismo, pero reforzando una identidad criollo-oligárquica en el sistema político que lo ha hecho muy vulnerable a demandas de integración y reconocimiento por parte de sectores de la población que reivindican identidades culturales más "cholas" y plebeyas. En otras palabras, el legado del gobierno de Vargas Llosa podría resumirse en que dejó un país sustancialmente más moderno, pero también más fracturado socialmente.

Bibliografía sugerida

Cardoso, Fernando Henrique. *A arte da política. A história que vivi* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2006).

Havel, Václav. *To the Castle and Back* (Toronto: Knopf, 2007).

Musil, Jiri y Tomaš Vrba, eds. *The View From Prague. The Expectations of World Leaders at the Dawn of the 21st Century*. Václav Havel et. al. (Budapest: Center European University Press, 2007).

Requena, José Carlos: *Una gran ingenuidad: el Movimiento Libertad 1987-1989* (Lima: Mitin eds., 2010).

Schmidt, Gregory. "Fujimori's Upset Victory in Peru. Electoral Rules, Contingencies, and Adaptative Strategies". *Comparative Politics* 28.3 (1996): 321-354.

Tanaka, Martín. *Los espejismos de la democracia. Del modelo "Estado-céntrico" al modelo neoliberal en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1998).

Vargas Llosa, Mario. *El pez en el agua. Memorias* (Barcelona: Seix Barral, 1993).

Weyland, Kurt. *The Politics of Market Reform in Fragile Democracies: Argentina, Brazil, Peru, and Venezuela* (Princeton: Princeton University Press, 2002).

El mandato presidencial es de cinco años. El Presidente puede ser reelegido de inmediato para un período adicional. Transcurrido otro período constitucional, como mínimo, el ex presidente puede volver a postular, sujeto a las mismas condiciones".

Bibliografía sugerida

- Cárdenas, Fernando. *La política en el Perú*. Lima: Universidad del Pacífico, 2006.
- Havel, Václav. *To the Castle and Back* (Toronto: Knopf, 2007).
- Mull, Jiri y Tuma, Jiri, eds. *The New Wave: The Expansion of World Leaders at the Dawn of the 21st Century*. Budapest: Central European University Press, 2001.
- Requena, José Carlos. *Una presidencia de emergencia*. Lima: La Jirafilla, 2010.
- Schmidt, Gregory. "Fujimori: Upset Victory in Peru, Shaky Peace, Contingencies, and Adaptive Strategies". *Comparative Politics* 28.3 (1996): 321-354.
- Torres, Martín. *La emergencia de la democracia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1998.

SI EL VLADYVOD NO HUBIERA SALIDO A LA LUZ (2000-2010)

Eduardo Cargam

¡CHINO, CHINO, CHINO!

"El mandato presidencial es de cinco años. El Presidente puede ser reelegido de inmediato para un período adicional. Transcurrido otro período constitucional, como mínimo, el ex presidente puede volver a postular, sujeto a las mismas condiciones".
Artículo 112 de la Constitución de 1993

SI EL VLADIVIDEO NO HUBIESE SALIDO A LA LUZ (2000-2010)

Eduardo Dargent⁴⁰

La noticia se filtró a fines de junio del 2010 y el fujimorismo tuvo que reconocer lo que desde fines de los noventa era un rumor: Alberto Fujimori tenía una lesión cancerosa en la lengua. No era el cáncer maligno del que hablaban los rumores, sino tan solo una lesión de cuidado que no afectaría sus actividades. El momento político, sin embargo, era el adecuado: no había amenaza de turbulencia en el horizonte. Ese 28 de julio celebraría su cumpleaños número 72 recibiendo la banda presidencial de manos de su hermano Santiago, asegurando veinticinco años de fujimorismo en el Perú.

Alberto Fujimori había derrotado en las elecciones de mayo a un candidato que intentó unificar a una contradictoria coalición de clases medias urbanas, intelectuales, líderes regionales, críticos del modelo económico, sindicalistas y ambientalistas. La coalición, tachada por la plancha oficialista como un Frankenstein, sucumbió por varios puntos ante un fujimorismo unido. Como Santiago en el 2005, la defensa de la estabilidad y el crecimiento económico, la continuidad de programas sociales y la “amenaza chavista” permitieron al candidato Fujimori ganar la elección con varios puntos de ventaja. Con el apoyo de las Fuerzas Armadas, sectores empresariales, redes clientelistas extendidas en todo el país y

⁴⁰ Obtuvo su PhD en ciencia política en la Universidad de Texas en Austin y su master en filosofía política en la Universidad de York, Reino Unido. Estudió derecho en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde actualmente trabaja como profesor de ciencia política. Es autor de *Demócratas Precarios: Élite e inestabilidad democrática en el Perú y América Latina* (2009). Escribe una columna de opinión en *Diario 16*.

medios de comunicación nacionales y regionales alineados, el fujimorismo inicia su cuarto periodo sólido y estable. Ya se habla de una candidatura de Keiko Fujimori en el 2015.

Hoy los politólogos señalan que la historia difícilmente pudo ser de otra manera, que diversas condiciones externas e internas favorables hacen al fujimorismo casi invencible electoralmente. Otros más bien resaltan que los años 1999-2002 fueron una coyuntura crítica, un momento en que todo pudo cambiar, abriendo el camino a una mayor democratización y una derrota de Alberto Fujimori. Con matices, comparto la segunda opinión: por tres años el fujimorismo estuvo debilitado, pero a partir del año 2002 factores externos e internos lo hicieron un régimen bastante sólido en la arena electoral.

La campaña de 1999 y los primeros meses del tercer gobierno de Alberto Fujimori fueron los más difíciles que le tocó vivir como Presidente. Incluso fueron más complicados que los meses posteriores al autogolpe (1992) o la toma de la residencia del embajador japonés (1997). La crisis económica de 1998-1999 y la desconfianza del empresariado tras el breve paso de Víctor Joy Way en el, hasta entonces, tecnocrático Ministerio de Economía y Finanzas, debilitaron la posición del fujimorismo. A la crítica por su autoritarismo se sumaba un creciente descontento económico. Los meses siguientes fueron de mal en peor, radicalizados por el descubrimiento de una masiva falsificación de firmas para inscribir un nuevo partido fujimorista. El crecimiento en las encuestas de Alejandro Toledo, a partir de febrero de 2000, puso presión sobre la coalición de gobierno. Una serie de actos abusivos buscaron asegurar la victoria de "El Chino", desprestigiando más un proceso que, si bien tramposo desde el inicio, lo tuvo como casi seguro ganador hasta febrero. La sospecha generalizada era que para retener el poder había cruzado una línea criminal y su desesperación se basaba en su temor a perderlo. Los rumores, secretos a voces más bien, hablaban de robos millonarios y militares con mansiones en La Molina. En su obsesión por mantener el control absoluto del Estado, el fujimorismo compró la mayoría parlamentaria

que no obtuvo en elecciones. Una multitudinaria marcha en Lima que terminó con muertos e incendios inauguró el tercer gobierno de Fujimori.

Pocos recuerdan que en los días posteriores a la elección la OEA demandó que se constituyera una mesa de diálogo en la que el gobierno debía negociar con la oposición y la sociedad civil una serie de reformas democratizadoras, y olvidamos que esa mesa produjo una propuesta de cambios. La presión internacional, especialmente por sectores de la administración Clinton opuestos a la cercanía de la CIA con Vladimiro Montesinos, se incrementó. Más aún, un extraño incidente nunca aclarado, relacionado a la venta de armas a las guerrillas de las FARC en Colombia, compradas por militares peruanos en Jordania, remeció la relación entre Montesinos y los Estados Unidos. Un acto de mafiosos, según Montesinos y el gobierno peruano; una compra hecha por altos oficiales del ejército peruano, según la versión colombiana; un episodio inexplicable en el que Montesinos quiso triangular con halcones de la CIA, según algunos analistas. Lo concreto es que el incidente dio lugar a un papelón internacional frente a Colombia y a duras críticas por parte de otros sectores de la administración Demócrata. Finalmente, corrieron rumores de que el gobierno suizo presentó a la Cancillería peruana información sobre cuentas millonarias que tenían como beneficiario a Vladimiro Montesinos en dicho país, aunque estas nunca fueron confirmadas.

Menos evidentes, incluso para el analista informado, eran las tensiones internas en la coalición de gobierno. Miembros de la escolta presidencial y asesores de confianza habían hecho saber a Fujimori que poco tiempo antes de las elecciones Vladimiro Montesinos había diseñado un Plan B en caso fuera necesario librarse del Presidente. El plan consistía en establecer un gobierno cívico-militar de transición encabezado por uno de sus ex-ministros con la excusa del desorden producido por las elecciones. Parecía una historia de ciencia ficción, pero Fujimori tenía buenas razones para creerla. No había duda alguna de que el poder de Montesinos ya había

escapado a su control y que su trato era similar al de dos socios al borde de la ruptura pero que se necesitaban mutuamente. En perspectiva, Fujimori lamentaba haber apoyado a Montesinos para desembarcar a Nicolás de Bari Hermoza de su puesto de Comandante General del ejército en 1998. Dicho triunvirato de facto permitía balancear el poder de su asesor. En el 2000 los jefes de las Fuerzas Armadas respondían más a Montesinos que al Presidente.

Y por si esto fuera poco, se filtró entre las élites locales la información de que Montesinos había perdido control sobre los videos de sobornos realizados en el Servicio de Inteligencia Nacional a jueces, empresarios, políticos de oposición, entre otros. La noticia dio lugar a un pánico generalizado entre todos los que visitaron el SIN, un verdadero terror de élites. Una cacería de brujas dirigida por el propio Montesinos habría impedido que finalmente se filtren los videos. Se cambió al personal de confianza de Montesinos en el SIN y el asesor exigió una serie de relevos en las Fuerzas Armadas, que Fujimori por supuesto concedió.

A fines del 2000 la moneda estaba en el aire. Hoy es fácil señalar que el fujimorismo era una roca sólida, imposible de ser derrotado. Pero en esos meses el resultado era incierto. Pudo ser un tercer período de gobierno marcado por las protestas, arrinconado desde el exterior, descomponiéndose y asfixiado por la crisis económica internacional. Entonces, ¿qué permitió la continuidad?

Lo primero que debe reconocerse es que el régimen no se desesperó. Simplemente ganó tiempo a la espera de una mejor coyuntura. A fines del año 2000 el panorama era más claro para el nuevo gobierno. La OEA había aceptado los resultados de la elección al establecer su cronograma de reformas. La Mesa de Diálogo entre el gobierno, la oposición y la sociedad civil alcanzó algunos acuerdos básicos, pero sin un cronograma flexible y con discrepancias profundas sobre cómo medir los acuerdos establecidos.

La oposición reiteraba sus críticas al oficialismo por la ausencia de actos concretos sobre dichos compromisos o por su implementación tramposa. Por ejemplo, se desactivaron las comisiones de control del Poder Judicial y el Ministerio Público, pero se maniobró para que jueces y fiscales cercanos al régimen siguieran en los puestos de dirección. Asimismo, no se tomó ninguna decisión sobre el papel de Vladimiro Montesinos y el poder del SIN, o la necesidad de despolitizar las Fuerzas Armadas. Se crearon comisiones de estudio pero sin plazo para alcanzar acuerdos definitivos. Para fines del año 2000 el Cronograma de la OEA ya era una referencia, un documento sin dientes. Las quejas de la oposición fueron respondidas por el gobierno resaltando que estos acuerdos ya eran concesiones innecesarias para un régimen que había ganado elecciones democráticas.

Los medios de comunicación y los líderes empresariales invocaban a olvidar la elección y aceptar sus resultados. El Perú no podía parar y debía retomar el crecimiento. Inclusive, algunos de los medios de comunicación más críticos tuvieron que bajar el tono, arrinconados por disputas internas entre sus accionistas y las no tan sutiles amenazas de la SUNAT.

Alejandro Toledo y sus colaboradores estaban ocupados lidiando con investigaciones penales. Quienes los denunciaban además, no eran del oficialismo, sino congresistas satélites, aquellos que no pertenecían al gobierno pero actuaban como mercenarios en su nombre. Finalmente Toledo optó por una cátedra en Estados Unidos para apartarse un tiempo de los problemas. Las protestas ciudadanas contra el régimen continuaron, especialmente los lavados de bandera en todo el país, pero mientras se alejaba la elección la concurrencia era cada vez menos numerosa, con más personas reconociendo que la batalla estaba perdida hasta 2005. No es sorprendente este desánimo. A fin de cuentas, el momento más alto de la protesta palidecía en comparación con otras protestas democratizadoras de esos mismos años, como por ejemplo la revolución de los colores en Europa del Este.

El 2001 encontraba al régimen mejor parado, pero todavía con problemas abiertos y una crisis económica que no terminaba. Una estabilidad precaria que tal vez hubiese producido su caída poco tiempo después. Aquí entran a tallar las razones que hoy los analistas resaltan para explicar la continuidad autoritaria. Mirado el proceso en perspectiva, cuatro factores fueron claves para darle un respiro al régimen y permitirle recuperar su estabilidad externa e interna: el aumento del precio de los minerales a partir de 2002, la guerra contra el terrorismo internacional, el surgimiento de gobiernos de izquierda radical en Venezuela en 1998 y Bolivia en 2005, y enviar al retiro, sin muertos ni heridos, a Vladimiro Montesinos. Las tres primeras piezas de la historia son fáciles de narrar y verificar, la última se basa en especulaciones de las que tal vez nunca podamos estar seguros. Este incremento en estabilidad aseguró la popularidad necesaria para pasar la posta a Santiago en 2005 y para que Alberto retornara en 2010.

Minería y programas sociales

El aumento astronómico del precio de los minerales a partir del 2002 llegó como un balón de oxígeno para el fujimorismo. No solo porque produjo enormes ganancias a la empresa privada y aumentó las inversiones, sino porque dio al Ministerio de la Presidencia un manejo centralizado de fondos para ser repartidos a nivel local. Este incremento permitió la profundización de los programas de asistencia social y la creación de nuevos programas diseñados de acuerdo a los criterios técnicos del Banco Mundial. Fujimori no tuvo que hacer trampa para dirigir esos recursos hacia zonas donde su popularidad había caído: un criterio objetivo de pobreza bastaba para inyectar ingentes recursos a zonas rurales críticas del gobierno. Transferencias condicionadas para los sectores de extrema pobreza y un seguro integral de salud que remplazaba al Seguro Escolar Gratuito y al Seguro Materno Infantil le permitieron al fujimorismo reconciliarse con los sectores rurales pobres del sur del país, en ese entonces muy críticos.

La relación con la empresa minera también cambió, moviéndose pragmáticamente un paso más hacia el centro. Fujimori hizo saber a la Sociedad Nacional de Minería que era el momento de colaborar con la estabilidad y negoció un nuevo impuesto minero adecuado a sus ingentes ganancias. Temerosos de las consecuencias de una eventual caída del gobierno, los mineros aceptaron estas demandas y anunciaron las nuevas contribuciones como un apoyo necesario a la justicia social. Alguien comentó que eso confirmaba lo que los empresarios sabían desde hace tiempo: que Fujimori no era de derecha o de izquierda, simplemente quería, como el gato del refrán de Den Xiaoping, cazar ratones. El impuesto, por lo demás, fue diseñado por el MEF y la SUNAT para ser sensible al aumento y caída de los precios de los minerales y no afectar así la competitividad.

Mientras avanzaba la década, el fujimorismo justificó ampliar los nuevos programas sociales hacia zonas pobres urbanas. Los criterios del Banco Mundial se oponían a este tipo de subsidios al tratarse de una parte de la población que no estaba en condiciones de extrema pobreza y exclusión. Pero el fujimorismo señaló que era injusto que precisamente aquellos que estaban ya con un pie en mejores condiciones de vida no recibieran un empujón por parte del Estado: esos fondos marcaban la diferencia entre una mejor educación y nutrición de los ya insertados al modelo. El régimen negó toda intencionalidad política en esta medida que reforzó el que en ese momento era su principal apoyo: sectores pobres urbanos en zonas de crecimiento económico.

Este aumento de precios y el carnaval de concesiones mineras aprobadas dieron lugar a más conflictos socio-ambientales. Pero generosos programas sociales, el uso de fondos públicos para intervenir en la política local comprando periodistas, el silencio o abierta complicidad de la gran mayoría de medios de comunicación nacional que calificaban a los disconformes como radicales o chavistas, y la represión selectiva de las Fuerzas Armadas permitieron controlar estas quejas. El Perú seguía avanzando.

Terrorismo internacional

En el frente externo también soplaron vientos favorables al fujimorismo. El ataque terrorista a las Torres Gemelas en septiembre de 2001 cambió radicalmente la política exterior de los Estados Unidos. La nueva administración republicana de George W. Bush ya había mostrado un menor interés en el caso peruano y su salud democrática. Pero lo que era una relación distante se volvió una de amplia cooperación tras el ataque terrorista. Fujimori lanzó duros discursos señalando que los peruanos sabíamos bien lo que era el terrorismo y se solidarizaba con el pueblo norteamericano.

De allí en adelante el Perú fue parte de toda coalición internacional en la llamada "guerra contra el terror" y prestó amplia colaboración en las actividades militares de EE.UU. El documentalista Michael Moore nos dedicó varios minutos de su documental *Fahrenheit 9/11* al burlarse de los aliados impresentables del presidente Bush. Los rumores sobre el uso de territorio peruano para interrogatorios de sospechosos se extendían, pero nunca fueron verificados. Fujimori incluso visitó Washington DC en dos oportunidades, siempre resaltando el triunfo de su gobierno contra el terror.

Prioridades de seguridad, entonces, hicieron olvidar a los EEUU sus críticas democráticas y a mirar al Perú con ojos pragmáticos. A ello también contribuyó que el Perú se convirtiera, junto a la Colombia de Álvaro Uribe, en los aliados andinos de EEUU frente a un modelo de gobierno que surgía con fuerza en esos años: el de Hugo Chávez en Venezuela.

El chavismo

La tercera condición que favoreció al fujimorismo fue convertirse en una suerte de gemelo de derecha del gobierno de Hugo Chávez. Ganador de la elección de 1998, Chávez emuló al fujimorismo en sus métodos de concentración del poder. Al ganar poder e influencia regional le dio al fujimorismo un enemigo externo y un ejemplo de lo que podía pasar al país si la derecha populista perdía el poder: podía ganar la izquierda populista. Los sucesos en Bolivia

desde 2002 y especialmente en 2005, cuando Evo Morales ganó finalmente la presidencia, reforzaron al fujimorismo y el apoyo de los sectores altos.

Pero además el modelo boliviano tuvo un efecto negativo en la oposición. El éxito de Morales y sus protestas dieron lugar a la idea de que en el Perú una similar ola anti-neoliberal podía derrocar a Fujimori. Este discurso crítico, reforzado por el malestar en diversas localidades por la actividad minera, hizo pensar a algunos líderes de oposición que el régimen sería derrotado por ese mismo pueblo que lo había apoyado masivamente en 1995.

El problema para sus opositores fue que el Perú no era Bolivia. Fujimori explotó los discursos de sus críticos para construir una política de amigos y enemigos, y los sectores de mayor crecimiento económico lo apoyaron por miedo al desorden. Además, no eran buenos años para una campaña pesimista: el Perú volvía a crecer en forma astronómica, si bien por debajo del histórico 12% del año 1994, por encima del 9% gracias al precio de los minerales. Los programas sociales reducían el impacto de las críticas locales, con una clase D y E partidas entre los críticos y los que apoyaban al régimen. Y años de desarticulación de sindicatos y organizaciones locales causados tanto por las reformas económicas y laborales así como por la violencia de Sendero Luminoso contra las organizaciones sociales, no le daban una columna vertebral a los disconformes.

El discurso contra el modelo económico permitió unificar a una oposición regional dispersa, pero alienó a otros sectores que tampoco confiaban en una propuesta de este tipo para el Perú. Buena parte de la clase media e incluso medios de prensa, antes críticos del gobierno, prefirieron a Fujimori antes que a un temido chavismo local. Mientras se acercaba la elección de 2005 era claro que un discurso crítico no lograría triunfar en la elección. El fujimorismo quedó bien situado frente a un movimiento que seguía a un caudillo popular, pero que carecía de cierta unidad. Los medios de prensa reforzaron la imagen de una coyuntura crucial para

el Perú, y la elección del 2005 se enmarcó en esos términos: continuidad o chavismo.

Si bien Fujimori pareció por un momento utilizar la amenaza chavista para tentar una reforma constitucional y quedarse en el poder un período más, ello ya era tentar al diablo. Francisco Tudela había demostrado con sus bailes electorales en 2000 que carecía de llegada popular, y su relación con el régimen no era la mejor desde su salida abrupta ese mismo año como para invitarlo a ser candidato. Keiko estaba muy lejos de los 35 años necesarios. El Presidente prefirió anunciar que otro "Chino" continuaría su legado y nombró a Santiago Fujimori candidato del fujimorismo. Los estrategias electorales oficialistas hicieron todo lo posible por explotar el parecido físico de los hermanos. Intentaron que pareciera que el mismo candidato estaba haciendo campaña en dos lugares del Perú al mismo tiempo, pues Fujimori se jugó por entero en la elección de su hermano. Años después, en 2008, Vladimir Putin utilizaría una estrategia similar para dejar un Presidente títere en Rusia.

Muy diferentes en sus modelos económicos, pero similares en su manejo del Estado, el gasto clientelar y los abusos contra la oposición, Fujimori y Chávez marcan la primera década del 2000 en América Latina. Por su parte, el petróleo ayudó a consolidar a Chávez asegurando un alto gasto social y mayorías electorales amplias. En el caso de Fujimori fue primero la crisis de los noventa, y luego el precio de los minerales y el temor a un Chávez peruano. Probablemente sin ese temor Santiago no hubiese ganado. El nuevo Presidente marcó un cambio de estilo de su hermano, un paso más en dirección democrática. Entre sus medidas estuvo indultar al ex Presidente García, perseguido por juicios que nunca prescribían gracias a medidas inconstitucionales. Sin embargo, siempre quedó claro que Santiago tenía encargado el puesto, esperando el retorno del verdadero líder en 2010. Entender el retorno de Santiago, una de las primeras víctimas del poder de Vladimiro Montesinos, pasa por explicar cómo Alberto se deshizo de Montesinos en 2003.

¿Quién le teme a Vladimiro Montesinos?

Pero esta historia de estabilidad por precios altos de minerales, gasto público y cambios en el sistema internacional estaría incompleta sin una mirada interna, más enfocada en la coalición de gobierno. Siempre es complicado jugar con los contrafacticos: ¿era posible una convivencia pacífica entre el fujimorismo y Montesinos con estos factores favorables jugando a favor del régimen? ¿O incluso en estas condiciones las tensiones entre los socios ya eran muchas, haciendo imposible una convivencia entre dos personas que se conocían demasiados secretos? Nunca lo sabremos, pues Montesinos finalmente dejó el gobierno en 2003 para pasar a un cómodo retiro como embajador en Panamá, cargo que ocupa hasta la actualidad. La historia oficial es que, por la necesidad de democratizar el sistema de inteligencia y darle un descanso a Montesinos por razones de salud, se le relevó de su función de asesor. Sin embargo, el amplio cambio en el ejército en esos días que llevó a oficiales cercanos a la escolta presidencial a cargos clave deja entrever que algo más profundo sucedió, un terremoto silencioso que envió a muchos militares montesinistas a su casa.

Las versiones apuntan a una cuidadosa estrategia por parte de Fujimori, con el apoyo de Estados Unidos y sectores militares disconformes con el poder del asesor sobre la institución, para retirar del poder a Montesinos y la cúpula militar. En el marco de la lucha contra el terrorismo global Fujimori habría pedido apoyo al gobierno norteamericano para reducir el poder de su asesor. La amenaza habría sido clara y directa: si Montesinos no quería convertirse, tarde o temprano, en otro Noriega, el gobierno de EEUU ofrecía sus gestiones para un puente dorado en Panamá, libre de extradiciones o amenazas futuras. Nadie preguntaría sobre su dinero y cuentas, siempre y cuando abandonara los negocios y el poder. Similar mensaje se hizo llegar a los líderes militares, retiro silencioso a cambio de no indagar sobre sus cuentas nacionales y en el extranjero. Mandos militares intermedios, cansados de la falta de renovación y los favoritismos dejaron en claro que apoyaban al Presidente.

El asesor habría aceptado dejar su puesto tras negociar una compensación económica, demostrar que se llevaba con él varias garantías en caso fuera traicionado y exigir que lo acompañe su personal de confianza.

Ya sin Montesinos en el poder, Fujimori pudo reformular su alianza con sectores de las Fuerzas Armadas, las cuales quedaron a cargo del Servicio de Inteligencia Nacional. El control de las instituciones se siguió realizando desde el SIN, pero dirigido por las Fuerzas Armadas como institución. Si bien la caída de Montesinos no implicó una mayor democratización, sí hubo cierta renovación en algunas instituciones como el Poder Judicial, Jurado Nacional de Elecciones y el Ministerio Público.

Conclusión

En su discurso de 28 de julio de 2010 Fujimori marcó cierta distancia de sus anteriores gobiernos, señalando que seguiría la senda más contemporizadora iniciada por Santiago ("Ya no es tiempo de mano dura, es tiempo de reconciliación"). El anuncio de tímidas reformas democratizadoras y asegurar una mayor redistribución hacia los más pobres fueron recalcados por varios medios como un nuevo momento del fujimorismo. Los críticos, por el contrario, ven la continuidad de un modelo de régimen político y económico imposible de ser derrotado mientras continúe el crecimiento económico y el Ministerio de la Presidencia siga concentrando recursos. Con una oposición fragmentada, acusada por la prensa oficialista de carecer de programa ni ideas, varios analistas predicen cinco años de estabilidad fujimorista y, quien sabe, un gobierno de Keiko Fujimori en el 2015 cuando el líder ya sea demasiado viejo para candidatear.

Bibliografía sugerida

Burt, Jo-Marie. *Violencia y autoritarismo en el Perú. Bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009).

Carrión, Julio, ed. *The Fujimori Legacy: The Rise of Electoral Authoritarianism in Peru* (University Park: The Pennsylvania State University Press, 2006).

Conaghan, Catherine M. *Fujimori's Peru: Deception in the Public Sphere* (Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 2005).

Cotler, Julio y Romeo Grompone. *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000).

Crabtree, John y Jim Thomas eds. *El Perú de Fujimori: 1990-1998* (Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico; Instituto de Estudios Peruanos, 1999).

Degregori, Carlos Iván. *La década de la antipolítica: auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000).

Kenney, Charles. *Fujimori's coup and the Breakdown of Democracy in Latin America* (Notre Dame: Notre Dame University Press, 2004).

Levitsky, Steve y Lucan Way. *The Rise of Competitive Authoritarianism* (Cambridge: Cambridge University Press, 2010).

Marcus Delgado, Jane y Martín Tanaka. *Lecciones del final del fujimorismo: la legitimidad presidencial y lecciones de acción política* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2001).

McClintock, Cynthia. "Presidents, Messiahs and Constitutional Breakdowns in Peru". En: Juan Linz y Arturo Valenzuela, eds., *The Failure of Presidential Democracy* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press, 1994).

Murakami, Yusuke. *Perú en la era del Chino: la política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos; CIAS, 2007).

Pérez Crespo, Carlos Eduardo. *El reto autoritario. Los límites de la democracia liberal y la legitimidad política del fujimorismo*. Tesis para obtener el grado de licenciado en la PUCP. Especialidad de Ciencia Política y Gobierno, 2002.

Roberts, Kenneth. "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: the Peruvian Case", *World Politics*, 48.1 (1995): 82-116.

Schmidt, Gregory, "Fujimori's 1990 upset Victory in Peru: Electoral Rules, Contingencies and Adaptive Strategies", *Comparative Politics* 28.3 (1996): 321-44.

Vergara, Alberto. "Lumpen Empresariado y Derrumbe del Fujimorato", *Quehacer*, 134 (2002): 24-32.

EL CUARTO FUJIMORISMO

"La caverna —el sótano del SIN— era el mundo real, mientras que en la superficie luminosa éramos apenas sombras viviendo nuestras ilusiones..."

Carlos Iván Degregori, *La década de la antipolítica*

"Por eso te digo, en la realidad este es un sistema de ficción, hermano"

Vladimiro Montesinos, Audio 1783
(10 de noviembre de 1999)

SI KEIKO HUBIESE GANADO LAS ELECCIONES (2011)

Carlos Cabanillas León⁴¹

El hombre había aparecido de la nada, como la primera vez. Miraba hacia abajo desde una silla de ruedas estacionada en el balcón para invitados presidenciales. Eran los mismos ojos pequeños e impasibles. El mismo rostro imperturbable, con arrugas pero sin pasado. Lo cubría un enorme sobretodo negro que dejaba ver el cuello blanco de una camisa demasiado grande. Quizás era cierto que había perdido 15 kilos. Aquel 28 de julio del 2011 su nombre estaba en todos los diarios. Alberto Fujimori presenciaba la toma de mando de su hija el día de su cumpleaños número 73. Pocos lo creyeron. Y es que todo lo concerniente a él siempre había sido incierto: su nombre, su edad y, sobre todo, su presencia. Más de veinte años después, el hombre seguía siendo un misterio.

Cuando los fotógrafos lo reconocieron intentó sonreír de medio lado. Era el rictus de antes. El gesto cómplice de quien sabía lo que todos sabían que iba a suceder. De alguna extraña manera, ese día yo también lo supe.

* * *

Desde la ventana del Hotel Bolívar el panorama en las calles se hizo más claro: una hilera de banderolas blancas trenzada con una larga fila de polos anaranjados.

⁴¹ Periodista de la revista *Caretas*. Prepara su tesis en la maestría de Estudios Culturales de la PUCP. Fue tallerista de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y columnista del diario *Correo*. Ha colaborado con publicaciones como *Le Monde Diplomatique* y *Gatopardo*. Su blog se llama *Nosotros Matamos Menos*. El autor desea dedicar este texto a su padre.

En el medio, algunos policías verdes dividiendo las aguas. En el horizonte de aquellos días, en cambio, todo pareció estar cubierto por la peruana niebla de lo indeterminado. Humala habló de fraude en Puno. Una oficina de la ONPE fue incendiada en Cuzco. Hubo marchas y contramarchas en la selva. Los especialistas calcularon al menos 230 conflictos sociales en todo el país. Un tercio latentes, el resto urgentes.

Dentro del hotel, el resto del país no existía. Luego de la conferencia de prensa, un anónimo animador pidió vivas por la familia presidencial. Las velas se colocaron una a una sobre un improvisado altar, mientras un cura oficiaba los rezos por la salud del ex-presidente. La versión oficial decía que este se había negado a recibir el indulto. Que solo lo había aceptado ante la insistencia de los médicos del Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas. Cuando le dieron de alta, una oportuna encuesta de opinión ya había allanado el terreno para su regreso. A pesar de ello, mantuvo su característico perfil bajo. Hubo avistamientos, pero ninguno se pudo confirmar. Eran sosías, decían. Imitadores. Con el pasar de los días se convirtió otra vez en un rumor, en una ausencia insoportablemente leve, en un Fushía viejo y enfermo. "Imaginemos un país literario", había dicho alguna vez, luego del golpe del 92.

El de la Plaza San Martín fue el único conflicto social que logró ser controlado. Las manifestaciones en Lima habían empezado el lunes 25 de julio, durante la juramentación de los nuevos congresistas. Aquella mañana, entre monedas y carpetazos, Martha Chávez insultó a la parlamentaria andina accesitaria Nora Bonifaz. Todo un mensaje para la oposición, pero también para la futura presidenta. Al día siguiente hubo una quema de muñecos en la Plaza Dos de Mayo. Uno tenía una gran letra K junto a un letrero que decía *Keiko al gobierno, Kenya al poder*. Alrededor de la plaza, una serpiente bicéfala era cargada por una decena de personas. Como las dos caras de Jano, una miraba al futuro y la otra apuntaba al pasado. Modernidad y tradición, mujer y hombre, occidente y oriente, Lima y el resto del país. Esa noche, el grupo de teatro

Yuyachkani encabezó una protesta itinerante que recorrió las principales plazas del centro histórico. Meses después, una galería frustraría una exposición por sus cuarenta años de vida sobre las tablas. Al tercer día de revuelta, la policía ya estaba lo suficientemente advertida. Quizás por eso recibió con los brazos abiertos a la discreta réplica de La Marcha de los Cuatro Suyos que se atrevió a pisar la Plaza San Martín. Visto en perspectiva, fue un toque de diana que anunciaba lo que se venía.

En la recepción y el *hall* interior, los corresponsales de la prensa extranjera hablaron sobre un mismo tema: ¿en qué momento el escenario de la presentación del video Kouri-Montesinos se había convertido en el estrado del régimen? El entonces nuevo partido de gobierno empezó a frecuentar el viejo hotel —testigo de tantas batallas— desde el mitin de celebración de su paso a la segunda vuelta. Más precisamente, desde la noche en que la ahora presidenta dijo que el de su padre había sido "el mejor gobierno de la historia del Perú". En ese entonces era imposible calcular el costo de la frase.

La llamada Vigilia por la Paz acabó cuando la voz de Dina Páucar salió de los parlantes. Por unos segundos, la canción atrajo a la presidenta electa hacia el balcón de la suite presidencial. Qué lindos eran sus ojos, qué dulces eran sus labios, un aplauso para Keiko, por favor. Y como vino, desapareció. Así habían sido sus apariciones durante las últimas semanas. Esporádicas, silenciosas, breves. ¿Era otra vez el viejo estilo Fujimori? Quizás era solo desorden. Según algunos congresistas de su partido, el triunfo les cayó por sorpresa. No pensaron alcanzar la segunda vuelta. Tampoco creyeron poder ganarla. Siempre pensaron que su año sería el 2016, que el recuerdo estaba aún muy fresco en la memoria. Quizás por eso la campaña electoral había empezado siendo una improvisada y continua fuga hacia adelante. Anuncios efectistas, promesas de gasto público, pocas palabras y mucho clientelismo. Había empezado así, pero un mes antes de la elección final la estrategia cambió en un raptó de autocrítica. Se concentró en las zonas pobres pero urbanas,

en especial en lo que ellos llamaban el sólido norte naranja. También se concentró en solo dos voceros. Fue la forma de sincerar anticuerpos y contrarrestar actos fallidos. El mitin final fue un mensaje ambiguo de optimismo, mucha música y un estrado a ras del piso, sin olvidar jamás aquello de *un peruano como tú*. La vieja lección del padre aún servía. Sí, la gente vería lo que quería ver.

El respiro lo dio el fútbol. Tres semanas después de las elecciones empezó la Copa América en Argentina. La buena racha del delantero Paolo Guerrero fue agradecida en silencio por toda la plana mayor del gobierno electo. Paralelamente, las dudas crecían. También la improvisación. Todo hacía indicar que volverían a patear los grandes problemas hacia adelante. Apagar incendios, alargar las negociaciones, gastar las reservas en asistencialismo, lanzar programas efectistas y dejar para mañana lo que no podía hacerse ni hoy ni nunca. Desde el golpe del 5 de abril de 1992, esa también había sido la especialidad del estilo Fujimori: la fuga hacia adelante y la fuga a secas. El golpe de estado invisible. La pregunta era si la misma estrategia podría funcionar esta vez. La única certeza era la continuidad de las políticas económicas, o al menos eso se suponía. El futuro distaba mucho de ser lo que era antes. Empezaba la era del cuarto fujimorismo pero todo parecía haber sido dejado al albur de las circunstancias. No era irónico: era la misma inercia que nos empujaba desde hacía veinte años. Con tantos cambios en el aire y tan poca información de primera mano, los columnistas se apoyaron en la historia. Algunos hablaron de un indirecto resarcimiento a Leguía a través de Fujimori, a meses de cumplirse los ochenta años de su muerte. Sí pues, éramos un país que sabía perdonar. Si el hijo de Prado había sido presidente luego del viaje de su padre, ¿por qué no? En la orilla opuesta, un conocido columnista marxista escribió sobre Odría y la célula sanmarquina Cahuide, ironizando el papel de la marcha encabezada por Mario Vargas Llosa y Ollanta Humala. Sí pues, en el Perú la historia siempre se repetía como tragedia.

* * *

Entre aplausos de pie, el discurso subrayó la importancia de la seguridad ciudadana. Más cárceles, mayores penas y la creación de comités de autodefensa. El plan *Calle Segura* empezaría en Lima y Trujillo. La mano dura sería implacable con la delincuencia, les daba su palabra. Las mujeres en este país siempre habían sido de armas tomar. Aplausos en las curules. En el balcón, la mirada fija del padre. El mensaje era para él. Hubo algunas sorpresas. La flamante presidenta habló en quechua, como lo había hecho en el debate de la segunda vuelta electoral. Recordó a Mama Huaco, la mítica fundadora del Imperio Incaico; a la Señora de Cao, gobernante mochica; y a la virreina Ana de Borja, Condesa de Lemos. También habló del centenario de Machu Picchu y del próximo Bicentenario de la Independencia. Días después se supo que algunas de las citas provenían de un libro de Pablo Macera. Dos analistas coincidieron en que las inesperadas referencias eran otra forma de distanciarse del padre, quien públicamente había despreciado la historia del Perú. Pero también significaban un intento por contrarrestar los ataques racistas que desde las elecciones se venían reproduciendo en medios y redes sociales. El mensaje parecía claro: no era 1990, no tenía pasaporte nipón, no era anti peruana y, sobre todo, no eran una dinastía. En un programa de radio, un congresista fujimorista llegó al extremo de afirmar que Manco Cápac había sido japonés.

Hubo varios silbidos y algunos brazos cruzados. También se escucharon los tibios aplausos de algunas congresistas en otras bancadas. No fue el único acercamiento. El primer gabinete convocó a más de un independiente, a dos ex candidatos presidenciales y a un par de halcones del viejo fujimorismo. Según las encuestas, la gran mayoría celebró la amplia convocatoria. Las mayores críticas desde la izquierda golpearon a tres ex-generales colocados en puestos claves. Se habló de una preocupante militarización y de un regreso a los poderes tutelares. Pero las críticas disminuyeron meses después, cuando el terrorismo volvió a dominar la agenda

de los medios. El panelista de un noticiero dijo que era un gabinete de "varios blanquitos y casi ningún cholito". Otro periodista escribió sobre la *trinidad bruta*, parafraseando a González Prada. Allí estaban el beato, el neo terrateniente y el picapleitos. No hubo necesidad de construir una mayoría absoluta en el parlamento. Informalmente, ya la tenían, gracias al voto de la Alianza Solidaridad Nacional, el apoyo inicial del APRA, los seguidores de PPK y un par de toledistas.

Durante las primeras semanas, el ala nueva del fujimorismo tendió puentes con ciertas ONG's feministas. Era una manera de continuar la estrategia de los discursos focalizados que tan bien había funcionado durante la segunda vuelta. A pesar de la oposición del ala dura del gobierno, se convocaron a tecnócratas, empresarias y activistas para canalizar programas sociales. Algunas de ellas ya conocían de cerca la agenda fujimorista, sobre todo a partir de 1996, cuando se creó el Ministerio de Promoción de la Mujer y del Desarrollo Humano. Habían logrado mucho y ahora podrían lograr más. No faltaron las advertencias de quienes pensaron que estaban siendo utilizadas. La perspectiva histórica, decían. No se olviden que el odriísmo le dio el voto a la mujer y promovió a las primeras candidatas a la presidencia y la alcaldía, escribían. "La guardia amazónica de Gadafi", ironizó un columnista. Pero era el 2011, respondían ellas, y el régimen, finalmente, era democrático. Ese año, y por primera vez, había mujeres a la cabeza de instituciones tan poderosas como el FMI, la Unión Europea y *The New York Times*. Con Dilma Rousseff en Brasil y Cristina Kirchner caminando firme hacia su reelección en Argentina, un país con presidenta y alcaldesa parecía estar en buena compañía. Oportunamente, la investigación sobre el caso de las esterilizaciones forzadas se archivó a fines del 2011.

Con el pasar de los primeros meses, el Pacto por el Perú de PPK pasó de ser la carta de navegación del nuevo gobierno a convertirse en letra muerta. No porque fuera a incumplirse, sino por la vacuidad de sus puntos. Mientras el asistencialismo prometido con el programa *Mi primera chamba* se cumplía a cuentagotas, la lucha contra

la delincuencia iba ganando terreno dentro de la agenda presidencial. El debate sobre la ubicación de una nueva cárcel en el norte del país fue opacado por la implementación a mayor escala del sistema de juntas vecinales. Salvo la renovación de equipos en ciertas comisarías de Lima y Callao, el entrampamiento legal hacía imposible aplicar a cabalidad las medidas prometidas. La anunciada "Unidad de Lucha Contra los Crímenes de la Calle" fue el blanco de una durísima campaña por parte de la oposición. Dos funcionarios fueron despedidos luego de una denuncia de corrupción por la compra del programa CompStat. La estrategia de la mano dura fue tildada de elitista y represora, y el Informe Giuliani —si es que alguna vez existió— pasó a engrosar el file de propuestas abandonadas, junto al recordado Informe Bratton. La figura se repitió durante varios meses. Proponer, recibir denuncias y recular. La oposición tuvo en jaque al gobierno durante la segunda mitad del 2011 y parte del 2012. La sociedad civil reaccionó con cada escándalo que salía de la bancada oficialista. También hubo manifestaciones contra los despidos de algunos periodistas. Mediáticamente, la campaña electoral aún no había terminado. Pero la tensión estuvo principalmente en las regiones. El caso emblemático fue el del proyecto minero Conga. La marcha por el agua encabezada por Ollanta Humala convocó al presidente regional y a varios dirigentes cajamarquinos. Hubo suspensión de garantías en cuatro provincias. Como se sabe, en el Perú, el estado de excepción es la regla.

A pesar de que Cajamarca se consideraba un bastión fujimorista, la protesta logró dismantelar todo el proyecto. Desde Lima, la alcaldesa Susana Villarán arriesgó su ya mellada popularidad al apoyar la defensa del agua. Las aguas se calmaron cuando Antauro Humala fue trasladado a una prisión de menor seguridad, pero el respiro solo duró unos meses. Las protestas se expandieron por todo el oriente. Los mineros informales y los madereros ilegales consumieron todas las energías del primer gabinete. Luego de los primeros cien días, el cambio se hizo inminente.

No recuerdo el momento exacto en el que la lucha contra la delincuencia se convirtió en la lucha contra el terrorismo. Quizá el primer paso se dio el 11 de setiembre del 2011. Era domingo, y se cumplían diez años del ataque a las Torres Gemelas del World Trade Center. Esa madrugada, cinco delincuentes amanecieron muertos en las calles de Trujillo. Las miradas de la opinión pública voltearon hacia el llamado Escuadrón de la Muerte. Dos meses después, un ministro convocó a una conferencia de prensa. Rompió unos textos escolares ante las cámaras y habló de apología del terrorismo. Episodios así fueron cada vez más frecuentes. En diciembre de ese año, el JNE rechazó la inscripción del Movadef, el brazo político de Sendero Luminoso. El gobierno aprovechó las declaraciones de un familiar de Ollanta Humala para relacionar al movimiento con el líder de la oposición. El miedo a Humala seguía siendo la gasolina del partido de gobierno. A inicios del año siguiente, se anunció la creación de una subcomisión dentro de la Comisión de Defensa Nacional del Congreso que investigaría el número de víctimas que el terrorismo había dejado en el país. La iniciativa convocó a integrantes de Fuerza 2011, del APRA, de la Alianza Solidaridad Nacional y de lo que quedaba de la Alianza por el Gran Cambio. La oposición advirtió que el gobierno quería reescribir la historia. Ante la presión, la presidenta respondió que la historia era una sola, y que se incluirían los resultados de la subcomisión en el hasta entonces incierto Lugar de la Memoria. Le creyeron.

La palabra más repetida durante los últimos días de la segunda vuelta había sido *democracia*. Un mensaje que costó el alejamiento de varios ex-colaboradores de los 90. Pero que, simultáneamente, atrajo a varios nostálgicos del autoritarismo con piel de tecnócratas. Si la campaña había sido exitosa, en buena parte, lo fue por el acercamiento a las formas democráticas. La firma del Acuerdo Nacional significó para muchos el epitafio del viejo fujimorismo. Este era

ahora un partido, o al menos eso decían. Para una facción, habían sufrido la persecución en sus catacumbas morales. Eran el partido popular llamado a reemplazar al APRA. Para la otra, se habían convertido en lo que más odiaban: un partido conservador. ¿Convertirse en un nuevo odriísmo no era otra manera de seguir la ruta aprista? La pregunta retórica buscaba tender puentes, pero las facciones estaban inevitablemente enfrentadas. El ala dura temía perder las elecciones, ser un Fredemo. Pero su mayor temor era ganarlas así. Un “fujimorismo democrático” era un oxímoron que en algún momento iba a quebrarse, como en efecto ocurrió. En octubre del 2011, la presidenta inauguró la 67° Asamblea de la SIP en Lima con un discurso sobre la importancia de la libertad de prensa. Meses después, repetiría las ideas principales durante la inauguración del monumento al pensador liberal Friedrich Hayek, en el Parque 3 de Octubre. El gusto por las fechas no era casual. Esa mañana, en la radio, un congresista fujimorista recordó a los caídos del 3 de octubre de 1948. Quizás se acercaban a la bancada aprista. Esos cuatro podían hacer toda la diferencia.

Hacia diciembre del 2011, y a través del Twitter, la presidenta celebró que el 2011 haya significado el fin de varias dictaduras, aludiendo a las muertes de Osama Bin Laden, Muamar el Gadafi y Kim Jong-Il. En febrero del 2012, recibió a Rafael Correa solicitándole “más correa” a propósito del juicio que el presidente ecuatoriano le había entablado al diario *El Universo*. La misma semana le envió sus mejores deseos de recuperación a Hugo Chávez, pidiéndole que se olvide de la reelección y que pase más tiempo con sus hijas. En marzo, se enfrentó a, la hasta entonces cercana, Cristina Kirchner luego de recibir a una fragata británica a solo días de que se recuerden los 30 años de la Guerra de las Malvinas. Ante las cámaras, aprovechó para defender a Morales Bermúdez, el hombre que nos salvó de Velasco, dijo, el que nos regresó la democracia. Pero ese discurso empezó a virar cuando el camarada Artemio cayó a orillas del Huallaga, en Tocache. Según un comunicado oficial, el ex-soldado del

ejército y último líder del histórico Comité Central de Sendero Luminoso había sido herido en combate el 12 de febrero del 2012, en medio de un fuego cruzado. Cinco días después hubo una conferencia de prensa. Esta vez no hubo jaula ni fiera uniformada caminando en círculos. Ni cuerpo.

La Operación Triunfo había sido un éxito. Las encuestas le dieron al gobierno su mayor repunte de popularidad después de varios meses de altibajos. La prensa de oposición preguntó insistentemente por la ubicación del siguiente en la lista, el 'Camarada José', un viejo amigo del SIN. Las redes sociales se llenaron de felicitaciones. Un fiscal denunció a dos periodistas que consiguieron entrevistar a terroristas del VRAE. Tres días después, en una ceremonia en Villa El Salvador, la presidenta recordó a la lideresa feminista María Elena Moyano a veinte años de su muerte. Al finalizar, lanzó un ultimátum entre aplausos: el terrorismo se combatiría en todas sus formas y a cualquier costo. Así empezó.

El discurso democrático solo alcanzó hasta abril. Una austera ceremonia conmemorativa recordó los 20 años del golpe del 5 de abril. Paralelamente, el propio ex presidente Fujimori se dejó ver en la casa de un ex militante fujimorista. La verdadera celebración convocó a muchas caras conocidas, incluyendo a algunos músicos y personajes de la televisión. La llamada Celebración de la Democracia contó con la presencia del propio Kenyi Fujimori, el hijo menor. Esa misma noche, Vladimiro Montesinos se sumó a la fiesta a través de un mensaje conmemorativo entregado a los medios a través de su abogada. Al día siguiente, y otra vez a través del Twitter, la presidenta sentó su posición. Gracias al 5 de abril y la Constitución del 93 el país venía creciendo desde hacía veinte años. Gracias a esa medida Abimael Guzmán no había llegado al poder. El 22 de abril, la historia volvió a repetirse, esta vez con una celebración por los 15 años de la Operación Chavín de Huántar. La Fiesta por la Paz era otro de aquellos nombres con que se "privatizaba" el lenguaje. Las palabras solo significaban lo que ellos querían que signifique. De la misma manera en que las bases fujimoristas en Cajamarca

habían intentado infructuosamente defender el peritaje de Conga, el ala dura del partido —porque sí, eran un partido— intentó demostrar la veracidad del peritaje del Ministerio de Defensa. No hubo ejecuciones, dijeron, pero el alegato no fue suficiente. Por esos mismos días, un congresista oficialista presentó graves denuncias contra el presidente del Poder Judicial, César San Martín. En el parlamento, ya se contaban los votos para censurar al Ministro del Interior, sobre todo después de la muerte de varios policías en manos del terrorismo. Paralelamente, la llamada facción albertista del gobierno pedía el retiro del país de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Hacia mediados del 2012 se pensó que el gobierno se preparaba con anticipación para las elecciones municipales. Su popularidad seguía en ascenso luego del caso Artemio. Se habló de una recolección de firmas e incluso de un logotipo. Si el PRI había popularizado la idea de presentar nuevos rostros para un mismo partido, el fujimorismo era pionero en la estrategia opuesta: las caras de siempre bajo un nuevo nombre cada cinco años. Por esos días, la presidenta decidió apoyar públicamente la revocatoria de la alcaldesa. Nada era más democrático que escuchar la voluntad popular, explicó, que era un instrumento legal tan válido como el referéndum. Y no: no le parecía que una herramienta democrática pudiese atentar contra la propia democracia. Dijo algo similar cuando se le criticó por comunicarse casi exclusivamente a través de las redes sociales. Que el Twitter era un ejercicio de democracia directa y sin intermediarios, una conversación cara a cara con el pueblo, aunque le disguste al elitista Premio Nobel de Literatura. Los medios habían reemplazado a los partidos, y ahora las redes pretendían reemplazar a los medios. Al menos en la Lima clasemediera. Un periodista de oposición recordó que el primer plebiscito lo ganó Barrabás: las masas votaban con las vísceras. El referéndum que se venía podía ser un peligro.

Diez días después, un medio desbarató a una portátil digital que buscaba alterar el flujo del debate en Facebook y Twitter. Inspirándose en un caso argentino, la prensa habló

de los Twitteros K: colaboradores del gobierno que a través de identidades falsas se dedicaban a linchar virtualmente a los opositores. *Faisalitos*, los describió un columnista. Lo sorprendente fue ver a cuántos se les pagaba pero, sobre todo, cuántos parecían hacerlo gratis. Después de todo, el gobierno era cada vez más popular. A pesar de las denuncias, cada vez aparecían más. Eran "los mil ojos del gobierno", como escribió un izquierdista. Pero quizás eran solo las varias máscaras de un grupo más pequeño. La principal víctima fue la prensa. Se le atacó por su cobertura amarillista y machista de los casos policiales del momento. Una mujer que fue víctima de los prejuicios, como yo, escribió la presidenta desde su cuenta. Pero los mayores escándalos mediáticos tuvieron repercusiones judiciales, como la publicación del audio ilegal contra la revocatoria y el caso de un reportero que ingresó a los correos electrónicos de varios ministros.

Durante algunos meses la oposición estuvo desconcertada. Era el viejo fujimorismo sancionando legalmente el chuponeo, denunciando la invasión a la privacidad, celebrando la democracia directa y criticando el sensacionalismo machista de los medios. A partir de aquellos meses ya todo parecía ser posible y, en cierta manera, todo lo fue. Pocos sospechaban lo que vendría. Como siempre, ya era demasiado tarde.

Bibliografía sugerida

Blondet, Cecilia. *El encanto del dictador: mujeres y política en la década de Fujimori* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2002).

Bowen, Sally. *El expediente Fujimori. El Perú y su Presidente, 1990-2000* (Lima: Perú Monitor, 2000).

Bowen, Sally y Jane Holligan. *El espía imperfecto. La telaraña siniestra de Vladimiro Montesinos* (Lima: Peisa, 2003).

Comisión de la Verdad y Reconciliación. *Informe Final* (Lima, 2003).

Cotler, Julio y Romeo Grompone. *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000).

Crabtree, John y Jim Thomas, eds. *El Perú de Fujimori: 1990-1998* (Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico; Instituto de Estudios Peruanos, 1999).

Daeschner, Jeff. *La guerra del fin de la democracia. Mario Vargas Llosa versus Alberto Fujimori* (Lima: Peru Reporting, 1993).

Degregori, Carlos Iván. "El aprendiz de brujo y el curandero chino". En: Carlos Iván Degregori y Romeo Grompone, eds. *Elecciones 1990. Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia en dos vueltas* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1991).

Degregori, Carlos Iván. *La década de la antipolítica: auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000).

Degregori, Carlos Iván y Carlos Meléndez. *El nacimiento de los otorongos: el Congreso de la República durante los gobiernos de Alberto Fujimori (1990-2000)* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2007).

Jochamowitz, Luis. *Ciudadano Fujimori. La construcción de un político* (Lima: Peisa, 2003).

Jochamowitz, Luis. *Vladimiro, vida y tiempo de un corruptor. Expediente II* (Lima: El Comercio, 2002).

Loayza, Francisco. *Montesinos: El rostro oscuro del poder en el Perú* (Lima: Ediciones Referéndum, 1998).

Loayza, Francisco A. *Manko Kapa. El fundador del imperio de los Incas fue japonés. Estudio especial para el XXII Congreso Internacional de Americanistas, en Roma* (1926).

Macera, Pablo. "Sendero y Mama Huaco. Fragmento de intervención en Simposio sobre Mitología Andina (PUCP)." *Cambio*, 20 (1986).

Murakami, Yusuke. *Perú en la era del chino: la política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos; CIAS, 2007).

Portocarrero, Gonzalo. *Rostros criollos del mal. Cultura y transgresión en la sociedad peruana* (Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2004).

Quiroz, Alfonso. *Corrupt Circles: A History of Unbound Graft in Peru* (Maryland: Woodrow Wilson University Press; The Johns Hopkins University Press, 2008).

Schmidt, Gregory D. *All the President's Women: Fujimori and Gender Equity in Peruvian Politics*. En: Julio Carrión, ed., *The Fujimori Legacy: The Rise of Electoral Authoritarianism in Peru* (Pennsylvania: The University of Pennsylvania Press, 2006).

Ubillúz, Juan Carlos. *Nuevos súbditos. Cinismo y perversión en la sociedad contemporánea* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2006).

Vich, Víctor. *El caníbal es el otro: violencia y cultura en el Perú contemporáneo* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2002).



CONTRA-HISTORIA DEL PERÚ
ENSAYOS DE HISTORIA POLÍTICA PERUANA
se imprimió en los talleres de
Editorial San Marcos
Jr. Dávalos Lissón 135, Lima
teléfonos 423-3436 / 331-1522
www.editorialsanmarcos.com
Lima, julio 2012

CINCUENTA MÁS UNO plantea, desde una perspectiva plural y multidisciplinaria, brindar un análisis político que trascienda la mirada escéptica del especialista sin compromiso; los debates polarizados y polarizantes; y las ensimismadas preocupaciones académicas.

RUIDO POLITICO es una serie sobre la política y sociedad que nace del encuentro de Cincuenta Más Uno y Mitin Editores. Combina nuestra preocupación por contribuir a la reflexión de los temas sustantivos del mundo contemporáneo con la necesidad de una divulgación ágil y extensiva de la producción intelectual.

serie ruido político 4



Contra-Historia del Perú

Ensayos de Historia Política Peruana

Carmen **McEvoy** Martín **Tanaka** Eduardo **Dargent**

Charles **Walker** José **Ragas** Javier **Barreda**

Mauricio **Novoa** Carlos **Cabanillas** Natalia **Sobrevilla**

Eduardo Dargent y José Ragas (Comps.)

MITIN 

¿Qué hubiese pasado si se concretaba el proyecto de José de San Martín de crear una Monarquía constitucional para el Perú? ¿Pudo evitarse la caída del fujimorismo de haber Vladimiro Montesinos impedido la difusión del video en que sobornaba a Alberto Kouri? ¿Cómo sería el actual gobierno si Keiko Fujimori ganaba la elección del 2011? El libro que tiene en sus manos juega con éstas y otras posibilidades de una historia diferente; se pregunta qué hubiese pasado si tomábamos caminos distintos a los recorridos. Usted verá a Pizarro optar por Jauja como capital del Perú y a Túpac Amaru tener éxito en su cerco al Cuzco. Los hermanos Angulo y Mateo Pumacahua consolidarán un imperio peruano desde el sur del país y Manuel Pardo no morirá asesinado en el Congreso. Haya de la Torre asumirá la Presidencia en 1962 y Mario Vargas Llosa gobernará el país en 1990. Los autores reunidos combinan su conocimiento especializado sobre estos temas e imaginación para dejarnos nueve historias contrafácticas de historia política, nueve ensayos de contra-historia del Perú.

Contra-historia del Perú ofrece una mirada fresca y novedosa sobre los acontecimientos más importantes del pasado nacional. En vez de explorar la historia tal y cual sucedió, Contra-Historia se pregunta por las otras opciones que estuvieron en juego e imagina lo que hubiera podido ocurrir si la solución hubiera sido distinta a la real. Así, este libro abre nuevas posibilidades para pensar la historia de una manera muy original.

Antonio Zapata, historiador y columnista de La República

ISBN: 978-612-46233-0-1



9 786124 623301

¿Contigo hasta la muerte?
Si Velasco hubiese evitado el Golpe de Morales Bermúdez

Y es por eso mi general que las palabras se entrecortan en mi garganta, y por más que hago no puedo expresar el dolor que me produce su inevitable partida (...) Y por eso, mi general, que no me avergüenza la lágrima que tiembla en mis ojos, ni el nudo que oprime mi garganta cuando recapacito en la pena sin límites y en el inmenso vacío de su partida.

Antonio Meza Cuadra
Discurso en el funeral de Juan Velasco Alvarado. 26 de diciembre de 1977

1

-Flaco, están complotando –dijo el Presidente.

Aníbal Meza Cuadra miró fijamente la pistola que el general Velasco había puesto encima del escritorio. Desde su enfermedad se había vuelto impaciente, irascible, rabioso. Y nada lo exasperaba más que la idea de un traidor que intentase sucederlo. Meza Cuadra enumeró en silencio: el general Montagne en 1969, el pobre Mercado Jarrín en 1973.

Pero Velasco estaba extrañamente tranquilo esta vez.

-Aníbal, ¿tú sabías? –prosiguió.

Meza Cuadra levantó la mirada hacia el general Velasco. Hacia sus ojos. Tuvo la triste certeza de que, en ese preciso momento, él era la única persona en la que confiaba el Presidente. La única. Debido a sus problemas de movilidad, ya no estaba tan al tanto de lo que ocurría al interior de las Fuerzas Armadas. ¿Pero ni siquiera confiaba en Graham? ¿Tampoco en Leonidas, en Gallegos, en Fernández Maldonado?

-Yo sabía de malestares, mi general, y se los comuniqué en su momento. Había rumores sobre algunos generales que se reunían a coordinar. Pero no sabía de ningún complot.

Sí le dije, mi general, en mayo. Leonidas Rodríguez Figueroa me había invitado a una reunión con otros comandantes del Ejército: allí estaban Morales Bermúdez, Fernández Maldonado, Gallegos, La Vera Velarde, el propio Graham. Parecía una reunión informal, pero en realidad era política y todos tenían quejas sobre cómo se estaba manejando la Revolución. Sí, mi general, las quejas eran principalmente sobre usted. Yo hice mis propias observaciones, pero dije también que lo mejor sería tratar el tema directamente con usted. Al día siguiente teníamos una reunión en su casa de Chaclacayo, ¿recuerda? Ahí yo le dije, frente al resto de comandantes, que había quejas sobre la Revolución de las que usted no estaba enterado, y que sería bueno discutir las con transparencia. Pero nadie habló, mi general.

El mes pasado hice una reunión en mi casa, ¿recuerda? Allí invité a este grupo de...

-¡Estos cobardes se han seguido reuniendo, Flaco! –interrumpió Velasco- ¡Están armando una sucesión a mis espaldas! ¡Ya me han contado todo!

“Estos”, pensó Meza Cuadra. Ayer, todos los generales y ministros habían estado reunidos en Palacio de Gobierno para escuchar el discurso del 28 de julio. No había notado nada raro. Pero ayer también el general estaba tranquilo y ahora tenía los ojos llenos de ira, la pistola sobre su escritorio, el vaso lleno de pastillas. “Primero les pego un balazo”, dijo desde su silla de ruedas. Meza Cuadra volvió a enumerar: primero fue Montagne, luego Mercado Jarrín.

-¿Quién ha sido ahora? –preguntó.

-¡Morales! –gritó Velasco.

2

Nada exasperaba más a Velasco que la idea de un ambicioso que intentase sucederlo. Lo supo Edgardo Mercado Jarrín en 1973.

Velasco estuvo a punto de morir aquel 21 de febrero, tras sufrir la rotura de un aneurisma aórtico abdominal en plena Iglesia San Francisco. También la tarde del día siguiente, cuando fue operado de emergencia en el Hospital Militar. Mientras tanto, los ministros debían decidir qué hacer con el país mientras Velasco estaba convaleciente. Fue creándose un consenso: era la Junta Revolucionaria, compuesta por los jefes del Ejército, la Marina y la Aviación, la encargada de reemplazar provisionalmente al Presidente en caso no se recupere.

Cuando finalmente le amputaron la pierna derecha a Velasco, los tres miembros de la Junta decidieron que Mercado Jarrín, entonces Primer Ministro, haría la labor de Presidente interino. Fue Víctor Vargas Caballero, jefe de la Marina y de abiertas discrepancias ideológicas con el Presidente, quien le dio el voto decisivo.

El Consejo de Ministros informó del hecho en un comunicado público el 12 de marzo. Pero no se lo informaron a Velasco, quien se enteró a través del jefe de la Casa Militar. Rápidamente convocó a una sesión del Consejo de Ministros en su habitación del Hospital Militar para el día siguiente. Una vez formados alrededor de su cama, Velasco pidió a los médicos salir de la habitación.

El general Valdés Palacios describiría después la sesión como tensa, con Velasco imponiendo su autoridad a través de su voz debilitada. Sin embargo, los médicos a quienes Velasco pidió retirarse recuerdan haber escuchado un fuerte grito apenas salieron de la habitación:

-¿Quién mierda los ha autorizado a emitir ese comunicado?

Al día siguiente, un nuevo decreto anunciaba que Velasco retomaría sus funciones como Presidente a fines de ese mes. En adelante, la relación con Mercado se volvió distante y le fue quitando las funciones de Primer Ministro para delegárselas a gente de su confianza.

En paralelo, la confianza de Velasco en Francisco Morales Bermúdez aumentaba. A pesar de las reticencias iniciales¹, para 1973 era de los ministros más importantes y de los generales más antiguos. Tras el descarte de Mercado Jarrín como posible sucesor, Velasco empezó a fijarse en él. Si en Mercado veía a un general ambicioso, en Morales Bermúdez encontraba un tecnócrata frío pero comprometido.

En 1974, un año antes del pase al retiro de Mercado, Velasco dispensó a Morales Bermúdez del puesto de ministro y lo nombró Jefe del Estado Mayor del Ejército. De este modo, se convertía en la práctica en el próximo número dos del gobierno, y los tres cargos que tenía

¹Cuando, en febrero de 1969, Velasco pidió sugerencias para reemplazar al ministro de Hacienda, Meza Cuadra no dudó la suya: Morales Bermúdez.

Parecía una gran idea: era eficiente, profesional, prestigioso, sin filiación política, Espada de Honor de su promoción, y antiguo ministro de Hacienda con Belaúnde. Y aunque finalmente lo designó, Velasco no le tenía entonces simpatía ni confianza alguna. De hecho, no lo incluyó al grupo que decidía entonces las acciones del gobierno, cada vez más radicales.

En los Consejos de Ministros, Morales Bermúdez se limitaba a hablar de su cartera, mientras dibujaba círculos y rectángulos en hojas de papel. Velasco, desconfiado, se acercó un día a Meza Cuadra, entonces Ministro de Transportes y Comunicaciones. “Flaco”, le dijo, “agarra los papeles que deja Morales garabateados y llévalos a un grafólogo. A ver qué dicen”.

entonces Mercado Jarrín pasarían a él: Comandante General del Ejército, Primer Ministro y Ministro de Guerra.

Durante aquella espera, Morales Bermúdez reforzó la confianza no solo de Velasco, sino también del ala izquierda del gobierno: los generales Jorge Fernández Maldonado y Leonidas Rodríguez Figueroa. Para ellos, el antiguo Ministro de Economía era también un radical, naturalmente. ¿Quién podría pensar que la persona que había estado encargada durante cinco años de la economía de la Revolución sería de derecha?

Así llegó el 1 de febrero de 1975. Morales Bermúdez asumió los tres cargos esperados. El segundo general en el escalafón, Óscar Vargas Prieto, asumió la Presidencia del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, y Aníbal Meza Cuadra, el tercero en la línea, se convirtió en Jefe del Estado Mayor del Ejército.

Todo parecía bajo control.

Cuatro días después, estalló la huelga policial.

3

-En la huelga policial, Morales tuvo un comportamiento muy extraño –dijo Meza Cuadra-. No sé si conspirativo sea la palabra, pero sí muy extraño. ¿Qué hizo? ¡No hizo nada, mi general! ¡Nada! Yo le reclamé, le dije “oye, hay un motín de policías en la calle, tú eres Comandante general del Ejército, ¿y estás ahí en tu escritorio?”. Y él me dijo “sí, pues”.

-No solo es Morales –dijo Velasco, calmado-. Son todos estos cojudos que están conspirando con él: Fernández Maldonado, Leonidas Rodríguez, Gallegos, ¡Graham! Quieren emboscarme para que le pase el poder a Morales el 3 de octubre, quieren armar un comité...

-Pero usted propuso una Dirección Colegiada –interrumpió Meza Cuadra.

-¡Carajo, y también he propuesto a Morales! Le he dicho a ese cojudo, personalmente: oye, creo que deberías sucederme.

-General, si usted prefiere...

-Tú, Aníbal.

-¿Yo qué, Presidente?

-Tú vas a liderar la revolución ahora.

-Pero, mi general, con todo respeto: yo no soy político. Usted lo es. Yo soy militar. Tampoco tengo tropa a mi cargo. Político es Morales, político es Leonidas, es Fernández Maldo...

-¡Todos esos están conspirando juntos para sacarme! –gritó Velasco-. Aníbal, yo estoy fregado –bajó la voz-, no puedo moverme, y no sé quiénes están conmigo y quiénes contra mí. Por mí,

les meto un balazo a cada uno de ellos ahora mismo, por cobardes –Velasco agarró su pistola, la sostiene mientras habla-, pero si hago eso nos quedamos sin Fuerzas Armadas y sin revolución. Si este cojudo de Morales quiere ser Presidente sin mi consentimiento, si me quiere sacar junto a los otros traidores, pues se jodió. ¡Nunca va a ser Presidente, nunca! ¡No lo voy a permitir! –Velasco paró en seco, volvió a poner la pistola en el escritorio, tomó aire-. Pero las cosas han cambiado, Aníbal. A Montagne y a todos les dije “me quedo” y me quedé seis años. Ahora ya no puedo decir lo mismo: estoy con una pierna, no puedo moverme, la salud se me quiebra. Me va a faltar tiempo, Aníbal, yo no voy a acabar la revolución. Acábala tú. ¡No me vuelvas a decir que no, Aníbal! ¡Es una orden! El primero en el Ejército es Morales, el segundo es Vargas Prieto, y el tercero eres tú. A ti los generales te respetan, eres Jefe del Estado Mayor, no vas a tener los problemas con la Marina que tendría Fernández Maldonado. Si no asumes tú esto se cae, Aníbal. Yo me encargo de Vargas Prieto.

-Flaco, una última cosa –dijo después Velasco, desde su silla de ruedas-. Desde ahora, lleva tu pistola a todas partes.

4

-La Fuerza Armada inició la revolución sin los civiles, y la vamos a terminar sin los civiles –insistió Velasco.

Aníbal Meza Cuadra y José Graham miraban al Presidente ofuscarse, alzar los brazos, golpear la mesa. Pero necesitamos un partido, mi general, habían dicho. Jorge Fernández Maldonado había sugerido lo mismo: el apoyo de los civiles es importante, mi general.

-Para hacer un partido y politiquear se necesita plata, plata, plata. ¿Ustedes tienen plata? Yo no tengo. ¿De dónde vamos a sacar la plata? ¿Vamos a robarle al Estado, eso quieren? –continuó Velasco, cada vez más molesto-. ¿Necesitamos que nos defienda un partido? ¿Para qué, viejo? Si triunfamos, los civiles, la gente misma nos defenderá. Si están de acuerdo con la revolución, que formen su partido. Si nos defienden, perfecto. Y si no, nos hemos equivocado.

-¿Para qué un partido? ¡Ya tenemos al SINAMOS repartido en todo el país! –acotó Leonidas Rodríguez en otra reunión-. En lugar de perder el tiempo en eso, debemos fulminar a la oligarquía, quitarle sus diarios.

-¿Qué oligarquía, Leonidas? ¿Dónde está la oligarquía? –le contestó Graham-. La oligarquía ya no existe, es un conchito lo que queda. Y perdóname, pero el SINAMOS es una coladera. Tienes a todos los comunistas allí metidos, hermano. Nosotros hacemos la revolución y ellos están felices, como rémoras, creciendo a nuestra costa.

-El Presidente no quiere un partido –había relatado Fernández Maldonado-. Ya se lo hemos planteado.

-China. Sí, China. No me mires así Leonidas que no estoy loco –le dijo Graham-. Mira, Mao está enfermo y no asume directamente las tareas de gobierno. Él está por encima de todo, es el líder de la revolución, y quien ejerce de Presidente en la práctica es Zhou Enlai. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Eso mismo. El Presidente Velasco debe ser el líder de la revolución, como Mao, pero necesitamos un Zhou Enlai que maneje el gobierno. Ahora la pregunta es de dónde sacamos a un Zhou.

-En Cuba hablamos del tema, y les preocupa la ausencia de un partido –había dicho Morales Bermúdez-. Allí es Partido Comunista y Fuerzas Armadas, ambos manejan el Estado, los militares están en el Partido y no pasa nada. “¿Pancho, por qué no hacen eso?”, me preguntó Fidel, y yo le dije la verdad: porque Velasco no quiere.

-Es cierto, el Presidente no quiere –había dicho Fernández Maldonado-. Y tampoco quiere escoger un sucesor.

-Eso sí es bien problemático –había dicho Morales Bermúdez-. Está retrasando varios proyectos, cada vez está más desconectado, más rabioso. Lamentablemente, el Presidente se ha convertido en un problema político, y eso requiere también una solución política.

-Oye Aníbal, ¿Morales se lleva muy bien con los cubanos, no? –dijo Leonidas Rodríguez-. Quién diría, él que parecía un técnico frío y sin inclinaciones. El otro día estuvimos en casa de Fernández Maldonado y nos mostró orgulloso las fotos que tenía abrazado con Fidel. Otro día, terminamos en la casa de Graham, estábamos en su sala y le dice a Fernández Maldonado: “¿Jorge, ves ese fusil que está allí colgado? Me lo regalo Fidel”. Pero hace una semana hice una reunión en mi casa, y yo veía a un círculo de gente en una esquina. Me acerqué, “¿oye, qué está pasando?”, les dije, y era Morales Bermúdez que estaba leyendo en voz alta las cartas que se envía con Fidel. Y encima le dice: “Querido Pancho”.

5

El general Velasco miró a los generales reunidos en la sala de su casa. Los contó: quince, veinte, veinticinco.

-Tengo algo que decirles, y necesito que me digan sí o no –empezó.

“Oye, ¿vas a ir a la reunión?”, le había preguntado Fernández Maldonado, y Morales Bermúdez había dicho que no, Velasco lo había citado una hora después. “Todos los ministros estamos invitados, varios generales más y también los otros dos miembros de la Junta, y eso no ocurre hace tiempo. Tiene que ser algo importante”, había seguido Fernández Maldonado. “Seguro te va a proponer como sucesor”, había intervenido Leonidas Rodríguez, “y va a consultarnos qué nos parece”. “El general nunca consulta nada”, había dicho Morales Bermúdez. “Un par de veces pidió nombres para la dirección colegiada”, había interrumpido Graham. “Pero no dio una fecha ni un plazo ni nada. Como siempre”, había concluido Fernández Maldonado. “Oye, Aníbal, ¿vas a la reunión?”, había preguntado mucho antes. “Sí, pero yo voy de frente”, había contestado Meza Cuadra, cortante.

Leonidas Rodríguez estiró el cuello, giró suavemente la cabeza de derecha a izquierda: Meza Cuadra no estaba. Graham miraba la distribución: Gilardi en un extremo, Tantaleán en el otro.

-Yo tengo cada vez más problemas para liderar la revolución. Ustedes saben, mi salud, mis fuerzas. Y los procesos, la revolución, son más importante que las personas. Por eso, quiero darle una salida a esta situación. Hay varias opciones, y tenemos que apuntalarlas. Pero la más inmediata es que alguien me suceda.

Velasco levantó la mirada del suelo y la paseó por sus generales. Quería ver la miel del poder en sus ojos. “Morales”, pensó Graham. “Morales”, pensó Rodríguez Figueroa. “¿Dónde está Vargas Prieto?”, se preguntó Fernández Maldonado.

-Esa persona es el general de división Aníbal Meza Cuadra.

Antes de que aparezcan los murmullos, y sin despegar la mirada de los asistentes, sacó su pistola: la llevaba escondida debajo de la casaca que tenía sobre el regazo. La sostuvo a media altura, siguió mirando a los generales. Con la mano izquierda, movió lentamente su silla de ruedas hacia la mesa que estaba en el centro de la sala, muy cerca de él.

-Como decía, mi sucesor será el general de división Aníbal Meza Cuadra –Velasco dejó suavemente la pistola en la mesa, y prosiguió-. ¿Están de acuerdo? ¿Alguien tiene un problema? Necesito que me digan sí o no.

“Morales”, volvió a pensar Graham. “Morales no está”.

-¡Yo estoy de acuerdo, mi general! –respondió Gilardi, casi gritando, desde un extremo de la sala.

-¡Yo también, mi general! –contestó Tantaléan desde el otro lado.

“Es Morales quien debería hablar”, pensó Rodríguez Figueroa.

-¡De acuerdo, mi general! –dijo De La Flor, poniéndose de pie.

-¡Saludo su decisión, mi general! –dijo Valdés Palacios.

Los “sí” de apoyo se sucedieron uno tras otro. Fernández Maldonado notó que el Presidente no dejaba de mirarlo. Sus ojos eran balas disparadas a su cabeza.

-Yo también estoy de acuerdo, mi general –dijo, finalmente.

-Van a haber más cambios en el gobierno en los próximos días. Ya se enterarán en su debido momento. Por cierto –Velasco hizo una pausa, tomó su pistola de la mesa y la puso sobre su pierna-, he escuchado que a algunos de ustedes no les gusta cómo gobierno. ¿Tienen algo que decirme?

Silencio.

-¿Tú, Leonidas? ¿No? ¿Tú, colorado? ¿Tampoco? ¿Ninguno de ustedes? ¿No van a decirme lo que conversan en sus reunioncitas? Me parece muy bien. Ahora mismo voy a reunirme con Morales Bermúdez. Quiero que él me diga personalmente si tiene algún problema. Bien, eso sería todo. A partir de ahora la revolución entra en una nueva etapa.

-¡Viva la revolución! –gritó alguien. Velasco no pudo identificar quién. “¡Viva!”, gritó el resto.

-¿Aló, Leonidas? Habla el general Morales Bermúdez.

En representación del Presidente, Morales Bermúdez, que seguía siendo Primer Ministro, había viajado a Tacna a celebrar un aniversario más de su reincorporación al Perú. Ya en el almuerzo de aquel 28 de agosto de 1975 había perdido ciertos límites, producto del vino. En la noche, asistió junto a su esposa a una fiesta en su honor, y Morales Bermúdez pasó las horas bebiendo y conversando con el general Luis La Vera Velarde, jefe de la Tercera Región Militar, encargada de la frontera con Chile.

A la una, mareado, salió de la fiesta junto a La Vera y Artemio García Vargas, jefe del Destacamento Tacna. Fueron a casa de este último, siguieron conversando, con whisky. Meza Cuadra nos cagó. La cosa continúa bastante tensa en Lima. ¿Quién habrá ido con el chisme? Velasco ya no responde, había dicho Morales Bermúdez señalándose la cabeza. ¿Y si lo derrocamos?, propuso La Vera. Entre los dos tenemos todo el armamento que es para la guerra con Chile, secundó García Vargas.

-¿Morales? –contestó el general Rodríguez Figueroa-. Son las cinco de la mañana: qué milagro tan temprano.

-La Revolución, Leonidas, hay que acelerar la Revolución. Hay que profundizarla. Tú sabes que el general Velasco está fallando mucho. Tenemos que ejecutar lo conversado ahora mismo.

-¿Aló, Pepe? Sí, soy Leonidas. Oye, despierta y vente corriendo al Edificio de la Segunda Región.

-El animal de Morales me acaba de llamar desde Tacna, parece que está borracho –el general José Graham acababa de llegar al Edificio, miró incrédulo a Leonidas Rodríguez, que prosiguió-. Está allá con La Vera, que se ha plegado a nombre de la Tercera Región. A ver si lo haces entrar en razón antes de que acabe con un balazo en la oreja.

-¡Colorao! Aquí Francisco Morales Bermúdez. Estoy con el encargado de la Tercera Región Militar, general La Vera Velarde. Estamos por...

-Oye, no seas animal –interrumpió Graham-. Ya ese plan se acabó, el general Velasco designó un sucesor. Carajo, Morales, ¿con qué apoyo vas a dar un golpe? La Primera Región acaba de ser comandada por Meza Cuadra, ¿tú crees que se van a plegar? ¿Vas a hacer un golpe con Tacna e Iquitos? ¿Quién te va a reconocer, la Embajada de Cuba? Esto es un disparate. Tú llamas a una persona más y se va enterar Meza Cuadra. No tendrá mando de tropa, pero es el sucesor. Sí, anda, llama a la Marina. ¿Qué quieres, que mandemos los tanques a La Punta? ¿Quieres una guerra al interior de la Fuerza Armada? Mira, Morales, no seas cojudo, ándate a dormir que nos estás poniendo a todos en aprietos. Con lo de las reuniones ya tenemos la soga al cuello.

-Solo necesito que se pliegue Leonidas como Segunda Región –insistió Morales Bermúdez-. Con eso tenemos Lima, metemos los blindados, y...

-Entiende: ya hay un camino trazado, Morales, ya hay un orden. La sucesión ya está armada. Tranquilo, no pierdas de vista que tú sigues siendo Primer Ministro. Carajo, Morales, ¿en serio tienes un avión? Mira, anda, descansa, dile a La Vera que haga lo mismo. Una llamada más y vamos a tener que organizar tu velorio.

-¿Qué le dijiste? –preguntó Rodríguez Figueroa.

-Eso mismo, que es un animal. Está dolido. Y borracho. De ser la nueva cabeza de la Revolución ha pasado a ser otro Mercado Jarrín.

-¿En serio tiene un avión?

-“Por si todo sale mal”, me dijo. Con destino a Argentina.

-Oye, Pepe, yo estoy jodido si alguien se entera que habló conmigo.

-¿Habrás llamado a otra Región Militar antes?

-Voy a averiguar ahora mismo. Si la respuesta es positiva, ni modo, habrá que echarlo a los leones.

-Pepe, ya está —dijo Rodríguez Figueroa, media hora después—: todo normal. Al parecer fui yo al primero al que llamó Morales. Las otras regiones no saben nada. Llamé también a Parodi: la Marina ni enterada, al menos formalmente.

-La Marina es lo de menos: ellos jamás van a contarle nada al Presidente. Son capaces de cubrir a Morales, más bien. El problema es la Aviación. Si se entera Gilardi, se entera también Velasco.

-Ya hablé con Podestá. Le tuve que inventar una excusa, le pregunté por el cumpleaños de Gilardi, que es pasado mañana. Lo mismo que el resto: no sabe nada.

-¿Y Vargas Prieto?

-Ese está en su casa de Chosica, mirando los cerros.

-De todas maneras hay que estar atentos.

-¿Te imaginas qué pasaría si se entera Meza Cuadra? —finalizó Rodríguez, pálido.

7

-Presidente, el general Morales Bermúdez está intentando dar un golpe de Estado. Cuenta con el apoyo de la Primera Región Militar.

-Mantenme informado. ¿Sabemos dónde está?

-No, Presidente, pero imaginamos que está en Tacna.

-¿Tacna? Si es así, ¿qué pasa con la Tercera Región? Llámalos ahora mismo, rápido. Y ubícame al Comandante General de la Fuerza Aérea. Hay que bombardearle la cabeza a Morales.

-Presidente, todo está controlado. Todas las regiones han manifestado su apoyo al gobierno, y la Primera Región acaba de rectificarse. Sabemos que el general Morales Bermúdez está en Tacna, pero no sabemos su ubicación exacta.

-Perfecto, si lo encuentras me lo mandas a Chile. ¿Aló, Leonidas? Sí, estoy en Palacio. Todo controlado, este cojudo de Morales no puede hacer nada bien. Mira, tenemos que aprovechar la oportunidad. Hay que hacer una manifestación pública en apoyo y defensa de la revolución, contra los golpistas y el retorno de la oligarquía. Sí, hay que mover a la CNA, al partido, al SINAMOS, a los comunistas, a quien sea. Necesitamos un acto público para reflotar la vaina. Sí, mañana imposible. Tiene que ser pasado mañana. De una vez, en televisión, que salga en los diarios: Gran Manifestación, 26 de diciembre, 1977, enorme, en portada. Llama a sus directores. Listo, Leonidas. Feliz Navidad para ti también.

-Presidente Meza Cuadra, lo llama el general Velasco.

-¡General! Todo controlado, mi general, no se preocupe. Así es, Morales, usted sabe. Me la tenía jurada desde que lo emboscamos en su casa: solo fue sincero cuando le puse la pistola en la cabeza. Sí, mi general, ahora tenemos que volver a los asuntos domésticos: la inflación, la deuda, el déficit fiscal, la balanza de pagos... Ojalá todo fuese tan fácil como repeler un golpe. Gobernar es una mierda, mi general. Más bien, voy mañana a su casa, tengo algo que proponerle. Por supuesto, mi general. Feliz Navidad.

-El general Fernández Maldonado está aquí, Presidente.

-Jorge, siéntate. Primicia: Morales huyó para Argentina. ¿Te acuerdas cuando nos mostraba las cartas de Fidel? Ahora lo va a recibir Videla. En fin, te llamé porque quiero que reemplaces a Morales como Primer Ministro. No te preocupes por tu retiro, te alargamos el tiempo de actividad. Además, no nos vamos a quedar mucho tiempo. Te voy a ser sincero: estamos hasta las huevas. Tú sabes que las nacionalizaciones no han dado utilidades, estamos en recesión, la inflación sigue aumentando, la deuda es hoy cinco veces mayor que en 1968. Cinco veces, Jorge. La balanza de pagos es para llorar. Oye, tú estabas en el gabinete en el 75, ¿no se dieron cuenta? ¿Nunca dijeron "se puede venir la crisis"? No pues, Jorge, ¡yo qué iba a saber! Yo ni siquiera sabía si aceptar el cargo. ¿Tú sabías que estos animales gastaban 6% del PBI en armas? Carajo, Jorge, la gente no come balas. ¡Y la deuda! Esta es una revolución con plata prestada. Mira, lo que veníamos conversando con Leonidas, Gallegos y Hoyos Rubio es que tenemos que salvar la institución, quedarnos con cierto apoyo y salir. ¿Me entiendes? La crisis está deteriorando no solo la imagen de las Fuerzas Armadas, sino también las reformas. Hay que salvar ambas. Morales nos ha dado un empujoncito: el 26 haremos un gran acto en defensa de la revolución, y luego deslizamos la idea de elecciones y empezamos a negociar. Hay que mantener las reformas, Jorge, ese es el objetivo, pero también necesitamos abrir un poco el campo. Estamos asfixiados, hermano. A Leonidas lo tengo haciendo malabares para que el Partido Comunista no rompa. ¿Te imaginas si se nos voltean? ¿Te imaginas si en ese paro huesudo de julio hubiese participado la CGTP? Bueno, ese es el panorama, Jorge. No es muy atractivo, pero ahora que se fue Morales necesito a alguien a quien yo conozca. La Marina no se va a hacer problemas contigo, olvídate. Antes te odiaban por comunista, pero ahora solo les interesa salirse del gobierno. ¿Entonces, qué dices?

-Presidente, llegó el general Valdés Palacios.

-Oye Arturo, ¿a quién se le ocurre hacer un golpe en Nochebuena? ¿Qué tiene Morales en la cabeza, caca? Las reformas, Arturo, tenemos que salvar las reformas. No, hay que salir decorosamente. Es bien difícil que podamos arreglar algo nosotros. El otro día estuve a punto de llamar a Walter Piazza y ofrecerle Economía, pero a punto. No lo hice porque al general Velasco le daba otro ataque. De eso precisamente quería hablarte. Mira, yo estoy porque salgamos y convoquemos a elecciones. No se puede, Arturo, la economía se nos cae. Si sigue así la gente nos va a culpar de por vida y van a mandar a la mierda las reformas. Necesitamos una válvula de escape, y esa es política. Pero antes de eso, tengo que hablarlo con el general Velasco. Es líder de la revolución, él la inició, es por respeto. Tú has trabajado años junto a él, quiero que me ayudes a pensar cómo tocarle el tema.

-¡Feliz navidad, mi general! Lo veo bastante bien. ¿Y, qué le pareció Morales? Pensar que yo se lo recomendé, ¿recuerda? Qué desgracia. Mañana tendremos un acto de masas gigantesco. Sacaremos doscientos mil a la calle. Pero antes quería hablarle de otra cosa, mi general. La revolución ha alcanzado grandes cosas, hemos impulsado muchas reformas y hay otras que nos quedan pendientes. Pero ya no tenemos la fuerza que teníamos al inicio. La crisis nos tiene contra las cuerdas, mi general. Problemas de producción, los precios de las materias primas, no encontramos las reservas de petróleo que imaginábamos, la reforma agraria aún no da resultados económicos, la balanza de pagos no mejora. Hay varias cosas más, mi general.

-Entonces, flaco, la revolución está jodida.

-Lo que le quiero decir es que peligran dos cosas: una es el prestigio de las Fuerzas Armadas, y otra son las reformas. Y creo que debemos mantener las dos a la vez, mi general. Yo la única manera que veo es devolviendo el poder a los civiles, paradójicamente. Así evitamos que la Fuerza Armada siga siendo vista como la culpable de la crisis: si los civiles creen que somos unos ineptos, que solucionen el problema ellos. Aparte, negociamos una nueva Constitución que defienda todas las reformas, que mantenga todo lo avanzado. Así es, mi general. Además tenemos al partido. Varios de nosotros ya pasamos al retiro y podemos ser candidatos. El Partido Comunista y la Democracia Cristiana podrían aliarse con nosotros. Pero para eso tenemos que cerrar esta etapa rápido, antes de que perdamos todo. Por supuesto, son nueve años de revolución y hay que defenderlos, mi general. Claro que lo tendré al tanto de lo que ocurra. Lo otro que le quería pedir es que mañana esté conmigo en el acto de defensa de la revolución, yo como Presidente y usted como líder. Posiblemente sea el último gran acto de masas que tengamos. Tómelo como una despedida, mi general.

8

Muchos años después, en medio de una coyuntura politizada, un grupo de académicos y periodistas planean un libro de relectura de la historia peruana a través de contrafácticos. Los editores prefieren no tocar temas actuales para no alimentar un debate público cada vez más enconado. Entre un gobierno que continúa con la nacionalización de las industrias extractivas, amparado en el *boom* de los commodities, y una oposición cada vez más articulada y vociferante, queda poco espacio para las terceras posiciones. Preguntas actuales como “¿Qué hubiese pasado si este gobierno no cambiaba la Constitución?” o “¿Qué hubiese pasado si el Perú tuviese una derecha fuerte?” son descartadas por los editores.

Prefieren ir un poco más atrás, buscar otros temas, “no dónde estamos, sino cómo llegamos”. Hacen sugerencias a los autores. Los años noventa: la reforma estructural en el Perú, ¿si no hubiese sido tan tímida?; ¿si Fujimori no hubiese perdido el 95?

Los ochenta: qué hubiese pasado si surgía en el Perú una guerrilla guevarista, como en Colombia; si, en vez de quedar segundos, los velasquistas hubiesen vencido a Alan García en 1985; si, en lugar de su eterna marginalidad, la izquierda marxista hubiese tenido alguna relevancia electoral aquella década, ¿habría surgido Sendero Luminoso?

Los setenta: un capítulo sobre el gobierno de Juan Velasco Alvarado. Uno de los colaboradores se ofrece. Discuten el enfoque. “¿Qué hubiese pasado si Velasco no hubiese hecho la Reforma Agraria?”, propone él. “Difícil”, coteja uno de los editores. “Los contrafácticos tienen un límite: su propia verosimilitud”, concluye el otro.

Encerrado, con el tiempo en contra, el colaborador revisa viejos libros sobre el gobierno militar. A la par, sigue atento la coyuntura, mira en vivo la nacionalización del gas de Camisea, escucha a algunos conductores de televisión recordar, casi nostálgicos, la nacionalización de La Brea y Pariñas.

Nostalgia. Eso es: que no exista la nostalgia. Piensa en un hecho que hubiese cambiado todo. Que el golpe de Morales Bermúdez haya sido exitoso. Agrega elementos. El golpe tuvo que haber sido antes, digamos, 1975. Mantiene las fechas, pero cambia los sucesos. Velasco no se entera de las conspiraciones en marcha. La opereta de Tacna se convertiría en el Tacnazo. Los generales de izquierda, en lugar de alinearse tras Velasco, apoyarían a Morales Bermúdez creyendo que iba a radicalizar la Revolución. En lugar de liderar la Segunda Fase, Meza Cuadra sería el único militar que se queda al lado de Velasco. Imagina la escena: Velasco en Palacio de

Gobierno, todas las regiones militares a favor de Morales Bermúdez, el silencio cómplice de Rodríguez Figueroa y Fernández Maldonado, la pistola desenfundada de Meza Cuadra, el único que no se pliega, el único que renuncia tras el golpe.

Imagina el legado de Velasco. En lugar de la reivindicación de la que ahora es parte, sería atacado, insultado. Se le culparía de la crisis económica, a la que haría larguísima. Haría que velasquista sea un insulto.

Continúa. Haría que se deprima, que la frustración y el abatimiento aceleren su muerte. Haría que ocurra la nochebuena de 1977, en lugar del golpe de Morales Bermúdez. Y la haría trágica: que muera solo, abandonado, deprimido. Ubicaría su entierro en lugar de un victorioso acto de masas; en lugar de un mensaje a la nación, Meza Cuadra tomaría la palabra en el funeral.

Haría que hable. Que antes de morir lo entrevistase Hildebrandt. Que en lugar de defender la Revolución, reniegue de esta. Que llore, que se queje: "Mira lo que he ganado. Una pierna menos, enfermo". Más que perder el gobierno o una pierna, que lo devastador sea la indiferencia, la ausencia de agradecimiento, la traición de sus compañeros, el silencioso maltrato de la gente. Y que hable, que dude de la gratitud de la historia.

Que diga que sus ministros lo traicionaron.

Que en el Perú, fatalmente, la oligarquía nunca muere.

Que ahora todo es una mierda, viejo.